

BLITZCAT

Robert WESTALL



-LIMELIGHT-

Advertencia

La siguiente traducción contiene temas sensibles sobre la segunda guerra mundial, bombas, muertes y alguna que otra ecena leve, se recomienda discreción



DEDICATORIA

Libro original: “Blitzcat” por Robert Westall

Traducción: Archelogy

Última actualización: 11/01/2024

Link para más traducciones:

<https://sites.google.com/view/tradulibr/inicio?authuser=0>

Acá puedes buscar todas mis redes sociales incluido mi wattpad

<https://linktr.ee/archelogy>



CONTENIDO

<u>DEDICATORIA</u>	3
<u>Nota del autor</u>	6
<u>CAPÍTULO I</u>	7
<u>CAPÍTULO II</u>	16
<u>CAPÍTULO III</u>	26
<u>CAPÍTULO IV</u>	35
<u>CAPÍTULO V</u>	47
<u>CAPÍTULO VI</u>	54
<u>CAPÍTULO VII</u>	59
<u>CAPÍTULO VIII</u>	70
<u>CAPÍTULO IX</u>	76
<u>CAPÍTULO X</u>	85
<u>CAPÍTULO XI</u>	93
<u>CAPÍTULO XII</u>	101
<u>CAPÍTULO XIII</u>	107
<u>CAPÍTULO XIV</u>	114
<u>CAPÍTULO XV</u>	119
<u>CAPÍTULO XVI</u>	130
<u>CAPÍTULO XVII</u>	136
<u>CAPÍTULO XVIII</u>	145
<u>CAPÍTULO XIX</u>	151
<u>CAPÍTULO XX</u>	160
<u>CAPÍTULO XXI</u>	169
<u>CAPÍTULO XXII</u>	172
<u>CAPÍTULO XXIII</u>	176
<u>CAPÍTULO XXIV</u>	179

Para Felicity Trotman,

que me habló del verdadero Lord Gort

e hizo posible este libro.

Nota del autor

Incluso los zoólogos más escépticos aceptan ahora que los gatos pueden encontrar el camino de vuelta a casa a cientos de kilómetros de distancia, como las palomas mensajeras. Pero muchos creen que los gatos tienen un poder mayor: el rastreo psíquico

En Estados Unidos, a finales de los años cincuenta, un veterinario del Medio Oeste salvó la vida de una gata que había sufrido un accidente de tráfico y la adoptó. La única secuela del accidente fue que la gata tenía agrandada la quinta vértebra del cuello. Más tarde, al trasladarse a la costa oeste, el veterinario dejó a la gata con unos amigos.

Varios meses después, una gata del mismo color y marca entró por la ventana de su consulta de la Costa Oeste. Asombrado, le palpó el cuello y encontró la misma vértebra agrandada. El gato le había hecho un rastreo psíquico de más de 1500 millas.

Desde entonces, el profesor J.B. Rhine, de la Universidad de Duke, ha estudiado más de trescientos casos de presunto rastreo psíquico y ha autenticado más de cincuenta. Por eso encontrarás rastreo psíquico en este libro.

Por lo demás, es una mezcla de realidad y ficción. Cualquiera que conozca la historia de la Segunda Guerra Mundial día a día se dará cuenta de que he cambiado un poco los acontecimientos. Pero todos los incidentes de la guerra ocurrieron de verdad.

-R.A.W.

Mayo de 1988

Capítulo I

El sargento Millom se levantó el veintisiete de mayo después de otra noche en vela. Fuera de su comisaría unipersonal, el sol brillaba sobre el pequeño río que bailaba a través del pueblo. El reloj de la alta torre de la iglesia de Beaminster daba las ocho, molestando a las palomas del parapeto. Un caballo y un carro pasaron, su clop y su estruendo resonaron entre las casas de color miel.

Debería haber sido tranquilo, pero el cálido viento del este traía, como un persistente trueno lejano, el estruendo de los cañones alemanes. Jerry había llegado a los Puertos Franceses del Canal. El rey de los belgas se había rendido. La Fuerza Expedicionaria Británica y su comandante, Lord Gort, estaban atrapados alrededor de Dunkerque con la espalda contra el mar.

Las noticias de la radio enfermaron al sargento Millom, todas las tonterías sobre las retiradas estratégicas planificadas, y nuestras tropas con gran espíritu de lucha, y cuántos tanques alemanes estaban derribando los 75 franceses. Los periódicos también lo enfermaron, con fotografías de sonrientes Tommies dando el pulgar hacia arriba. Probablemente fotos de hace un mes. No estarían sonriendo ahora, pobres desgraciados. Aunque no estuvieran muertos en una zanja belga con las ratas encima. El sargento Millom había luchado en las trincheras en el último lote; nunca había conseguido olvidar las ratas. . .

Tampoco podía olvidar que Jerry estaba a sólo diecinueve millas de distancia, al otro lado del Canal, de una Inglaterra que soñaba indefensa bajo el sol de la mañana, con su único ejército atrapado alrededor de Dunkerque. Y entre ese ejército, su Tom. Tom era todo lo que le quedaba desde la muerte de Agnes. Seguía recordando a Tom riendo en su quinto cumpleaños. Enseñando a Tom a montar su primera bicicleta. Tom todavía se reía cuando fue a alistarse y hacer su parte, aunque no era ningún tipo de combatiente. No le había importado que Tom se fuera a Francia, porque sería un mecánico, a salvo a kilómetros detrás de las líneas. Pero ahora... no había sabido nada de Tom en quince días. Desde que comenzó el empuje de los alemanes.

Tom y las ratas. Apenas podía ver bien por pensar en Tom y las ratas. ¿Y si Jerry invadía Inglaterra? ¿Ganaba? ¿Qué quedaba para detenerlo, con el Ejército atrapado alrededor de Dunkerque? Como policía tendría que trabajar con Jerry, manteniendo la ley y el orden en el pueblo. Pero trabajar con Jerry lo convertiría en un traidor, un Quisling. A menos que se negara y dimitiera. Pero Jerry podría disparar a los que se negaron y renunciaron. ¿Quién cuidaría del pueblo entonces? Algún cerdo de la Gestapo con botas, pateando a la gente...

Aún estaba preocupado por su afeitado cuando llamaron a la puerta. Respondió con el jabón en la cara. Era un desconocido, un tipo de aspecto desagradable con un sombrero negro de ala ancha y un largo abrigo gris, a pesar del calor. Millom desconfiaba ahora de todos los extraños.

Jerry había lanzado paracaidistas en Holanda y Bélgica, disfrazado de vicario y monja. Así que Millom se mostró cortante con él, aunque adivinó que el desconocido era otro poli, aunque sólo fuera por el tamaño de sus botas muy pulidas.

—Hillfield. Inspector. División especial.— El hombre mostró su tarjeta oficial y miró fijamente el jabón en la cara de Millom. —No se quede ahí vacilando, sargento. Tenemos que atrapar a un espía.

Millom se quedó boquiabierto.—¿Aquí? ¿En Beaminster? —Conocía a todo el mundo. Cazadores furtivos, golpeadores de esposas, borrachos. ¿Pero un *espía*?

—Mujer. Nombre de Wensley. Florence Wensley. Casa Brereton. Junto a la iglesia, me han dicho. Fingiendo ser una evacuada.

—¿Florrie Wensley? ¿La pequeña Florrie Wensley? La conozco desde que era una niña. Su familia viene aquí todos los años para sus vacaciones de verano. Su marido está en la RAF. Acaba de tener un bebé. Ha habido un error...¡ Llamaré a mi superintendente en Bridport!.

—No hay error. Ha estado enviando telegramas falsos. Creando alarma y desánimo. Los censores militares los recogieron. ¡Mira! —Agitó un trozo de papel.

Millom echó un vistazo y se puso pálido.

LORD GORT DESAPARECIDO HACE TRES DIAS DETENER POR FAVOR
INFORME INMEDIATAMENTE DE CUALQUIER AVISTAMIENTO
DETENER FLORENCE

Hillfield sonrió malignamente. —Eso puso el gato entre las palomas en Whitehall, te lo aseguro. Hasta que comprobaron que Gort estaba a salvo. Sigue moviendo su cuartel general del ejército, ¿ves? Y sus comunicaciones siguen fallando. El primer ministro estaba *frenético*.

Hizo un gesto con el pulgar hacia la iglesia. —Vamos Millom, no te quedes ahí todo el día con jabón en la cara. Hay una guerra.

El jardín delantero de Brereton House estaba lleno de triciclos, pelotas y sandalias rojas. A través de las ventanas abiertas de par en par se oían los llantos de al menos dos bebés. Florence Wensley abrió la puerta. El sargento Millom siempre la había tenido por una dama, pero esta mañana no lo parecía. Parecía una ruina pálida y cansada; su cabello rubio estaba grasiento y le colgaba en mechones alrededor de la cara. Llevaba al niño en brazos, y el niño estaba un poco enfermo en su jersey. Y cuando vio el uniforme del sargento Millom se puso tan blanca como una sábana.

—Geoff,— dijo. —Algo le ha pasado a Geoff.

El Sargento Millom recordaba al marido en la RAF. Volando Blenheims en algún lugar de Francia. Decían que los Blenheims eran trampas mortales; demasiado lentos, sin suficientes armas. Decían que Jerry se los comía a puñados para desayunar. Decían que Geoff Wensley era el último de su antiguo escuadrón que quedaba vivo.

Y Geoff estaba perdido en algún lugar de Francia; como Tom. Millom quiso decir algo para consolarla; para decirle que no habían venido por lo de su marido. Pero Hillfield le agarró la muñeca con un puño como de hierro y le dijo fríamente —¿Podemos entrar, señora Wensley?.

Al cerdo no le importaba. Lo estaba usando para separarla. Todo lo que quería era su espía. Una confesión.

Entraron en una habitación delantera; bonita antaño, pero descolorida ahora, y sembrada de juguetes infantiles peores que el césped. Florence Wensley se sentó en el sofá caído como un ladrillo. Estaba perdida en algún lugar de su interior, con los ojos en blanco. El bebé, captando su estado de ánimo, empezó a llorar. Las manos largas y pálidas de Florence, manchadas de restos de patatas secas, se movían automáticamente para calmarlo, como si fueran cosas mecánicas. Las arrugas parecían crecer en su rostro mientras el sargento Millom la observaba. Parecía marchitarse, convertirse en una anciana. Eso es lo que me pasará a mí, pensó, cuando me entere de lo de Tom.

La señora Wensley hizo un esfuerzo. Sus ojos azul grisáceo volvieron a enfocarse, como un submarino que sube a la superficie, alzando un aterrorizado periscopio azul.

—Sólo tenía veinticinco años,— dijo.— La RAF fue toda su vida. Era un regular. Se alistó en 1938, recién salido de la universidad....

El sargento Millom no pudo soportarlo más. Soltó —No se trata de su marido, Señora. Wensley. Se trata de ese telegrama que envió.

Ella lo miró fijamente, girando la cabeza lentamente.— ¿No está muerto? ¿Qué telegrama?

—Un telegrama sobre Lord Gort. . .

Parecía desconcertada. —¿Lord Gort? Está perdida.

El sargento Millom pensó que se estaba volviendo loco.— ¿Está perdida?

—Lord Gort es un gato. . . La gata de Geoff. La compramos justo cuando estalló la guerra. Cuando era un gatito. La BEF iba a Francia, y todo el mundo hablaba de Lord Gort. Así que Geoff la llamó "Lord Gort." Pensamos que era una gata, pero tuvo gatitos. Mamá y yo la trajimos aquí cuando nos evacuaron de Dover,

pero no se adaptaba. Desapareció hace cinco días. Pensamos que volvería a Dover. Así que telegrafíé a nuestra antigua ama de llaves para que la vigilara... ¿ha aparecido?

—No que sepamos, señora Wensley —dijo Millom solemnemente. Vio cómo la vida empezaba a volver al rostro de la mujer; la vio reunir el valor suficiente para hacer la pregunta vital.

—¿Y Geoff? ¿Mi marido?

—No sabemos nada de su marido, Señora Wensley.

Su pálida sonrisa fue lo mejor que encontró en una semana. De fea, pasó a ser guapa. De parecer estúpida, pasó a ser vivaz. Era como ver a Lázaro volver de entre los muertos.

—No estoy satisfecho,— gruñó Hillfield desde la esquina.

Como en respuesta, la puerta se abrió y entró una mujer mayor. Una versión más vieja de la señora Wensley, pero con una nariz formada para mandar y una boca tan impaciente como una ratonera. Llevaba el uniforme verde y el absurdo sombrero de colegiala del Servicio Voluntario Femenino.— Dios, estas madres evacuadas...,— dijo. Entonces vio el uniforme del sargento Millom y también se le desencajó la cara.

—Algo le ha pasado a Geoffrey,— dijo, plana y muerta.

—No, no,— dijo el sargento Millom.— No sabemos nada de Geoffrey.— Se sintió como si fuera una plaga espantosa, rondando el pueblo, despedazando a la gente. Hemos venido por Lord Gort.

El rostro de la mujer mayor resucitó más rápido; estaba más acostumbrada a los golpes de la vida.— Bien. ¿La han encontrado?

—No, lo siento. No lo ha hecho.

—Entonces, ¿por qué has venido? —De repente, la mujer mayor se volvió mandona, furiosa, dispuesta a descargar con rabia el susto que se había llevado.

—Mi colega le explicará todo, —dijo el sargento Millom.— Adiós. —Estrechó la mano de ambas mujeres y se marchó. Le está bien empleado a ese miserable cerdo. Deja que te lo explique.

Al cabo de veinte minutos, Hillfield se reunió con él, con aspecto furioso.

—Gracias por nada

—De nada,— dijo el sargento Millom.

—No estoy convencido, sabes. Llamar a una gata 'Lord Gort'.

—Lo he comprobado con los vecinos. Lleva cinco días llamando a ese gato por todo el pueblo. Sólo que ellos pensaban que estaba llamando a "Dios Nuestro Señor". Pensaron que se había vuelto loca -manía religiosa- porque su marido estaba en Francia volando en esos Blenheims trampa mortal... .

—No podría importarme menos,— dijo Hillfield. —He perdido un día entero. Es increíble, enviar telegramas sobre malditos gatos. ¿No saben que estamos en guerra?

—Creo que saben que hay una guerra. ¿No tienes a nadie atrapado en Francia, entonces?

—¿Qué tiene eso que ver?,— dijo Hillfield.

Millom se alejó y le dejó allí plantado.

Mientras tanto, la fuente inocente de todo el pánico en Whitehall se movía lentamente hacia el este, a lo largo de las altas crestas de las colinas que dan al Canal de la Mancha. Una enorme gata negra con sólo unos pocos pelos blancos, invisibles bajo la barbilla. Es imposible entender exactamente lo que tenía en mente. Pero estaba acostumbrada a salirse con la suya. No le gustaban los ruidos

ni los altercados. Odiaba la extraña casa de Beaminster, llena de mujeres y niños, lágrimas y rabietas. Odiaba los olores a leche agria y pañales, y a los niños pequeños en cada habitación que no la dejaban en paz. Odiaba el olor a gato encerrado de los gatos de Beaminster cuando salía a la calle; gatos que la atacaban en defensa de su propio territorio allá por donde caminaba. Y odiaba que los suyos ya no tuvieran tiempo de acariciarla y mimarla. Odiaba las sobras de la cocina, en lugar de pescado recién hervido. Y, sobre todo, odiaba al nuevo bebé.

Volvía al lugar donde había estado tranquila, donde podía pasar horas sola, durmiendo en el edredón de seda de una cama iluminada por el sol en las largas tardes, donde podía ir a la cocina y conseguir pescado fresco y leche a demanda. De algún modo, tan segura como una paloma mensajera, sabía que estaba allí.

Más vagamente -y esto era algo que ninguna paloma mensajera sabía-, supo que su verdadera persona estaba delante; sólo que más lejos, mucho más lejos. Recordaba su suave voz llamándola por las mañanas, el olor a tabaco de sus manos acariciándola. Recordaba cabalgar sobre su hombro, mientras sus suaves manos la acariciaban. Recordaba el juego en el jardín, cuando él se escondía en la larga hierba y agitaba su pañuelo blanco mientras ella le acechaba. Entonces ella se abalanzaba sobre él y se revolcaban una y otra vez con fingida furia, hasta que el éxtasis de su cercanía era demasiado para ella y salía corriendo, con la espalda crispada por el placer. Para volver a acechar. Y las largas tardes junto al fuego, en su regazo, cuando acababa tumbada de espaldas, con las patas en el aire y la cabeza colgando abandonada sobre las largas espinillas de él.

En algún lugar por delante, volvía a haber felicidad sin fin. Y ella sabía cómo llegar hasta allí.

Mientras tanto, no estaba descontenta, sólo tensa. Ya había aprendido algunas cosas. Había aprendido a evitar la carretera de la costa, con sus interminables corrientes de camiones militares verdes, su vil ruido y su vil olor. Prefería la suave hierba bajo sus pies y el silencio de los Downs, los olores ocasionales y muy espaciados que marcaban las huellas de otros animales, extraños gatos entre ellos. Se detenía a menudo para olfatear una ramita que sobresalía o una brizna de hierba alta, donde otra criatura se había detenido para marcar su territorio. Sus

orejas giraban constantemente hacia delante y hacia atrás, evaluando con atención cada nuevo sonido. A sus ojos, el mundo era un borrón gris borroso, que a un humano le habría parecido casi ceguera. Sólo cuando las cosas se movían podía percibir las con claridad; el vuelo de la mosca más pequeña le llamaba la atención.

Algunos sonidos y olores la habrían asustado si no hubieran estado tan lejos. Podía oír las explosiones alrededor de Dunkerque mucho más claramente de lo que lo haría nunca el sargento Millom, y no sólo porque estuviera más cerca de ellas. Podía oler la goma y el aceite quemados, el olor de los muertos, que él nunca olería. Pero estaban lejos, así que no le preocupaban. Nueve Huracanes volaban sobre ella, camino de Mansión, y luego de la Batalla de Francia. Pero ella no levantó la vista; hacía tiempo que había descartado el sobrevuelo de aviones. Las moscas gordas que zumbaban en los setos eran más interesantes.

Ya tenía problemas, aunque no lo sabía. El hambre le roía el vientre. Al rechazar la carretera, perdió los conejos y pájaros muertos que yacían en sus arcones, matados por los camiones que pasaban. Ya estaba lo bastante hambrienta como para atreverse a acercarse a las cocinas de las granjas; pero allí siempre había otros coches, o perros, o gente que tiraba piedras. Tenía instinto de cazadora, pero nunca lo había practicado. En cambio, había masticado algunos escarabajos y arañas. Aún pesaba dos kilos, pero tenía nueve cuando se fue de casa. Su pelaje, antes lustroso, estaba enmarañado por las rebabas de la hierba gansa que su lengua no podía manejar.

Y su viaje era demasiado lento. No se atrevía a cruzar un campo abierto; se mantenía al abrigo de los setos. Perdía demasiado tiempo evaluando cada sonido y olor extraños. Se arrastraba demasiado cerca del suelo para ser rápida. En cinco días sólo había recorrido sesenta kilómetros. Las cosas tenían que cambiar para ella o nunca llegaría viva a casa.

Encontró un topillo muerto en el siguiente seto, atrapado y abandonado por un gato de una granja cercana. Se lo comió con la boca y lo dejó. Los topillos saben mal. Un gato siempre los atraparé, pero tendrá que estar *muy* desesperado para comérselo.

Capítulo II

En los días siguientes no tuvo suerte con los conejos. Tenía los instintos para acechar, abalanzarse, morder por el cuello, pero estaban enterrados demasiado profundamente en su pasado ocioso; volvían con demasiada lentitud. Dudaba y se perdía. No sabía cómo utilizar la brisa a su favor; los conejos siempre la olfateaban. Y era negra, el peor color para un acercamiento sigiloso. No mantenía la grupa y la cola lo suficientemente bajas. Siempre oía los golpes de advertencia de los conejos, y veía sus cagadas blancas cuando caían al suelo.

Su mayor aproximación al éxito se convirtió en la peor. Por accidente, se acercó contra el viento, para que no la olieran. Por accidente, utilizó el hueco en el seto que habían hecho. Salió a medio metro de una cría de conejo, que se congeló a la defensiva, porque estaba demasiado cerca para volar. Se recompuso. . .

Un crescendo de golpes y todo el grupo corrió hacia la seguridad de la única manera que sabían - de vuelta a sus madrigueras a través de la estrecha brecha donde se encontraba. Fue aplastada por una avalancha de cuerpos marrones, algunos más grandes que ella. Mientras se levantaba sacudiendo la cabeza para despejársela, el conejito paralizado volvió a la vida y salió disparado por debajo de sus narices.

A medida que avanzaba, cojeaba bastante de la pata delantera derecha. Al mediodía estaba sedienta y cansada. Las tierras bajas estaban resacas y los arroyos secos por el calor del verano. Pero había un edificio delante. El olor del hombre, un olor agrio y desagradable de miedo, pero también el olor de la comida.

Stalker apoyó sus grandes prismáticos en la pared de sacos de arena y se frotó la nuca, donde la correa le cortaba el cuello. Tenía los hombros redondos, y cada vez más, y el peso de los prismáticos no le ayudaba. Odiaba la larga delgadez de su cuerpo, las piernas arqueadas y el pecho hundido que eran la marca del raquitismo subclínico. El cuerpo que lo había mantenido fuera del Ejército: grado médico 3C. El sargento de reclutamiento había dicho que no servía para nada,

excepto para limpiar cañones de fusil. La cara de Stalker aún ardía por la vergüenza de aquel día, el recuerdo de su propia desnudez, las extrañas miradas de compasión de los médicos, las carcajadas en las esquinas. La Defensa Civil tampoco lo quería, ni los recién formados Voluntarios de Defensa Local. Demasiada carga...

Parecía un milagro cuando Jones, del Club de Observación de Aves, le llamó. Necesitaban gente para el Cuerpo de Observadores, para vigilar los aviones enemigos desde los puestos de observación de los acantilados.

Incapaz de creer en su buena suerte, soltó —¿De verdad me quieres?.

—No le pasa nada a tus ojos, Stalker. O tus prismáticos. ¿Puedes llegar al puesto sobre Barton Links?.

Estaba seguro de que lo que realmente querían eran sus prismáticos. No se había escatimado con sus prismáticos. Barr & Stroud, el mejor par del distrito. Y tenía coche, por supuesto, cuando algunos de ellos no lo tenían. El puesto de Barton era solitario y de difícil acceso; ahora no había servicio de autobús cercano.

Así que había ido, con ganas de compañía y de hablar de pájaros. Muchos del Cuerpo eran observadores de aves.

No había compañía. Cuando llegó a la pequeña cabaña con sacos de arena, estaba vacía. Llevaba mucho tiempo vacía. Los carteles del tablón de anuncios se habían vuelto invisibles. El suelo estaba cubierto de hojas muertas de la temporada anterior. El teléfono tenía telarañas. Al descolgarlo, se sorprendió al comprobar que la centralita de la RAF seguía contestando.

La razón de su abandono no era difícil de descubrir. El puesto se había construido en el lugar equivocado, como tantas cosas se construirían en el lugar equivocado en 1940. Cubría un área ya cubierta por los puestos avanzados de la Isla de Wight y Portland Bill.

Pero llegó a amar la soledad y el silencio, el canto de la chova piquirroja y el zarapito real, las flores estrelladas de la hierba de las tierras bajas y las increíbles

vistas del brillante mar, desde la línea curva de Chesil Bank hasta las misteriosas torres de Ventnor, al este. Si encontrara la muerte, elegiría este lugar para hacerlo; en la tranquilidad de las largas vacaciones de verano, entre las pocas cosas que realmente amaba. La escuela había terminado pronto este año; los internos se habían marchado a casa cuando comenzó el avance alemán en Francia. Demasiado cerca de la costa sur para que el director se arriesgara. Junio, julio y agosto se extendían estériles ante él, con Janet atada a su cálida y ocupada manera con WVS y National Savings y los evacuados. Este año no le apetecía nada su querido jardín. Demasiado como para esconderse, y esconderse sólo le daba más miedo.

Asustado de ser judío.

No totalmente judío. Sólo una octava parte judía. Sus abuelos tenían sólidos nombres británicos como Jennings y MacDonald, Reeves y Stalker Pero él había tenido una bisabuela llamada Cohen. Cuando llegara la Invasión, saldría a la luz. Los nazis se tomaron interminables molestias para eliminar a los judíos. Revisarían los registros de Somerset House tan minuciosamente como lo había hecho Stalker, tantos años atrás, en la búsqueda de su árbol genealógico. Y luego vendría el campo de concentración, los obscenos pijamas de rayas, las palizas y la humillación de que te hicieran pasar por el aro como a un animal de circo.

—Pobre gatita. Lo has pasado mal....— La gata empezó a ronronear entrecortadamente, tan bajo que él apenas podía oírla. Se sentó en los sacos de arena junto a su codo y empezó a lavarse. De alguna manera, hizo que el puesto abandonado se sintiera totalmente tripulado, con una guarnición adecuada. Como en casa. El sol de la tarde parecía más cálido. La guerra en Francia no era del todo inútil. La sangre parecía moverse en sus venas por primera vez en quince días. —Quédate conmigo, gatita. Nos veremos.— Esa noche, cuando hizo las maletas, la llevó a casa en el coche. Temía que se resistiera, que escapara. Pero ella se sentó en su regazo con toda naturalidad, como si estuviera acostumbrada a los coches, como se había sentado en el regazo de su difunto dueño. Pensó que su difunto dueño debía de ser un joven alegre y loco para conducir con una gata en las rodillas. Se sintió un poco como un perro....

Janet le dio al gato el resto del estofado que tenían para cenar. De nuevo, la gata comió como si no hubiera comido en un mes. Trabajaron durante una hora, quitándole las rebabas del abrigo. Fue Janet quien hizo el alboroto por el pequeño medallón de latón que llevaba en el cuello.

—¿Lord Gort? ¿Crees que *pertenece* a Lord Gort? Hay un número de teléfono de Dover. Está muy lejos de casa. Será mejor que los llames.

Pero el teléfono sonaba y sonaba, en la casa vacía frente al mar en Dover. A Stalker no le disgustó no obtener respuesta. Estiró sus interminables piernas sobre la chimenea, con cuidado de no molestar al gato dormido. Y escuchó las noticias, leídas por Bruce Belfrage. El mundo parecía un poco mejor de lo que había parecido durante muchos días.

Todos los días llevaba al gato con él al puesto. Janet se burlaba de él; pero se alegraba de que pareciera más feliz. Con el racionamiento, la gata amenazaba con comérselos a todos. Pero se puso más elegante y dejó de cojear. En el puesto, desaparecía durante largos períodos, practicando su caza del conejo. Le trajo su primera presa. Aún estaba viva, así que la ahuyentó con gritos salvajes. Murió convulsionándose en sus manos, dejando sólo una mancha de sangre brillante del cuello en uno de sus dedos. Parecía tan nuevo, tan perfecto, tan apenas comenzado; la diminuta muerte, unida al terror al otro lado del Canal, ennegreció toda la mañana para él. Se llevó el conejo a casa y lo enterró tristemente bajo los rododendros, envuelto en un buen pañuelo.

Pero, en general, su estado de ánimo era ascendente. Informó con más decisión por teléfono, aunque había poco de lo que informar. Charló con la chica de la centralita, que no tenía más que hacer que él. Supo que se llamaba Marge y que había trabajado en una pañería antes de la guerra.

Había, por alguna absurda razón, una pequeña asta de bandera desgastada sujeta a una esquina del poste. Trajo de casa la Union Jack que habían comprado para la Coronación de 1937. La observó ondear valientemente y pensó con tristeza en tiempos más felices. En los largos relojes iluminados por el sol, rotuló un cartel rojo y blanco para que se leyera:

CUERPO REAL DE OBSERVADORES.

Con la bandera ondeando, el tablón levantado, el Austin Seven aparcado cerca y el gato lavándose, el puesto perdió su aspecto fantasmal.

Y entonces, al cuarto día, sucedió. Acababa de seguir el avance de otro convoy en dirección oeste, en una tarde de claridad excepcional que prometía lluvia, cuando levantó las gafas y vio pequeñas formas tenues sobre el Canal. Al principio pensó que eran gaviotas, pero su formación era demasiado rígida.

Pero tenían alas de gaviota caídas. Y sólo un tipo de avión tenía alas de gaviota caídas. La silueta saltó a su mente, del manual de reconocimiento de aviones que se sabía de memoria.

Junkers 87. Los bombarderos en picado Stuka que se habían abierto paso a través de los noticiarios desde España hasta Polonia, Holanda, Bélgica y Francia. El pájaro del terror de Hitler que convertía a los ejércitos en chusma en fuga. Nada podía enfrentarse al Stuka, siempre era el principio del fin...

Debo estar soñando, pensó. Los ojos juegan malas pasadas. Había perdido las débiles siluetas. Reenfocó desesperadamente y las encontró de nuevo. Las vio acercarse, paralizado como en una pesadilla.

Luego cogió el teléfono. Habló de vectores y ángulos, estimó distancias y dio números con una voz tranquila que no reconocía y que desde luego no le pertenecía. Para su asombro, Marge le tomó en serio, aunque emitió un grito ahogado al asimilar la conmoción. Nunca les había ocurrido nada parecido a ninguno de los dos. Oyó cómo su mensaje era recogido por otras voces femeninas, como si fuera aspirado por alguna aspiradora, haciéndose cada vez más grande.

Colgó el teléfono y volvió a levantar las gafas, aterrorizado de que las formas no siguieran allí; aterrorizado de meterse en problemas, de que se rieran de él por haber dado una falsa alarma. Pero las formas de alas de gaviota estaban allí, ahora más grandes y claras. Girando hacia el convoy costero que se arrastraba. De temer por sí mismo, pasó a temer por los barcos indefensos.

Fue como la vez que vio a una araña atrapar y comerse a una mosca azul. La misma fría inevitabilidad; la misma eficacia de insecto; la misma sensación de impotencia, de estar fuera, de no comprender. Vio al jefe de la escuadrilla nazi agitar las alas y al primer bombardero en picado elevarse un poco y caer en picado. Un poco como un charrán zambulléndose en busca de peces...

Pequeñas ráfagas de proyectiles en el cielo, mientras la nave líder abría fuego. Sin esperanza de dar en el blanco. El bombardero se retiró en una curva elegante, haciendo eco de la curva de la pequeña bomba hacia el segundo barco ... una columna de agua blanca que crecía lentamente, cuando la bomba falló. A continuación, el sonido retardado de la explosión de la bomba, rodando por el mar tranquilo.

Luego, el segundo bombardero en picado, y el tercero. Parecían tan despreocupados, tomándose su tiempo. No podían seguir fallando...

Se oyó un bramido sobre su cabeza, tan repentino que le hizo dar un respingo. Una apretada cuña de aviones marrones salió disparada a la vista a través de su rendija de observación. Marrones, por lo tanto británicos. Cazas mono motores. Alas puntiagudas, por lo tanto Spitfires . . .

Observó cómo se acercaban los dos grupos de aviones, deseando que los alemanes no vieran el peligro hasta que fuera demasiado tarde. Con las manos apretadas, sudoroso, sintió que grandes oleadas de odio y rabia estallaban en él, a través de sus ojos, a través de los prismáticos, como si tuviera un rayo de muerte dentro de la cabeza.

Los dos grupos de aviones se encontraron, con un ruido como el de un niño pasando un palo por una barandilla metálica. Luego estallaron en una nube arremolinada de aviones, tejiendo patrones sin sentido, como mosquitos al atardecer. Luego una larga columna de humo cruzó el cielo, como una pincelada extendiéndose sobre papel mojado. No un avión británico, ¡oh Dios, que no sea un avión británico en llamas! No. Mientras el avión giraba en su agonía, vio las odiadas alas de gaviota.

Otra pincelada creciente, y otra. Todo alemán. Algo estaba terrible y maravillosamente mal con los pájaros del diablo de Hitler. Estaban muriendo por todo el cielo. Oyó una voz que gritaba y blasfemaba. Un chat de voz loca llamando a la muerte y la sangre y la quema. Se dio cuenta conmocionado de que era la suya. Todos los miedos y el odio de semanas brotaron de él.

Era como si le hubieran escuchado. Un ala de gaviota se dirigía directamente hacia él, el ruido de su chirriante motor crecía como el de un tren que atraviesa una estación. Vio venir su propia muerte. Nunca vio el avión británico que venía detrás, hasta que oyó de nuevo, más fuerte, el ruido como el de un niño pasando un palo por la barandilla, y los sacos de arena que tenía delante le estallaron en los ojos y se quedó ciego.

Todo estaba en silencio. Con los ojos todavía brillantes, salió al exterior. Mar adentro, el convoy se arrastraba, ileso. No había ningún avión a la vista. Hasta que miró detrás del puesto.

Estaba allí, bastante cerca, con el morro hundido en el césped. Parecía tan grande como una casa, las cruces negras brillaban con barniz en la parte inferior verde pálido de las alas. Había desenterrado la hierba como un arado; la tiza expuesta era mitad turbia, mitad blanca cremosa. Una de las ruedas del avión se había desplomado; descansaba sobre su gran bomba redonda, todavía en su sitio.

No sabía si correr hacia él, huir o telefonar a la centralita. Pero algo le hizo caminar hacia él, aunque sabía que era una tontería. Pasó por debajo de la imponente cola y miró hacia arriba, donde debería estar el cañón trasero. Todo lo que podía ver eran los agujeros redondos en el metal; el metal estaba todo doblado y brillante donde las balas habían arrancado la pintura. La cola parecía un colador, estaba llena de agujeros. Y de los agujeros goteaba rojo. Le cayó una gota en las manos, la lamió y le supo a sangre, como cuando te cortas un dedo.

Se acercó lentamente a la parte delantera, temiendo lo que vería. Pero el piloto estaba vivo, sentado con la cubierta de la cabina hacia atrás y las gafas subidas en el casco, sonriendo para sí mismo como si estuviera descansando en la playa. Había un espantoso olor a gasolina. El líquido goteaba sobre el motor humeante y se evaporaba con un silbido. Sabía que el avión iba a explotar en cualquier

momento. Sabía que debía darse la vuelta y huir. Y el piloto se quedó allí sentado, sonriendo suave y estúpidamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. . .

—¡Vamos!— Stalker gritó. —¡Vamos!

El piloto le hizo un gesto ocioso con la mano enguantada, como a un conocido casual.

Entonces Stalker enloqueció. Intentó trepar por el ala, con el metal deslizándose, crujiendo y doblándose bajo sus pies. Se agarró al hombro del piloto para no caer. Había un arnés que sujetaba al piloto. Se suponía que tenía un botón de liberación en el centro, pero no lo veía. En su frustración, le arrancó el casco y las gafas y le dio una bofetada.

—Ja, ja,— dijo el piloto comprensivamente, como si no se sintiera ofendido. Luego pareció comprender la idea y apretó el botón de liberación; por fin se le soltó el arnés. Y de alguna manera Stalker lo sacó, y los dos bailaron un vals loco sobre el ala desmoronada y se deslizaron sobre el césped. Stalker se agarró a algo dolorosamente caliente y los levantó a ambos; sólo después se dio cuenta de que tenía la mano llena de ampollas. Luego corrieron y se tambalearon hacia el poste. Stalker empujó al piloto y le gritó —¡Tumbate, tumbate!— Y cogió el teléfono y se puso con la centralita.

Entonces se le cayó el mundo encima.

* * *

—Quédese tumbado un momento, señor,— dijo el policía.— Se ha llevado un buen susto al estallar el avión.

Stalker miró a su alrededor desde su lugar en el césped. El poste era un rumoroso montón de sacos de arena reventados, y donde había estado el avión sólo había un inmenso cráter blanco y poco profundo. Pero su Austin Seven seguía sobre sus ruedas. No parecía tener ni un rasguño, aparte de una grieta en el parabrisas. Decían que la explosión de una bomba hacía cosas raras.

El piloto nazi estaba apoyado contra el alerón delantero del Austin, haciendo que se doblara. Fumaba un cigarrillo y miraba a un grupo de tontas land-girls que le apuntaban vagamente con horcas y se reían como si les gustara. Era el típico nazi, alto, ancho y rubio como los nórdicos, incluso con una hendidura en la barbilla. Se le veía perfectamente a gusto, eligiendo entre las muchachas de la tierra, con una arrogancia que habría hecho que Stalker lo odiara aunque hubiera sido inglés.

Stalker se sintió profundamente avergonzado, tumbado en el césped, haciendo el ridículo delante de todo el mundo. Todos se reirían de él en un minuto, incluso el nazi.

Pero el nazi se le echó encima. (Las land-girls revoloteaban nerviosas.) El nazi se inclinó sobre él, lo cogió de la mano, lo puso en pie, le dio una dolorosa bofetada en la espalda y lo abrazó como un oso.

—Mein Freund. Mein Freund.— Stalker nunca olvidó la presión de la mano del nazi.

—Parece muy apegado a usted, señor,— dijo el policía.— Le salvó la vida, ¿verdad? ¿Lo sacó del avión antes de que explotara?

—Parece que no hice nada, en realidad,— dijo Stalker.

—Creo que es usted un héroe, señor,— dijo el policía, tan categóricamente como si hubiera acusado a Stalker de una infracción de tráfico menor. —Será mejor que bajemos a la comisaría, señor, si podemos usar su coche. De momento dejaré aquí mi moto. ¿Te apetece conducir, o lo hago yo?

Stalker se quedó mirando lo que había sido su puesto de trabajo. La Union Jack estaba en cintas; la tabla pintada yacía sobre el césped a veinte metros de distancia.

—Había un gato...,— dijo temeroso.

—En el coche, señor, esperando para ir a casa. Pequeño astuto.

Stalker conducía, con el gato sobre las rodillas. Iba muy despistado, y de vez en cuando el coche se desviaba un poco. Pero ya no sentía miedo. Todas las cosas que había temido -las bombas, la muerte y los nazis- le habían sucedido ahora y se sentía delirantemente feliz.

Janet y el médico le tuvieron en cama dos días, temiendo una conmoción cerebral. Se corrió la voz y media ciudad de Eastleigh llamó para verle. Su último visitante fue un tímido joven aviador de uniforme: el sargento-piloto que había derribado el Stuka. No parecía ni la mitad de impresionante que el nazi. Bajito y un poco rechoncho, con un tenue fantasma de bigote, parecía lo bastante joven como para estar en sexto curso. Reconoció al instante a Stalker como maestro de escuela y fue como hablar con uno de los chicos del colegio. El piloto empezó a llamarle "señor". Le dijo a Stalker que el Stuka era su primera muerte confirmada; parecía absurdo que un chico como él matara algo. Empezaron a hablar de a qué universidad iría el chico después de la guerra... . .

Cuando se levantó para irse, Stalker dijo tímidamente —Ese que derribaste... ¿Fue mi llamada la que te alertó?

—No lo sé, señor. . . Recibimos todas las instrucciones de nuestro controlador por radio.

A la mañana siguiente, cuando dejaron levantarse a Stalker, le dijeron que el gato había desaparecido.

Capítulo III

Llegó al agujero en la valla sobre la vía del tren y se detuvo, con un pie en el aire, olfateando con desconfianza el olor a hollín y aceite. Les recordaba a las carreteras que odiaba, a las cosas enormes que pasaban a toda velocidad con un viento caliente que la desequilibraba.

Pero también olía a agua, y tenía sed. Bajó con cuidado por la oscuridad, olfateó la primera barandilla metálica y la cruzó hasta el depósito poco profundo que había más allá. El agua del tanque era aceitosa y desagradable, pero bebió, se sentó y se lamió el pelaje. Volvía a estar hambrienta y débil. Aún no les había cogido el truco a los conejos. Lo único que había tocado en todo el día era el cadáver negro y aplastado de un cuervo, que yacía en el polvo de una carretera secundaria. Y eso habían sido sobre todo plumas que revoloteaban al viento, como deseando volver a la vida.

Fue en ese momento cuando olió la comida. Estaba a cinco metros, escondida en la larga hierba del terraplén, pero la encontró. Medio bocadillo, con tres mordiscos. El pan blanco y la margarina no le gustaban, pero la carne estaba buena.

Apenas lo terminó, olió otro, más allá. Y otro, y otro. Se volvió quisquillosa, desmenuzando el pan para llegar a la carne.

Había otras cosas, mientras trotaba: paquetes de cigarrillos, una botella vacía de brandy francés, una gorra con una insignia del regimiento, un trozo de venda ensangrentada. Los olfateó sin comprender; olfateó durante más tiempo la vil venda con su tufillo a corrupción.

Había recorrido casi 400 metros, olisqueando y comiendo, cuando las vías del tren a ambos lados de ella empezaron a vibrar. La grava afilada bajo sus patas empezó a temblar, y entonces oyó el estruendo delante de ella y vio los puntos de luz como ojos, brillando en la oscuridad.

Se agachó, pero cuando los ojos iluminados se ensancharon, cuando la masa negra y rugiente creció a su alrededor, cuando el estruendo se convirtió en un silbido y un rugido, recordó el Stuka estrellándose y huyó por el terraplén como un rayo negro.

El tren pasó y ella volvió al interminable rastro de comida. El tren había dejado tras de sí nuevos olores: sangre, sudor, orina y, de nuevo, el inquietante olor del

miedo humano. Pero la noche volvía a estar quieta, y ella trotaba y comía, comía y trotaba.

Cuando llegó la estación, se detuvo. Parecía estar a oscuras, pero dentro se oían voces de mujer; muchas voces de mujer, ocupadas, urgentes. Y había tenues rendijas de luz alrededor de las ventanas ennegrecidas. Y olía a comida, a mucha carne.

Se acercó sigilosamente, hasta el extremo inclinado de la plataforma, hacia la puerta por debajo de la cual llegaba el olor a comida. Entonces la puerta se abrió de repente, enviando un rayo de luz a través de la plataforma oscura y vacía, revelando una hilera de lecheras y una cesta de mimbre.

—Y otra caja de marge, George,— dijo una voz de mujer, mandona pero cansada.

—Bien,— dijo el hombre que estaba en la puerta.

El olor a comida era ahora abrumador. El gato se deslizó entre sus piernas y entró.

Su primera impresión fue la de muchas otras piernas, piernas de mujer. Piernas robustas con pantalones holgados o medias de hilo de Escocia y zapatos de campo fuertes y sensatos. Piernas que se movían constantemente para aliviarse, como si les dolieran los pies. Arriba, desde la mesa, llegaba el sonido del pan cortado en rebanadas, el deslizamiento de la mantequilla, el ruido de las latas al abrirse. Y entre las patas, desde el tablero, caía una lluvia constante de migas de pan y carne. La gata se deslizó silenciosamente bajo la mesa y empezó a lamer la carne con su lengua rosada.

Encima de ella, las voces seguían sin hacer caso,

—Nunca podré volver a mirar a la cara una lata de corned beef.

—Vas a casa y te lavas las manos... pero aunque te las laves una docena de veces, no puedes quitarte el olor a marge de ellas. No soporto el olor a marge.

—Hace que mi viejo se encapriche de mí. Le gusta el olor a marge. Se pone amoroso...

—¿Amoroso? Buen momento para eso. Hace una semana que no me quito los corsés. Siéntate en la silla un minuto, y estoy roncando. Tiene que cuidar de sí mismo esta semana. Un viudo sándwich, se hace llamar. Dice que empiezo a parecer un sándwich.

—Señoras,— dijo la mandona voz femenina. —Pensé que les gustaría saber que acabamos de hacer nuestro paquete número nueve mil de sándwiches.

Todas las mujeres miraban una pizarra al fondo de la sala. La única mujer con sombrero de toda la sala estaba allí, con una tiza en la mano. Acababa de añadir "9000" a una larga fila de cifras tachadas en la pizarra.

Todas las mujeres corpulentas se llevaron las manos a la espalda dolorida. Hubo un murmullo de júbilo.

El hombre volvió a abrir la puerta y dijo —El próximo tren sale dentro de diez minutos. Acaba de pasar por Ashford.

El gato que estaba debajo de la mesa sintió que el ambiente cambiaba. De ser acogedoramente cansado, el ambiente se volvió asustado, expectante. Las mujeres empezaron a quitarse sus pichis floreados y a ponerse sus sombreros floreados.

—¡Tienes que lucir lo mejor posible para ellos!

—Son los que no paran de llorar los que no soporto. Quiero decir, están a salvo en casa, ahora. Uno pensaría que se animarían.

—Conmoción es...

—No creo que la mitad de ellos vuelvan a luchar.

—Señora Barstow,— dijo la mujer mandona, —eso es traición. Los alemanes lo están haciendo bastante bien sin su ayuda. Hablar sin cuidado cuesta vidas.

—Vieja zorra. ¿Qué sabe ella, en la Casa Roja? Sólo son muchachos trabajadores. Hicieron lo que pudieron. Son esos estúpidos generales...

—Esos muchachos son leones; leones guiados por burros...

—Tenemos una caja de cerveza aquí . . .

—Nada de alcohol, — dijo la mujer mandona, —¿Cuántas veces te lo he dicho? Nada de alcohol. Té o café, bocadillos y cigarrillos. Pero sólo cinco cigarrillos por hombre. Sólo nos quedan dos mil, hasta que llegue el Cuerpo de Servicio por la mañana.

Entraban y salían carros cargados de grandes urnas humeantes y montañas de paquetes de papel sulfurizado. El gato les seguía.

Afuera amanecía rosado; un viento frío pasaba entre las hileras de lecheras, haciendo ondear las faldas de las mujeres. El tren era un penacho, luego una mancha, luego se acercaba. No había nadie mirando por las ventanillas.

Una mujer abrió la puerta de un vagón y, al sentir el hedor, arrugó la nariz.

Aceite. El suelo y los asientos estaban brillantes. Grandes manchas y huellas de manos cubrían puertas y ventanas. Ocho hombres yacían desplomados, con las caras y los uniformes brillantes y negros, como figuras de bronce de algún monumento de guerra sombrío y desesperado. Los fusiles estaban apilados a sus pies, con cascos de acero encima.

—¿Están muertos?, — pregunta nerviosa una mujer.

—Estoy muy cansado, cariño, —dijo otro. — Despierten, despierten, muchachos. Char está despierto. ¿Tienes tazas?

El hombre más cercano abrió los ojos y miró sin comprender. — Maldita sea, ¡mujeres! Y cigarrillos. ¿Qué es esta estación? ¿Las Puertas Perladas?

Hubo revuelo y tanteos. Había todo tipo de recipientes latas, tazas de porcelana, vasos, todos llenos de aceite. Manos aceitosas cogían los cigarrillos, rompiéndolos en su afán, y destrozaban los paquetes de bocadillos. Los dientes mordían como tiburones, de un blanco sorprendente en las caras negras. Blancos de ojos, rodando por todas partes, como los ojos de los mineros de carbón atrapados. Entonces uno de ellos dijo —Dios, mira, un maldito gato negro. Es la primera vez que tengo suerte desde Abbeville... .

Y, de repente, alargaron la mano, subieron a la plataforma para tocar a la afortunada gata negra. Ella retrocedió, asustada por las manos aceitosas.

Entonces una voz gritó, nerviosa, enfadada —Volved al tren, chicos. Volved todos al tren. Conocéis las normas. — Era un policía militar enorme, inmaculado con gorra roja y cincha blanca. Llevaba una pistola en una funda blanca al cinto; por alguna razón, la solapa estaba desabrochada. Los soldados volvieron a entrar, como perros asustados a los que les grita su amo.

—¿Quiere llamar al gato, señora?

—No lo sé.

—Tiene una medalla en el cuello. . .

La mujer cogió el gato tímidamente y miró el medallón.

—Lord Gort, — dijo.

Un hombre se echó a reír. De repente, todos se echaron a reír. No era una risa normal. No era una risa muy agradable.

El guarda hizo sonar el silbato. El tren se alejó lentamente, dejando las teteras vacías, el papel sulfurizado ondeando en el frío andén matinal, las mujeres de pie, como aturdidas.

—Vamos, señoras. ¡Habrà otro tren en media hora!

—¿Qué les han hecho?, — susurró una mujer. — ¿Qué les están haciendo allí en Dunkerque?

El gato se quedó varios días más.

El gato se encontró con todos los trenes.

El sargento Millom entró por la puerta de su jardín.

Había un par de sucias botas negras en el umbral de la puerta. Botas militares. Echó a correr y abrió la puerta, sin apenas atreverse a respirar. Había un olor nuevo en la casa. Humo y aceite, como si se hubiera estropeado una estufa de parafina.

—¿Tom?, — gritó. —¿Tom?

No hubo respuesta. Empujó la puerta del salón. Había un rifle tirado en medio de la chimenea; un juego completo de correas con bolsas de munición colgado del respaldo de la silla. Un par de pies con medias, con enormes agujeros en la punta y el talón. El sonido de un ronquido profundo.

El sargento Millom miró la cara de su hijo. Hacía un mes que no se lavaba el pelo. La suciedad le rodeaba los ojos. Parecía un niño sucio de doce años, de vuelta del fútbol. Tenía la boca abierta. Sus uñas, en el brazo de la silla, sobresalían un cuarto de pulgada, y eran negras.

El sargento Millom se quedó allí, pensando en lo maravilloso que era el mundo. Quería hacer el bien a todo el mundo durante el resto de su vida.

Tom abrió los ojos y sonrió. — Hola, papá. Había un gato negro en la estación. Donde paramos a por bocadillos. Se llamaba Lord Gort. Sabía que iba a llegar a casa cuando vi al gato negro.

Entonces las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. No estaba llorando; las lágrimas simplemente rodaban por sus cheekes, tan naturales como pequeños

arroyos corriendo colina abajo. El sargento Millom lo agarró y lo abrazó, como no lo había hecho desde que tenía ocho años.

Tom había visto las ratas, sin duda. Pero el gato negro le había salvado. Cuando soltó a Tom, el muchacho se dejó caer en su silla y volvió a quedarse profundamente dormido.

El sargento Millom andaba de puntillas por la casa, sin saber qué hacer a continuación, tan lleno de alegría que sentía que podía ponerse enfermo.

Bajaría a la carnicería y compraría un poco de carne para el té de Tom. El carnicero no escatimaría a un muchacho que volvía de Dunkerque...

Al ir a la carnicería en bicicleta, vio a la señora Wensley fuera con el bebé en el cochecito. Se detuvo. Vio que palidecía, así que gritó —¡Buenas noticias, señora Wensley!.

Se le iluminó la cara. — ¿Geoffrey?

Entonces se sintió avergonzado— las noticias sobre lord Gort parecían algo tan pobre que ofrecer. Pero se contuvo y se limitó a decir—¿La estación de Headcorn? Está en la línea de Dover. Vuelve a casa.

Huyó, antes de que llegaran las lágrimas.

Después del cuatro de junio no llegaron más trenes cargados de tropas desde Dunkerque. Las mujeres recogieron sus mesas y urnas, y volvieron con sus maridos. El gato, que se había convertido en una leyenda, pasó a ser una molestia. Su interminable provisión de corned beef se agotó. Echaba de menos los silbidos de las mujeres, la admiración de los soldados. El jefe de estación y los dos porteros estaban demasiado ocupados y cansados para prestarle atención. Empezó a tener hambre de nuevo.

Cuando un tren de soldados se detuvo en el andén el diez de junio, debió parecerle que sus grandes días habían vuelto. Saltó del andén y cruzó las vías, salvándose por poco de morir bajo las ruedas de un tren de mercancías.

Pero los soldados que encontró eran soldados muy diferentes. Nerviosos, pero no aterrorizados. Limpios, con equipo nuevo. Soldados que volvían a la línea del frente, que ahora era Dover. Soldados con viejos rifles de la Gran Guerra, prestados por la Guardia Nacional.

Entró en un vagón por una puerta abierta. Unas manos fuertes y cálidas la levantaron. — ¿Quién eres, gatita?

Miró su medalla,

—Por Dios, muchachos. Se llama Lord Gort y es mujer. Eso explica muchas cosas...

Los soldados soltaron una carcajada, un poco demasiado fuerte. Estaban nerviosos por los alemanes, pero mucho más por su nuevo sargento geordie. Era un hombre alto y delgado, con un gran bigote negro y los brazos tatuados. Había sobrevivido a Dunkerque. Pensaban que estaba un poco loco. Había cogido una pistola Luger de un alemán muerto y decían que se acostaba en la cama y se cortaba las uñas de los pies disparándose con ella. Decían que estaba loco por las bombas, después de siete días en las playas. Decían que le importaba un bledo todo el mundo, británicos o alemanes.

No habían visto la batalla; acababan de entrenarse en Escocia. El Sargento Smith era justo lo que necesitaban.

El tren dio una sacudida, como un indicio de que estaba avanzando. La gata intentó saltar de las rodillas del sargento y salir del vagón. Pero él la sujetó por el pescuezo con mano firme, por mucho que ella forcejeara.

—Tienes nuestra suerte, gatita, y por Dios que la vamos a necesitar donde vamos,
— miró al otro lado de su medalla, —Además, vamos en tu dirección - Dover.

Pasó un mozo y cerró la puerta del vagón. Cuando el tren se puso en marcha, la gata se relajó sobre las rodillas del sargento. Volvió a tener la vaga sensación de que iba en la dirección correcta.

Llegó a su alojamiento en el paseo marítimo con una bolsa de equipo medio vacía. Hubo un mal momento en el que maulló lastimeramente mientras el pelotón era inspeccionado por el comandante Brimsby. Pero el sargento Smith había dicho rápidamente— Qué raro, señor. Juraría que he oído maullar a un gato. — Varios soldados se rieron y el comandante se marchó rápidamente, antes de que surgieran problemas. Las tropas estaban bastante susceptibles, después de Dunkerque. Mejor fingir que no pasaba nada...

La señora Smiley, con la que estaban alojados, oyó el maullido y no se sintió tan cohibida. Abrió la bolsa, sacó al gato y dijo—¡Pobrecito!.

—Mascota del regimiento, señora, — dijo el sargento Smith, con cara muy seria.

Le miró con dureza. Temía tener problemas con el sargento Smith,

El Sargento Smith le devolvió la mirada. Tenía la sensación de que no iba a tener ningún problema con la señora Smiley. ...

Dejaron a la gata con la señora Smiley durante el día, con instrucciones estrictas de que no la dejaran salir.

—No tenemos tiempo para ella, en esta emergencia, señora. Pero confiamos en usted para mantenerla a salvo.

la señora Smiley examinó el collar y llamó varias veces al número del medallón durante los días siguientes, pero nunca obtuvo respuesta. Decidió esperar hasta obtenerla.

Al cuarto día, Lord Gort escapó por la ventana abierta del cuarto de baño. Trotó rápidamente a lo largo del paseo marítimo. Sabía que estaba cerca de casa.

Allí estaba la querida verja, la familiar puerta principal. El olor del ama de llaves, bastante fuerte; el olor de su ama, mucho más tenue; el olor de su amo, muy tenue. Pero el hogar. Permaneció allí mucho tiempo, cada vez más hambrienta. No sabía que el ama de llaves sólo venía una vez a la semana. Las lombrices y los escarabajos del jardín no eran muy nutritivos.

Finalmente, desesperó de poder entrar. Bajó por el acantilado, atravesó las espirales de alambre de espino con mucho cuidado y llegó a la playa, que ahora era un campo de minas. En lo alto del acantilado, un centinela amante de los gatos y con cascos de acero lanzó una advertencia infructuosa. Observó, con el corazón en la boca, cómo ella pasaba por encima de todas las minas sin herirse y se abría paso a través de más espirales de alambre de espino hasta el mar.

Al borde de las olas, se detuvo, sacudiendo sus patas mojadas. Sabía que en algún lugar más adelante estaba su persona, pero lejos, muy lejos. Maulló lastimeramente y se quedó mirando el borrón del mar que no se podía cruzar,

Luego regresó a la casa de la señora Smiley, y una muy cálida bienvenida. Por el momento, sería paciente.

Capítulo IV

Los soldados estaban cenando en la cocina cuando llegó la gata. La gata saltó entre los platos sucios, olisqueando con esperanza aquí y allá, y luego se acercó al sargento, que estaba sentado en un extremo.

—Ganó su apuesta, sargento, — gritó un joven soldado. — Ha vuelto.

—Por supuesto que volvió a mí. Ella sabe lo que es bueno para ella.

La señora Smiley observó la mano del sargento acariciando a la gata. Tenía las manos grandes, pero bien formadas, con dedos largos, delgados e inteligentes que ahora retorcían las orejas de la gata, ahora la agarraban por la nuca, ahora escarbaban a lo largo de su espalda crispada como un peine viviente. La señora Smiley casi habría jurado que estaba haciendo daño a la gata, excepto que la gata ronroneaba ruidosamente y frotaba su mejilla contra su inteligente mano en éxtasis. Qué extraño, pensó la señora Smiley, que el éxtasis estuviera tan cerca de la agonía. Una corriente de aire frío parecía entrar por debajo de la puerta de la cocina y acariciarle la parte posterior de las piernas. Se estremeció, inexplicablemente. Tonta, en realidad era una noche cálida...

El sargento le dio a la gata una chuleta de su plato. Ella se lo comió en la mesa, mientras la mano de él seguía acariciándola. la señora Smiley no lo aprobaba, pero habría sido tonto y mezquino armar un escándalo. Especialmente en vista de lo que siguió. El sargento pidió silencio con el extremo de su tenedor de postre.

— Quiero hablar con vosotros... No, no se levante, señora Smiley, quiero que oiga esto también, para que nadie pueda decir que no lo ha entendido... — Miró a su alrededor desde debajo de sus finas y rectas cejas negras.

— He visto arena en las escaleras. He visto botellas de cerveza debajo de las camas. He notado una quemadura de cigarro en un tocador que no estaba allí ayer...

Hubo el comienzo de una risita que su mirada silenció al instante.

— Ahora quiero decir esto. La señora Smiley es una dama. Y ella no pidió tener diez escuadrones ignorantes alojados en ella sin previo aviso. Pero ha hecho todo lo posible para que estemos cómodos, todos estarán de acuerdo. Lo que digo es que ya tiene bastante con su marido en el ejército en Egipto, y su casa frente al mar a punto de ser volada por esos bastardos al otro lado del Canal. No necesita botellas de cerveza tiradas por ahí, ni arena en las escaleras, ni quemaduras de

cigarrillos en los tocadores, y que Dios ayude al bastardo responsable si le pilló. Y cuidarás tu maldito lenguaje delante de una dama, y te dirigirás a ella en todo momento como "señora". Es la dama de un oficial, y la tratarás como tal. Y si te pide que laves los platos, no habrá roturas, o se descontarán de tu puto sueldo, y si te pide que vayas a la tienda o barras el camino, lo harás pronto, PDQ. ¿De acuerdo? Gracias, señora. Brody y el Cabo Siggis están en el turno de lavado esta semana...

De nuevo, la señora Smiley se estremeció. ¿Cómo se había enterado el sargento de que Donald era oficial en Egipto? No se lo había dicho a nadie. Era duro con el gato, pero al gato le encantaba; y era duro con los soldados, y a los soldados les encantaba. Estaba lleno de violencia controlada; tenía una lengua salvaje. Pero no era tonto, para los estándares de nadie; menos tonto que algunos de los oficiales que ella había conocido. Y su uniforme de combate era tan fino y bien confeccionado como el de un oficial, a diferencia de la gran melena abultada de los demás.

Sintió que ella le observaba. — ¿Hay algo que pueda hacer por usted, señora? No quiero que se ensucie las manos. Enviaré a uno del pelotón para que les eche una mano a las tres en punto todos los días laborables, para que no tengan que llenar sacos de arena. Pelarán patatas, lo que quieras. Estoy tratando de conseguir un muchacho que era cocinero en la calle civil, pero creo que el comedor de oficiales se ha enterado de él.

Se acercó y se puso a su lado, demasiado cerca para su comodidad. Era muy alto y siempre estaba tenso. Y, sin embargo, parecía disfrutar con todo lo que hacía...

—¿Es feliz en el ejército, sargento? — Parecía una tontería. ¿Quién podría ser feliz en estos días?

—El ejército es mi madre y mi padre, señora. Tres comidas al día, y no tienes que preguntarte dónde vas a dormir. Mucho aire fresco. Es mejor que ser un tirador en paro, rondando las puertas de la mina, esperando que te contraten por tres libras a la semana. Esta guerra es lo mejor que me ha pasado. Buenas noches, señora.

Curiosamente, tenía buenos dientes cuando sonreía. Sólo que los espacios entre ellos eran bastante marcados. Se preguntó si el hecho de ser un tirador en paro se los había dejado así.

—Vamos, gatita, a la cama. Mantenme caliente... — Alargó la mano sobre la mesa, rebuscando restos para el gato, que sostenía aferrado a su hombro.

Amontonó las sobras en uno de los mejores platos de rosas de la señora Smiley. Ella sintió que debía decir algo, pero de nuevo le pareció tan insignificante.

Al domingo siguiente, cuando la señora Smiley regresó de la iglesia, los soldados habían ido a su propio desfile eclesiástico. Habían dejado la cocina impecable, y todas las verduras hechas para el almuerzo y flotando en cuencos de agua. Las patatas habían sido destrozadas salvajemente; les habían hecho grandes agujeros para que parecieran esculturas de Henry Moore.

Subió las escaleras sin arena y llegó a los dormitorios que ocupaban. De nuevo, impecables, las camas hechas de una forma dura, estirada y rígida que las hacía parecer camas de hospital sin usar. Arriba, en el ático, donde cuatro de ellos dormían sobre las tablas desnudas, las mantas estaban apiladas en bloques perfectamente cuadrados, con otra manta doblada alrededor, encima de los duros semi-colchones que parecían galletas y que llamaban "desayunos de burro".

El sargento Smith tenía para sí el dormitorio más pequeño; era tan rígido como el resto. Ni un objeto personal a la vista. Curiosa, abrió la puerta del armario y se sonrojó. El interior de la puerta del armario estaba cubierto de fotografías de mujeres pálidas y desnudas, situadas absurdamente en entornos rurales de rocas y helechos. Las mujeres parecían... perdidas... como si no supieran qué hacer con sus cuerpos, como si el hombre que las fotografiaba les hubiera dado órdenes y las hubiera arreglado artificialmente. Supuso que lo harían por dinero. Quiso darse la vuelta, pero siguió mirando. Sus cuerpos eran esbeltos y hermosos...

Era así de delgada cuando se casó con Donald. Pero había engordado lenta pero constantemente, cada uno de los diez años que llevaba casada. Seguía jugando al tenis en el club todos los veranos, pero la cintura de su larga falda blanca le apretaba cada vez más. La había dejado salir y necesitaba volver a hacerlo.

Cerró rápidamente la puerta del armario y bajó a su habitación. Se miró en su propio espejo. Pensó: Tengo veintinueve años y aparento cuarenta.

Decidió pulir la plata del aparador del comedor. Pulir la animaba cuando se sentía deprimida. Trabajó en un ejemplar del Daily Telegraph, extendido sobre la mesa del comedor. El comedor, con sus candelabros de plata, estaba helado, a pesar de ser pleno verano. No lo había utilizado desde que Donald se marchó; los soldados siempre comían en la cocina.

No dejaba de pensar en las mujeres desnudas perdidas, sujetas con sus rocas y helechos, dentro del armario del sargento Smith. ¿Cómo podían soportarlo,

sabiendo que cualquier hombre podía pagar seis peniques por una de aquellas revistas?

Para desterrar el pensamiento, fue a buscar la última carta de Donald, de hacía tres semanas.

Ayer fui a dibujar la Mezquita de Mohammed Ali. Grande y desagradable, un intento victoriano de copiar Santa Sofía. Un niño árabe se quedó a mi alrededor durante una hora, como de costumbre, esperando una limosna. Me temo que esperó en vano. Pero adjunto un dibujo suyo. Intentaba parecer patético y hambriento con uno de esos sucios camisones que todos llevan aquí.

En el cuartel general piensan que los italianos podrían entrar pronto en la guerra, del lado de los alemanes, ahora que Adolf parece estar ganando. Así que podría haber un poco de problemas con los Eyties en la frontera libia alrededor de Sollum. No creo que haya mucho de qué preocuparse si no muestran mejor forma que contra las tribus en Abisinia, pero nuestro regimiento –

El resto del párrafo había sido recortado; el borde dentado mostraba rastros del lápiz azul del censor. El regimiento debía de haber ido a algún lugar peligroso. . . Seguía sin creerse que Donald fuera un oficial al mando de cuatro tanques medios. Parecía un poco absurdo en las diminutas fotografías que enviaba, apoyado en un tanque, deliberadamente despreocupado, con un cigarrillo en la mano. Sus rodillas bajo los holgados pantalones cortos se habrían vuelto de un doloroso color rosa con el sol; su calva se estaría pelando en medio de su anillo de pelo pelirrojo. Su cara roja chocaba horriblemente con su pelo pelirrojo cuando le daba el sol. Recordó sus últimas vacaciones en Torquay...

Era el último hombre que se metería en una pelea, a menos que fuera para salvar uno de sus queridos edificios antiguos. Debería estar en casa, en la oficina, delante de su mesa de dibujo, diseñando chalés adosados.

Con un suspiro, sus manos volvieron automáticamente a limpiar la plata. Sus ojos fueron más allá de las cortinas de encaje del comedor, hacia donde el lechero bajaba por el camino con su caballo y su carro. Donald no era un soldado feliz, aunque lo fingiera valientemente. No como el sargento Smith...

La puerta del comedor estaba entreabierta a sus espaldas; podía sentir una pequeña corriente de aire cálido que soplaba desde el vestíbulo. De pronto, la corriente se hizo más fuerte, como si alguien hubiera empujado la puerta. Se giró. El gato estaba de pie, mirándola. A esas alturas, el gato le caía muy mal. Era el gato del sargento Smith. Sólo tenía tiempo para él, aunque a ella le costaba

mucho conseguir cabezas de pescado y hervirlas para alimentarlo. Había llegado a odiar el maligno olor a quemado de la cacerola de pescado hirviendo, las gotas de espuma blanca que caían por el costado.

El gato maullaba de una forma terriblemente funesta que la señora Smiley había aprendido que sólo significaba una de estas dos cosas: que iba a ponerse enfermo o que había cazado un pájaro. En cualquier caso, desorden. Desorden en sus pobres alfombras. Así que cuando el gato se dio la vuelta y trotó con urgencia de vuelta a través de la puerta, se apresuró a seguirlo.

Pero el gato se detuvo ante la puerta del sótano, que estaba cerca, bajo la escalera del vestíbulo. Dio un zarpazo a la puerta con urgencia. Aún temerosa de que pudiera estar enfermo en la alfombra del vestíbulo, la señora Smiley le abrió la puerta. Era mucho mejor que estuviera enfermo en el sótano. El gato desapareció en la oscuridad.

Al mismo tiempo, la señora Smiley oyó pasar un avión muy cerca. Un caza monomotor. Muy cerca. Demasiado cerca para la seguridad.

La puerta principal tembló con la cercanía; las placas de latón de la pared hicieron un sonido metálico contra el revestimiento de roble. La RAF volvía a hacer de las suyas... Se preguntó si debería escribir a su diputado al respecto.

Volvió al comedor. Había otro ruido fuerte, como el de alguien clavando clavos en una tabla con un martillo muy pesado. ¿Qué estarían haciendo los vecinos? Parecía que ahora eran tres. El martilleo tenía un curioso eco.

Miró por la ventana. El carro de la leche estaba casi a mitad de camino. El lechero salió de una verja y silbó al caballo. El caballo empezó a caminar hacia él, con un ruido de ruedas de hierro, un clop y un tintineo de botellas. El lechero buscó más botellas en el carro . . .

El avión que volaba bajo volvía... esta vez aún más bajo.

Se oyó un ruido como el de un niño pasando un palo por una fila de barandillas metálicas. El lechero miró por encima del hombro hacia el ruido. Luego corrió hacia su casa, con la boca abierta y las botellas de leche cayendo de sus brazos.

El carro de la leche pareció explotar; la leche salió disparada en una columna tan alta como la punta de la nueva farola. El caballo marrón se desplomó entre los fustes. El lechero cayó de bruces.

El gato volvió a maullar desde la puerta del sótano.

Una parte de sí misma hizo que la señora Smiley se lanzara al pasillo y bajara por la puerta del sótano. Tropezó y cayó por los últimos cinco escalones. Mientras estaba tumbada, con los codos y las rodillas en agonía, se oyó un aterrador estruendo de cristales en el piso de arriba. Una lluvia de objetos cayó sobre su espalda desde el techo del sótano. El avión volvió a pasar a poca altura sobre la casa y pareció sacudirla hasta sus cimientos.

Y entonces, mientras yacía aturdida, oyó sonar la sirena antiaérea.

Se levantó y miró a su alrededor. Alguien había abierto un gran agujero en el techo del sótano; del techo colgaban restos de listones y yeso, iluminados por la luz que bajaba del comedor.

Desconcertada, oyó que la sirena emitía la larga e ininterrumpida nota de "todo despejado". Deseó que se decidieran. Subió las escaleras muy cansada; el coche no dejaba de rozarla, como si quisiera que lo acariciara. Estuvo a punto de hacerle tropezar y le gritó enfadada.

Hizo retroceder la puerta del comedor, que parecía haberse cerrado de golpe. Y se quedó inmóvil.

Las ventanas habían desaparecido; las cortinas salían volando por los bordes dentados, enredándose y rasgándose. Pero lo más sorprendente era que la mesa del comedor yacía inclinada en dos mitades; alguien la había partido en dos. Toda la plata que había estado limpiando yacía en el valle del centro, cuchillos y tenedores como un banco de peces brillantes. Encima había un trozo de metal maltrecho, desgarrado en una especie de encaje de plata. Tuvo que recogerlo antes de reconocer su cafetera. Sólo la reconoció por el asa... Había un largo agujero en su alfombra, y la oscuridad asomaba por debajo. Le llegó el olor a humedad del sótano, con el olor acre del "Silvo" derramado. La pared estaba cubierta de grandes estrellas pálidas donde el yeso había reventado a través de tiras colgantes de su mejor papel pintado a rayas Regency...

¿Qué lo había hecho?

Entonces se dio cuenta de que lo que lo había hecho había pasado directamente por el lugar donde había estado limpiando la plata. Pero el gato...

¿Dónde estaba el gato? ¿Se había hecho daño?

Pero salió caminando tranquilamente del vestíbulo, olfateó cuidadosamente los restos, se sentó y empezó a lavarse el hombro.

Se acordó del lechero. Salió corriendo. Había el mismo tipo de agujero largo y profundo atravesando el césped desde un estrecho hueco en el seto de aligustres. Había pequeñas setas plateadas esparcidas por todo el césped. Se agachó distraídamente y cogió una. Pesaba mucho para su tamaño. Se la metió en el bolsillo del pichi. Más tarde se dio cuenta de que era una bala de ametralladora, aplastada por el impacto contra el ladrillo del ventanal.

El lechero no estaba donde había caído. Estaba más arriba, inclinado sobre su caballo, entre una pequeña multitud que se estaba reuniendo. Pudo ver la cabeza y el cuello del caballo, asomando, a través de sus piernas. La cabeza se movía, intentando levantarse. . .

Lentamente, se acercó a la pequeña multitud. Le aterrorizaba lo que iba a ver, así que agachó la cabeza. La superficie del camino estaba agujereada por una larga hilera de agujeritos que conducían directamente a su valla, su jardín, su comedor. Docenas de las pequeñas setas plateadas. . .

Llegó al fondo de la multitud; vio sus piernas. Oyó al lechero sollozando, diciendo cosas entre sollozos. — Es el mejor caballo que he tenido. Sabía cómo volver al establo. Oh, Dios, llama a un veterinario. No soporto verla sufrir...

La señora Smiley se quedó de pie, sintiéndose más cansada de lo que creía. De espaldas a la multitud y a la terrible respiración del caballo moribundo. Mirando las rosas de té que se asomaban por encima de la valla del señor Marshall, como todos los años.

Unas manos ásperas la agarraron por los brazos.

—¡Gracias a Dios que estás a salvo!

Supo quién era antes de levantar la vista. Se sintió tan disgustada por el lechero y su caballo que estuvo a punto de caer contra él y llorar. Pero una no lloraba en la calle.

Se oyó el rugido de los aviones volando a baja altura. Al segundo siguiente, estaba tumbada boca arriba, con él encima, abrazándola con fuerza.

Se sentía sorprendentemente segura...

—¡Malditos Huracanes! — escupió el Sargento Smith con disgusto. — Maldita RAF. Siempre demasiado tarde. Igual que en Dunkerque. — La puso en pie y le sacudió el polvo con manos solícitas, mientras ella se daba la vuelta tímidamente

y miraba a los tres aviones marrones rugir sobre el Canal a toda potencia, con los supercargadores chirriando.

—Seguro que la RAF hizo maravillas sobre Dunkerque, — dijo bruscamente, enfadada.

—¿Eso decían los periódicos? Oh, los chicos Brylcreem venían y derribaban uno o dos. Luego se iban a casa a tomar el té con sus fulanas en el comedor, y nos dejaban dos horas para que nos bombardearan.

Caminó a su lado de vuelta a la casa, tiesa de indignación. El resto de los soldados la seguían a una respetuosa distancia. Vio los daños y silbó. —Suerte de salir vivo de esta.

—Fue el gato... — Se lo contó todo, aunque le castañeteaban los dientes y empezaba a temblar.

Esa gata es tan sabia como cualquier cristiano... deberían hacerla una maldita oficial. ¡Cabo Siggis! Quiero que lleve a esta dama a dar un paseo. Llévela a comer al mejor hotel que encuentre, si puede permitírselo. No la traiga de vuelta hasta las cinco.

Lavada y cambiada, y extrañamente reacia a discutir, se dejó llevar por el cabo Siggis. Siggis era el más raro, un colegial, muy alto y guapo, pero dolorosamente delgado y aparentando unos dieciséis años.

—Sólo obtuve mi galón porque solicité ser oficial, — dijo con atractiva honestidad, mientras terminaban un almuerzo más bien mediocre. — Los demás me toman el pelo cuando no está el sargento. Pero el sargento dice que seré un buen oficial cuando empiece a afeitarme...—

— Parece usted muy apegado al sargento —dijo ella, bruscamente.

—Es el mejor. En Escocia, nuestro camión cayó en una zanja. El comandante de pelotón no tenía ni idea de qué hacer. Se quedó mirándolo y mordisqueando la punta de su bastón. Es un poco imbécil... ex-banquero. Entonces el Sargento Smith dijo, "¿Sigo yo, señor, mientras usted llama al cuartel general? " Y tuvimos ese camión de vuelta en la carretera antes de que el comandante del pelotón hubiera caminado una milla. Espero que cuando tenga mi pipa tenga un sargento como él. Ellos llevan todo el ejército, los sargentos.

—Qué suerte la suya, — dijo la señora Smiley con mayor agudeza aún. Se preguntaba si Donald llevaba un sargento encima. También tenía extraños e inoportunos recuerdos del cuerpo del sargento rodeándola.

No ayudó que Dolly Linden cruzara el restaurante y dijo —Hola. ¿Quién es tu amiguito?

— Mi sobrino, en realidad, — dijo la señora Smiley con frialdad. — De permiso. De Dunkerque.

—Digo que no te importa mucho, ¿verdad?, — dijo el cabo Siggis, admirado, mirando fijamente la espalda de Dolly que se alejaba.

— Normalmente es una buena amiga mía, — dijo la señora Smiley, furiosa por el lío en que la había metido el imperioso sargento Smith. — ¿Suele llevar a las señoras a comer a su costa cuando se lo ordena el sargento Smith?

— Oh, cualquier cosa. Él es lo máximo. Estuvo en el parapeto de Dunkerque durante cuatro días, disparando a los bombarderos alemanes; sólo con un rifle. Dicen que deberían darle una medalla, pero no se la darán porque no les cae bien a los oficiales.

— Me pregunto por qué, — dijo la señora Smiley, con una voz calculada para formar hielo en la jarra de agua medio llena. — Y me pregunto, ¿qué está haciendo en mi casa?

Llegaron de vuelta exactamente a las 17.00 horas, como dijo pintorescamente el cabo Siggis. La mantuvo rondando al final de su propia calle durante los últimos diez minutos, bajo la mirada censuradora de los transeúntes, que pensaban que las esposas maduras no debían ser vistas con soldados lo bastante jóvenes como para ser sus hijos . . .

No sólo se sustituyó el cristal de la ventana del comedor, sino que se colocó un saco de arena a una altura de dos metros. Había sacos de arena vacíos y los parterres se habían hundido unos treinta centímetros, para gran peligro de sus rosas. El agujero del césped se había cubierto de césped y el del seto se había recortado para que pareciera artístico.

En el interior, el suelo del comedor se había reparado con una tabla nueva y se había sacado una alfombra vieja del desván para cubrir la novedad. El aparador alto se había redondeado para cubrir las cicatrices de bala de la pared. La mesa destrozada había desaparecido, sustituida por un viejo mueble de cocina de pino que había aparecido de la nada y llevaba el sello "WD".

Pero el mayor cambio se produjo en el sótano. Lo habían reforzado con pesadas vigas entrecruzadas, sostenidas por una red de postes de acero.

—Aguanta cualquier cosa menos un impacto directo, — dijo el Sargento Smith. Estarás tan cómodo como un insecto en una alfombra.

— ¿Y quién va a pagar por todo esto?, —preguntó la señora Smiley.

El Sargento Smith le apretó el brazo, conspiradora menté, —Su buen amigo y el mío, el Rey Jorge Sexto. Usted cuida de él; él cuida de usted.

El gato saltó sobre su hombro y empezó a lamer el interior de su pata delantera.

El rey Jorge siguió siendo un buen proveedor a medida que pasaba el verano. No eran las bolsas de patatas lo que preocupaba a la señora Smiley, ni las barras de pan, sino las latas de mantequilla de dos kilos y medio y los interminables cigarrillos que le ofrecían.

Pero ella empezó a tomar los cigarrillos, aunque nunca antes había fumado. El Canal frente a Dover pasó a conocerse como el Rincón del Infierno. Los ataques a los convoyes que pasaban y a la ciudad se convirtieron en algo habitual. Decían que los alemanes estaban construyendo cañones gigantes en el Paso de Calais que podrían bombardear la ciudad.

Pero todas las noches, los que no estaban de centinela se reunían para cenar en su cocina, la señora Smiley en un extremo de la mesa y el sargento Smith en el otro, con el gato en su regazo alzando eternamente una pata negra para pedir golosinas que nunca eran rechazadas. Como mamá y papá y una gran familia feliz. La luz de la cocina estaba encendida todo el tiempo porque el sargento Smith también había puesto un saco de arena en la ventana de la cocina. Se decía que había placas de acero cubriendo las vigas del desván, para proteger la casa de la metralla de los cañones ack- ack. Había cubos rojos de arena alineados a lo largo del vestíbulo. Hacía tiempo que la señora Smiley había dejado de considerarla su casa.

Estaba demasiado ocupada. El vicario le había pedido que llevara una cantina en el salón de la iglesia. Porque había oído que era buena con los jóvenes soldados. La primera noche, cuando cerró para volver a casa, se sorprendió al ser recibida por Siggis y Hall, que cayeron uno a cada lado de ella.

— ¿Qué es esto? ¿Escolta de prisioneros?, — preguntó, ligeramente alarmada.

— Órdenes del sargento, — dijo Siggis, algo avergonzado. —Dice que donde hay soldados, hay mujeres. No quiere que te confundan con una de ellas.

—Es muy amable por parte del sargento, estoy segura —dijo la señora Smiley. Había renunciado a ser fría. No parecía funcionar en tiempos de guerra...

Pero cuando pasaron por delante de una tienda de guardia instalada en los acantilados, vieron a un par de chicas merodeando alrededor de ella, charlando con los soldados que estaban dentro y riéndose. La señora Smiley las conocía, de la iglesia. No tendrían más de quince años. Les habló bruscamente y les dijo que se fueran a casa. Mañana hablaría con sus madres. Parecían obedecer.

Pero cuando se volvió para mirar atrás, al final del paseo marítimo, estaban de nuevo en la misma posición en el crepúsculo.

—Es la guerra, señora, — se disculpó Siggis.

Hall soltó una risita, pero la ahogó apresuradamente.

La señora Smiley había perdido medio kilo de peso. Era más aguda, más tensa, hacía bromas sarcásticas y cínicas. Había renunciado a las ondas permanentes; se estaba dejando crecer el pelo al nuevo estilo paje; no le importaba admitir que de vez en cuando estaba "morena".

Los soldados la silbaban por la calle. Nunca reconocía los silbidos, pero le ayudaban a pasar el día.

Capítulo V

La gata arañó la cortina opaca de la puerta y la dejaron salir. Se detuvo en el umbral para acostumbrar sus ojos, sus oídos y su nariz a las vistas, los sonidos y los olores de la noche. Luego saltó el muro del jardín y se dispuso a dar una vuelta circular. Era el mismo paseo todas las noches. Nunca variaba, salvo para desviarse diez metros hacia algo nuevo o interesante.

El ejército habría dicho que pasaba por tres zonas.

La primera era la zona del amor. La zona en el lado interior de las defensas. Aquí, en una buena noche cálida (o incluso en una noche de tormenta), las parejas de novios se agrupaban densamente; en parques cerrados, en campos de minigolf; al abrigo de quioscos de música y refugios junto al mar, en refugios antiaéreos e incluso en los jardines cubiertos de maleza de las casas más grandes. En algunos lugares no había más de dos metros de distancia entre ellos, pero cada pareja se esforzaba por mantener la ilusión de estar solos en un universo vacío, acurrucados en mantas y abrigos militares.

El gato se abrió paso suavemente entre los bultos que se reían, se retorcían y se agitaban, escuchando por aquí, olfateando por allá.

Donde había risitas, había una posibilidad de comida, una bienvenida a un mundo compartido de calidez transitoria. Eran parejas felices, parejas bien avenidas, viejos amigos que compartirían con ella un bocadillo o una galleta, que incluso podrían haber traído alguna golosina en especial. Pequeñas familias breves que pensaban que el gato era una bendición celestial para ellos, un portador de suerte de los dioses de la guerra, una garantía de que continuarían, de que la muerte no llegaría aún, ni a unos ni a otros.

Allí donde había grandes jadeos de pasión, la gata podía esperar pacientemente a que se detuvieran, con un poco de curiosidad mostrada en el olfateo de su nariz, y una quietud antigua e intemporal que parecía haberlo sabido y visto todo. Había aprendido que la pasión puede ir seguida de una gran bondad.

Sólo se detuvo ante los bultos amontonados de los que salían voces apagadas pero agudas.

— Jack, ¿jurarías sobre la Biblia que no estás casado?

— ¡Te lo dije. Vivo con mi madre.!

— Entonces, ¿por qué no puedo escribirte cuando te vas de permiso?

— Mi madre es anticuada. No le gusta que vaya con chicas.

— ¡Pero tienes treinta y seis años!

La gata siguió adelante, sin entender nada, pero comprendiendo que allí no habría ni comida ni bienvenida.

Avanzó hasta el límite de la zona de peligro, marcada por las espirales de alambre de espino, las garitas con sacos de arena y los altos cañones Bofors que apuntaban al cielo. Una vez más, utilizó su olfato para distinguir a los que eran amables y le daban la bienvenida, y a los que eran crueles.

Tenía la costumbre de abordar a los nerviosos centinelas antes de empezar a atravesar la alambrada; en algunos lugares había latas atadas a la alambrada que tintineaban a la menor alteración de la misma. Y los centinelas, nerviosos por el gran peso de la oscuridad alemana en el mar, por la sombra invisible del Cabo Gris Nez a sólo diecinueve millas de distancia, a veces se disparaban al menor ruido. También había centinelas que disparaban a los gatos que acechaban porque sí; pero ella también conocía su olor.

En la zona de peligro: los campos de minas. Aquí también había comida, que crujía sigilosamente en la oscuridad. Donde los hombres ya no se atrevían a caminar, se colaba la fauna; criando las segundas camadas del verano en la paz de las minas. Las minas no suponían ningún peligro para ella. Se necesitaba cierto peso para hacerlas estallar, un peso mucho mayor que la pata de un gato al acecho; aunque perros insensatos se habían aventurado allí a la luz del día, tras una bola mal lanzada, para volar en pedazos.

Se topó con el olor de ratones, ratas, conejos, comadreja, tal vez un zorro. Ni siquiera los zorros la preocupaban. Ahora estaba en forma, era grande y pesada. Un zorro podía intentar atacarla, pero una garra afilada en la nariz le hacía chillar. Los zorros habían aprendido; ahora siempre retrocedían primero, incluso cuando había que disputarse la comida.

Y estaba el olor de otros gatos patrullando, Ella caminaba circunspecta por allí, evitando peleas. Había suficiente presa para todos.

Y así, a través del segundo cinturón de alambre, a menudo bañado por las olas entrantes, hasta la zona de la muerte. Aquí también podía haber comida, flotando flácida, muerta y relajada en la espuma y la maleza de la línea de marea. Peces,

muertos aún sin marcar por la explosión de bombas, proyectiles y minas marinas, flotando panza arriba. Gaviotas, derribadas en sangrientas ruinas por las líneas de proyectiles Oerlikon de los convoyes que no alcanzaron una presa voladora mayor. A veces todo fresco, bueno y sangriento; a veces incomedible en una sopa maloliente de aceite de los barcos que se hundían, o combustible que se filtraba de los aviones estrellados que yacían en el lecho marino a media milla de la costa.

Esta noche, era malo; el olor a petróleo llegó a sus fosas nasales cuando aún estaba dentro del segundo cable. Sin embargo, fue a mirar, con cuidado de que la espuma de las olas no le tocara las patas. Fue a mirar por pura curiosidad.

A una forma más grande de lo habitual, flotando entre su escolta de peces muertos. El aviador había tenido tiempo de quitarse el casco y las gafas antes de morir en el agua; tiempo de deshacerse de su paracaídas. Más allá de la enorme joroba de su chaleco salvavidas inflado, su larga cabellera flotaba y se arremolinaba en el agua aceitosa. Sus ojos aún parecían brillar, mientras movía la cabeza tristemente con cada ola entrante. La gata no se preguntó si era británico o alemán; era neutral en esas cuestiones.

En el interior, más allá de las casas apiñadas, la sirena dio la alerta. El gato no hizo caso. Las alertas no significaban necesariamente nada desagradable.

Pero a lo lejos, todavía sobre Francia, podía oír los motores de los aviones que se acercaban, cuya nota entrecortada y desincronizada significaba problemas. Volvió rápidamente a la playa, corriendo pegada a la arena con la cola hacia abajo.

Mucho antes de que sonaran los primeros cañonazos, estaba de vuelta en la cocina de la señora Smiley, tanteando la puerta que daba al vestíbulo y al sótano.

— Problemas, muchachos, — dijo el Sargento Smith. — Es hora de bajar. ¡Ella lo sabe!

Abajo, en el sótano, la señora Smiley observó cómo la gata, agazapada en el regazo del sargento Smith, se retorció en su melancolía de ojos cerrados mientras caían las primeras bombas. El sargento Smith dirigió a sus tropas con el primer estribillo de una vil canción que había robado a los trabajadores de la RAF.

Gatos en los tejados, gatos en las tejas,

Gatos con sífilis y gatos con almorranas . . .

La señora Smiley no participó, como él sabía que no lo haría. A veces podía ser tan dulce y otras tan provocador. Pero al menos el canto mantenía alejado el sonido del bombardeo.

Sólo una perturbación rompió la rutina de la gata. Hacia finales de junio, fue vagamente consciente de que su amo ya no estaba al este, al otro lado de la aterradora, excitante, borrosa y móvil masa que era el mar infranqueable. Ahora estaba detrás de ella, al oeste. Pero tan lejos como siempre, débil, tenue. Ella era reacia, lenta para responder. Tenía un nuevo hogar, un nuevo amo. Pero en el segundo día se puso en marcha de nuevo a Dorset. Sólo para ser desconcertantemente consciente de que su presencia se movía rápidamente hacia el norte. Y luego, en el mismo día, desapareció por completo de su conocimiento.

Se dio la vuelta, y caminó las seis millas de regreso a la cabaña.

Se habían preocupado y se sintieron aliviados al verla.

La señora Wensley estaba de compras con el bebé cuando vio al oficial de la RAF. Venía cojeando hacia ella por la calle y al principio pensó que podía ser Geoffrey.

Luego se dijo a sí misma que no fuera tonta. No era sólo que tuviera un brazo en cabestrillo. Era mucho mayor que Geoffrey, de mediana edad. Tenía canas en el pelo, bajo el gorro de forraje. Tenía arrugas en la cara. Demasiado delgado para Geoffrey. Y parecía abrazado a la pared, con la mirada baja, sin mirar a la gente, como si se avergonzara. No tenía nada del brío de Geoffrey.

Sin embargo, era como Geoffrey. Bueno, más como el padre de Geoffrey, en realidad. Como el hermano menor del padre de Geoffrey, tal vez...

¿Pero qué le había pasado al pobre hombre? Tenía esa mirada afligida que tienen los hombres cuando pierden a sus esposas. Su piel era casi transparente y se arrugaba con demasiada facilidad, escandalosamente fácil, cuando se apartaba para dejar pasar a alguien y hacía una mueca de dolor. ¡Qué joven tan extraño!

—Hola, amor, — dijo el extraño joven e intentó sonreírle. Pero la sonrisa se rompió a medio camino.

Era la voz de Geoffrey, era la forma que tenía Geoffrey de decir —¡Hola, amor!.

Eran los ojos de Geoffrey, clavados en los suyos, como siempre habían hecho. El mismo lunar en la mejilla.

Le tendió el brazo bueno.

Ella se arrojó a él con desesperación; era como arrojarse al brazo de un monstruo extraño, un cadáver viviente que se hacía pasar por su marido.

Él sintió la reticencia en el cuerpo de ella y soltó el brazo rápidamente, como si casi hubiera esperado el rechazo. Se inclinó rápidamente para hacerle cosquillas al bebé que nunca había visto.

—Así que ésta es la pequeña afeitadora. . . — El dedo con el que pinchó al bebé temblaba incontrolablemente, como el de un anciano, un anciano con esa enfermedad . . . Parkinson.

Ella dijo, —Oh, Geoff, ¿qué te han hecho?

Levantó la vista con una sonrisa que parecía una calavera, un intento de brillo. — Me hirieron. Me embarcaron en el último barco que salió de Francia antes de que se rindieran. Brest. Los alemanes tenían rodeada la ciudad; nos dispararon desde lo alto del acantilado. Un maldito rasguño. Pero ya me conoces, cariño, tuve suerte.

—¿Cómo está tu tripulación? — Sabía que no debía preguntar. Pero siempre le había preguntado por la salud de su tripulación, y no se le ocurrió nada más que decir.

— Simpson lo compró sobre Abbeville, en el último programa. Bowen está en el hospital - perdió su pierna. Tuvieron que dejarlo atrás en algún lugar de Francia. Al final, sólo se escapó si podía caminar. ¿Cómo está tu madre?

— Caminaron a casa uno al lado del otro, silenciosos como extraños. Ella dijo —¿Cuánto tiempo te queda? ¿Cuándo vuelves?

— Sólo tengo un permiso de treinta y seis horas. Luego Irlanda del Norte, luego Canadá vía Islandia. Voy al Empire Air Training Scheme. Querían a alguien que hubiera volado en combate para dar clases de tácticas de combate. No hay muchas tácticas para volar Blenheims. Si vuelas alto, te disparan; si vuelas bajo, te siguen disparando. Espero que no les den Blenheims a los nuevos. Espero que no quede ningún Blenheims.

No se le ocurría nada que decir. Subieron a buscar a su madre.

Las siguientes veinticuatro horas fueron las más largas de su vida. No podía estarse quieto ni cinco minutos. No dejaba de mirar el reloj. No paraba de preguntar a qué hora abría el pub. Ella tuvo que decírselo seis veces.

El llanto del bebé le ponía de los nervios; el ruido de los otros niños de la casa le ponía de los nervios. Dejaron al bebé con su madre y se fueron a dar un largo paseo sin rumbo.

—Una vez, dijo de repente—Me van a poner un gong.

Ella no sabía lo que era un gong, y él le gritó por estúpida, cuando ella le preguntó.

En otra ocasión preguntó—¿Dónde está Lord Gort?.

A ella le dio mucha vergüenza decirle que Lord Gort se había perdido. Pero él se rió cuando ella le habló de la estación de Headcorn y de Lord Gort regresando a Dover.

— Los gatos negros tienen suerte. Necesitará todas sus nueve vidas en Dover. — No fue una risa agradable. Cuando volvieron a casa, pasó mucho tiempo intentando comunicarse por teléfono con la estación de Headcorn, y luego tuvo una violenta discusión con el jefe de estación. Pasó mucho tiempo llamando a la casa de Dover, pero no obtuvo respuesta. Habló de coger su coche y conducir hasta Dover para buscarla. Luego volvió a perder los nervios cuando ella le explicó lo del racionamiento de gasolina.

Sólo en el pub, el sábado por la noche, recuperó parte de su antigua alegría. Durante media hora, se relajó y fue feliz. Luego empezó a emborracharse bastante, porque todo el mundo quería invitar a copas al héroe. Ella consiguió alejarlo antes de que atacara por segunda vez al Gobierno por construir aviones basura.

Se negó a ir a la iglesia el domingo por la mañana; era la primera vez que se negaba desde que se habían casado. Tuvo una discusión con la madre de ella que sacudió toda la casa. Al final nadie fue a la iglesia. El almuerzo del domingo fue una comida de negro silencio melancólico. Y luego se fue.

Se alegró de que se hubiera ido. Se alegraba de que estuviera a salvo de los combates en Canadá. Tenían mucha comida en Canadá, mucha paz. Tal vez se recuperaría.

Mientras tanto, se alegraba de que siguiera vivo y de que se hubiera ido.

Capítulo VI

Un sábado por la tarde, la sirena sonó a eso de las cuatro y media, pero la señora Smiley mantuvo abierta la cantina. Ahora todas las ventanas estaban tapiadas con sacos de arena, gracias al sargento Smith, que parecía tener un suministro inagotable de ellos. Cada vez que ocurría algo malo, parecía aliviar sus sentimientos poniendo sacos de arena en otro edificio. Las mujeres se pusieron sus cascos de acero, también suministrados por el sargento Smith. Disfrutaban de ellos como de un nuevo bar de primavera. Los sombreros de hojalata dieron pie a muchas bromas; rompieron el hielo con los soldados. Un poco más tarde, el sargento Smith entró y dijo que los bombarderos Jerry estaban pasando a cada lado de Dover, manteniéndose bien lejos de los cañones ack-ack. A Jerry no le interesaba Dover esta tarde; hacía tiempo que no le interesaba. Habían sido los aeródromos los que se habían llevado la paliza. Pero el sargento Smith le dijo a escondidas que había un montón de alemanes y que creía que se dirigían a Londres. Y, como de costumbre, no había ni un maldito caza de la RAF a la vista. Las mujeres se quitaron los cascos; eran demasiado grandes y pesaban muchísimo, y se caían cada vez que mirabas hacia abajo para servirte una taza de té o cortar un bocadillo. Habían roto bastantes tazas de té de esa manera.

Alrededor de las seis, se dio el visto bueno. Todos respiraron aliviados y el ritmo de risas y charlas aumentó en la cantina, como siempre que sonaba el "todo despejado". Los ayudantes de la tarde se fueron a casa y entró el turno de noche. Una mujer dijo que su marido acababa de volver de ver a su madre en Gillingham y que Jerry se había ido a Londres. Habían incendiado los muelles de punta a punta, y el humo que soplaba a través del río era tan denso y alto que había tapado el sol.

La sirena volvió a sonar a las siete y media. Se hizo una especie de silencio, con sólo el traqueteo de las urnas; y las mujeres untaban mantequilla en los bocadillos furiosamente. No parecían asustadas, pero muchas de ellas conocían a alguien que vivía en Londres. El sargento Smith dijo que los nuevos Jerries pasaban principalmente al sur de Dover; había más de ellos que nunca, y de nuevo no había señales de la RAF.

Caía el crepúsculo. Los soldados que volvían del servicio dijeron que el cielo al oeste era rosa.

Londres ardía.

La señora Smiley casi deseaba que los bombardearan en Dover. Le producía una extraña sensación saber que Londres estaba sufriendo. No dejaba de pensar en el Parlamento, en el Rey y en el señor Churchill. ¿Y si mataban al señor Churchill? Sería el fin.

Entonces entró el sargento Smith, inusualmente serio, y se la llevó a un lado. — No me verás por un rato. Han enviado a 'Cromwell'.

Ella lo miró boquiabierta. —¿Adónde han enviado a Cromwell? — Ella tenía una imagen absurda de tropas de cabezas redondas a caballo galopando por las calles de Dover.

— Cromwell es la palabra clave, — dijo él. —Invasión inminente y probablemente en las próximas doce horas.

— ¿Quién lo ha enviado? —, dijo ella, enojada, porque su estómago se hundió de repente como el plomo.

— Los altos mandos. Creen que viene Jerry. ¿Qué quieres hacer? ¿Ir a casa? ¿Hacer las maletas?

Pensó en el sótano de su casa, en silencio, con los chicos fuera, sólo ella y el gato. Sin saber lo que pasaba. Sentada en la oscuridad con la única luz de una vela. — Prefiero quedarme aquí. Prefiero estar acompañada.

—Buena chica. Probablemente estés tan segura aquí como en cualquier otro lugar. Intentaré avisarte de lo que está pasando. Enviaré a Siggis. — Luego se fue, con un nuevo brío en su paso que ella le envidiaba.

Entonces empezaron los rumores. Alguien había oído campanas de iglesia sonando al oeste. Un mensajero se encontró con una campesina montada en un gran caballo negro que galopaba por North Downs en busca de paracaidistas. Llevaba dos peniques en el bolsillo, proporcionados por el gobierno, para poder galopar hasta la cabina telefónica más cercana y telefonar a la Guardia Nacional local.

A las diez y cinco, las cornetas sonaron por todos los acantilados de Dover. Pero Siggis llegó corriendo y dijo que era una falsa alarma. En una tranquila noche de luna no había nada a la vista en el mar, excepto uno de nuestros convoyes deslizándose. Entonces llegó otra persona, diciendo que los alemanes habían desembarcado en Lydd. La señora Smiley dio gracias a Dios porque Lydd estaba a treinta millas. Siggis vino y dijo que había un montón de buenas tropas

británicas en Lydd. Habían incendiado toda la playa con gasolina encendida cuando los alemanes desembarcaron; el mar estaba negro de muertos alemanes.

Como para confirmarlo, sonó el "todo despejado". La señora Smiley se mantenía cuerda estando ocupada.

En medio de todo estaba sentado el mensajero que había conocido a la chica a caballo. Llevaba puestas sus grandes botas de motorista, su casco de acero sobre la mesa, un bloc de notas arrugado y un sobre con la dirección muy arrugada. No dejaba de lamer la punta de su lápiz indeleble; su lengua, sacada con concentración, estaba cubierta de manchitas moradas, Pero parecía que la inspiración no llegaba. . .

—Tratando de escribir a mi novia, señora. En caso de que lo compre. Pero no se me ocurre qué decir. Se pone nerviosa con facilidad. Siempre he intentado escribirle cartas alegres...

Se sentó en la mesa frente a él y sonrió. Tenía una nariz respingona y mucho pelo Brylcreemed, aplastado en una forma extraña por el peso de su casco. Parecía tener unos dieciséis años, como el cabo Siggis. Era fácil sonreírle, incluso cuando tenía ganas de poner el grito en el cielo. Seguía queriendo sugerirle algo para que escribiera, atrapando en su cabeza frases heroicas de la literatura. Sydney Cartoning Historia de dos ciudades. —Es mucho, mucho mejor lo que hago que lo que he hecho nunca. — El discurso de Agin-court sobre el día de San Crispín, de Enrique V de Shakespeare. Rupert Brooke. —Algún rincón de un campo extranjero que es para siempre Inglaterra... Nada de eso lo entendería el chico. Se preguntó qué le escribiría a Donald, cómodo y seguro en Egipto... . .

—Sólo dile cuánto la quieres. Eso le gustará. Déjame la carta a mí. Haré que la envíen...

— Gracias, señorita. — El chico le sonrió, una sonrisa de verdad, y se dispuso a escribir. Ella se sintió mejor por haber resuelto un pequeño problema y fue a cortar bocadillos con renovado entusiasmo.

La gata regresó pronto de su ronda. Su búsqueda de comida había sido inútil. Había demasiada gente esta noche; pequeños grupos que merodeaban inquietos con antorchas y mucho griterío. Habían echado a la fauna a la tierra. Tres veces le habían disparado; le disgustaban las explosiones, dolorosas para sus oídos; y los globos azules de gas incandescente que salían a diez metros de las bocas de los rifles; el silbido de la bala y el olor acre de la cordita.

No había parejas esparcidas por la hierba; y el mar olía a aceite espeso antes de que ella llegara. Lo dio por perdido y entró en la casa por la puerta trasera, que los soldados habían dejado al viento. Una vez dentro, tuvo suerte. En la mesa había media lata de carne de ternera, media lata de leche condensada y una lata abierta de mantequilla. Se atiborró de comida y subió por otra puerta descuidadamente abierta hasta el dormitorio de la señora Smiley, donde la cama tenía una colcha de seda. Con los pies engrasados por la playa, se hizo un cómodo hueco en ella y se quedó profundamente dormida.

La señora Smiley estaba desplomada sobre la mesa de la cantina cuando el sargento Smith la despertó de un tirón. Sonrió, un poco arrepentido, a la luz del amanecer.

— No hay nada, — dijo. — He llegado hasta Eastbourne y no hay más que rumores. ¿Sabías que los alemanes han perforado un túnel bajo el Canal y lo han usado para disparar torpedos a Dover? ¿Sabías que los alemanes han capturado el aeródromo de Hawkinge y ya están volando bombarderos? Si lo han hecho, los tipos de la RAF en Hawkinge tampoco lo saben. Cristo, hay pequeños grupos de la Guardia Nacional por toda la carretera de la costa. Algunos de ellos tienen assegaís de una obra que fracasó en Drury Lane. Algunos tienen picas de abordaje del HMS Victory. Otros tienen un rifle 22 entre veinte de ellos. Es un buen trabajo que Jerry no haya venido. Es una hermosa mañana clara, y la costa está despejada hasta la Isla de Wight. Todos dicen que la invasión es un poco más al oeste. Tal vez Jerry se las arregló para llegar a Land's End, pero eso no le servirá de mucho. Te llevaré a casa. ¿Vas a la iglesia esta mañana?

Sintió un cansancio infinito; pero un agradecimiento aún mayor.

— Sí, — dijo, — voy a la iglesia.

— Creo que iré contigo. No habrá desfile esta mañana.

Capítulo VII

—Te vendría bien un día libre,— dijo el sargento Smith el sábado siguiente por la noche.

— ¿Cómo puedo tomarme un día libre? La cantina...

— He quedado con Marge y Jean para que se ocupen de la cantina mañana. Y Siggis puede encargarse aquí. Y he arreglado el transporte. Hay un sitio que quiero enseñarte.

Suspiró y le miró. Estaba demasiado cansada para luchar. ¿No se cansaba nunca?

—Sigo yendo a la iglesia, — dijo ella, a la defensiva.

—La mejor, hinny. Catedral de Canterbury. Prepárate a las 8:30

Se rindió. No podía subir mucho en una catedral.

El transporte resultó ser un camión militar de treinta quintales con techo de lona. El gato saltó alegremente sobre unos sacos en la parte trasera. El sargento Smith le dio a la señora Smiley una blusa y una gorra de ATS "para que todo pareciera oficial". Ella no se atrevió a preguntarle dónde las había conseguido, pero era típico de él que le quedaran bien. Tuvo que admitir que se había arreglado de maravilla. Sus botas brillaban como el charol, y su insignia de latón y la hebilla del cinturón como si fueran de plata.

El servicio le sentó bien; la catedral estaba abarrotada de mujeres con sombreros y vestidos de verano del año pasado. La mayoría de los hombres llevaban uniforme. El coro cantó tan maravillosamente que ella lloró un poco, secándose los ojos subrepticamente mientras fingía sonarse la nariz. Se dijo a sí misma que en realidad era cansancio. No le importó mucho el sermón patriótico, que parecía dar por sentado que Alemania sería destruida por el fuego y el azufre como Sodoma y Gomorra. Sus ojos recorrieron los enormes pilares y el altísimo tejado; los andrajosos y sucios jirones de los viejos estandartes de batalla. ¿Cuántas guerras y batallas se habían sucedido mientras en esta catedral reinaba una calma infinita? Ese era el *verdadero* sermón: la paz eterna. Debía venir aquí más a menudo.

El sargento Smith cantó los himnos que conocía con una voz de barítono sorprendentemente fuerte y fina, que hizo que las mujeres que estaban cerca de ellos en los bancos se giraran medio ofendidas. El sargento Smith les dedicó su

oscura y afilada sonrisa, lo que irritó a unas cuantas. Los himnos que no conocía le dejaban en silencio y con el ceño fruncido, como si constituyeran alguna infracción de la Ley del Ejército.

Salieron al sol al son de un órgano voluntario de Bach. Estaba diciéndose a sí misma cuánto echaba de menos a Bach cuando miró al cielo más allá de las torres occidentales de la catedral. Una fina capa de cirros se había deslizado sobre el azul desde que habían entrado, dejando el sol un poco débil. Pero no era eso lo que miraba.

Hasta el horizonte, el cielo estaba cubierto por una red de planos negros. Cubrían el cielo como una precisa cuadrícula geométrica; ninguno estaba fuera de lugar. Era la precisión lo que asustaba más que los números; anulaba el cielo inglés, anulaba la esperanza misma, como un matasellos sobre un sello de correos. Dos cancelaciones, una encima de la otra. Abajo, los bombarderos bimotores; arriba, las formas de cruz más pequeñas de los cazas.

Fue terrible verlos tan cerca de las torres de piedra dorada de la catedral; borraron toda la paz y la seguridad que había sentido en su interior. Se agarró a lo más cercano, que resultó ser el brazo grande y cálido del sargento Smith.

—Está bien, hinny, — dijo. — No vendrán aquí; se dirigen a Londres.

Como si *eso* supusiera alguna diferencia; sentía que se dirigían hacia su frágil corazón palpitante. ¡Deténgalos! ¿Nadie puede detenerlos? Sintió que se burlaban del mismísimo Dios.

—Si viene la RAF, — dijo el Sargento Smith, —saldrán del sol.

Se quedó mirando el disco blanco y pálido del sol, demasiado velado para hacer más que llorar. ¿O estaba llorando? No podía ver...

—Bien hecho, muchachos, — dijo el Sargento Smith. — Aquí vienen.

Seguía sin ver nada. Pero se oyó el ruido de un niño que pasaba el bastón por una barandilla de hierro, demasiado lejos para asustarla. Y entonces, el cielo sobre los bombarderos se llenó del calentamiento de mosquitos sin rumbo de una pelea de perros.

—Eso se encarga de los Me 109, — dijo el sargento Smith con gran satisfacción.
—Ahora, si les dan a los bombarderos...

A sus espaldas, un crescendo de motores de avión. Por su nota constante eran británicos.

Un bombardero alemán cayó en picado. Descendía verticalmente hacia las afueras de la ciudad.

—Bombardero en picado, — respiró para sus adentros. Pero el bombardero no se detuvo. Desapareció detrás de los tejados y se elevó una gran nube de humo, seguida de un ruido sordo que hizo revolotear a las palomas desde las torres de la catedral.

— Perdió los nervios -dijo salvajemente el sargento Smith. — Ésa es una forma de suicidarse.

El griterío a sus espaldas aumentó. Un centenar de chicos corriendo a palos por las barandillas de hierro. Los patrones rectos de los bombarderos negros vacilaban y se rompían. Algunos empezaron a subir; otros a lanzarse en picado. Entonces los Huracanes de panza azul y cuerpo gordo se interpusieron entre ellos. Era como ver un centenar de accidentes de tráfico que empiezan a ocurrir a la vez. Hubo un destello cegador cuando dos bombarderos chocaron. Luego el cielo parecía lleno de harapos ardientes de aviones.

—La RAF ha aprendido un poco desde Dunkerque, — dijo el sargento Smith, a regañadientes. —Tienen a los cabrones huyendo.

Algunas de las formaciones alemanas seguían adelante, en dirección a Londres. Pero muchos estaban dando marcha atrás, tejiendo arcos desesperados para evitarse unos a otros. Vieron dos aviones más chocar, y caer enredados, como moscas apareándose. Ráfagas de bombas cayeron de otros, en el campo más allá de la ciudad.

—Es como si se estuvieran cagando encima, — dijo el sargento Smith con gran satisfacción.

Cuando se apagaron los últimos sonidos de los motores de los aviones, dijo— Bueno, dudo que vuelvan hoy. Aprovechémoslo.

Cuando llegaron al camión, Lord Gort se asomó por debajo del motor, cauteloso. — Confía en ella para encontrar el lugar más seguro, — dijo el sargento. — Mira el aceite del motor en la cola. Tendré que bañarla esta noche.

Condujeron hacia el oeste, bastante tiempo. La señora Smiley se contentaba con dejarse caer y ver pasar los pueblos blancos tapizados por el tiempo. No podía dejar de pensar en el piloto alemán que había estrellado su avión contra el suelo aterrorizado, antes de que le dispararan un tiro; y de preguntarse si habría tenido

esposa. La guerra era un túnel negro, en el que estaban todos juntos, británicos y alemanes. En el que no había otra salida que morir. . .

Finalmente, el sargento Smith se detuvo y tiró del freno de mano. —Aquí estamos entonces. Soledon Hill.

Se sentó y dejó que la quietud fluyera dentro de ella, y que la brisa fresca le rodeara la cara. Al principio sólo era consciente del silencio, el azul y la distancia. Parecía que estaban en la cima del mundo; colinas menores se extendían a su alrededor, con el horizonte del mar mostrándose a través de los huecos entre ellas. El silencio, la altura y el azul parecían alimentarla, como la primera taza de té recién hecho tras una noche de bombardeo. Entonces fue consciente de cosas menores: el grito solitario de un avefría, tres ovejas que cortaban la hierba ruidosamente y un obelisco de hormigón de metro y medio que sobresalía del césped.

—Ordnance Survey, — dijo el sargento Smith. — Lo que llaman un punto trigonométrico. Y ahí está la Guardia Nacional, manteniendo el mundo seguro para la democracia.

Tres figuras vestidas con monos caqui estaban recostadas contra la pared de un pequeño fortín de hormigón distante, comiendo bocadillos, con los cascos sobre la hierba a su lado. Saludaron y el sargento Smith les devolvió el saludo amablemente.

—Vamos, — dijo, —alejémonos de la guerra. Creo que hoy pueden arreglárselas. — La gata echó a correr audazmente, olfateando al azar los altos y secos mechones de cardo e ignorando otros que parecían igualmente interesantes.

— Es una gata de campo. Es una gata de campo.

La señora Smiley cogió su cesta de picnic de la parte trasera del camión. El sargento Smith cogió su máscara antigás y siguieron al gato.

Cruzaron una valla y la señora Smiley rechazó la galante oferta del sargento de bajarla. Siguieron por un camino estrecho y verde, bordeado de profundos helechos, y cruzaron otro umbral. La señora Smiley empezó a darse cuenta de que Soledon Hill era más de lo que parecía. Estaba rodeada por una zanja; por dos zanjas de seis metros de profundidad, una dentro de la otra. Las curvas de las zanjas eran sedosas; habían sido hechas hacía mucho, mucho tiempo, pero eran obra del hombre.

—Antiguos Británicos, — dijo el Sargento Smith. — Campamento fortificado. Esta es la rampa de acceso y esa es la puerta. Sabían lo que hacían. Cualquiera que cargara la puerta podía ser disparado desde la derecha. — Y tenían que llevar sus escudos en la mano izquierda. Qué astutos. Incluso molestaron mucho a los romanos. Aunque los romanos entraron, al final. Masacraron a todos, sólo para enseñarles a no hacerlo de nuevo... Nadie lo ha usado desde entonces.

— ¿No puedes hablar de otra cosa que no sea la guerra? — De repente, se enfadó muchísimo con él. Pero él no contestó, sólo se paseó a su lado silbando en voz baja y observando las exploraciones del gato.

Por fin se tumbaron en el lado exterior de la zanja superior, con sólo sus cabezas asomando por encima de la línea del horizonte. El sol calentaba la parte posterior de sus piernas, pero su cara y su pelo estaban frescos y al viento. Abajo había una pequeña granja en miniatura, con un granjero de juguete pastoreando ovejas de juguete. Metió la mano bajo la tela roja a cuadros de su cesta y sacó un termo y un paquete de bocadillos de carne en conserva de aspecto bastante miserable.

—Toma —dijo el sargento Smith con cierta suficiencia. Le tendía un muslo de pollo asado, sacado de su máscara antigás.

— ¿Cómo...?

— Ese muchacho del que te hablé... el que era cocinero antes de la guerra... ahora trabaja en el comedor de oficiales... Es un buen amigo mío.

— A veces me pregunto de qué lado estás...

— Del mío. — Se comió su propio muslo de pollo, silbando un himno que había cantado en la catedral aquella mañana.

— Sus carros de ira forman las profundas nubes del trueno, y oscuro es su camino en las alas de la tormenta.

Se comió el muslo de pollo, sintiendo sólo un poco de lástima por los oficiales. Calló, y a ella no se le ocurrió nada que decir. Su cuerpo se apretó contra el calor seco de la colina; sintió toda aquella masa antigua bajo ella; todos aquellos años perdurables. Guillermo el Conquistador debió de pasar; Napoleón, al otro lado del Canal. La gente debía de estar aterrorizada entonces; pero aquí arriba, sólo el viento, el pastoreo de las ovejas y el canto de los peewits. Y mientras era consciente de la colina, del suave sonido del viento que suspiraba entre las matas de cardos muy espaciadas y hacía que el maíz de los campos de abajo ondeara como las olas del mar, fue consciente del cuerpo vivo del sargento Smith junto a

ella. El ruido sordo de las puntas de sus pies sobre el césped, cuando cambiaba de posición; su respiración.

Cinco grajos negros salieron aleteando lentamente de un bosquecillo y se posaron en el maizal. Y luego, en menos de dos minutos, volaron de nuevo al bosque. ¿Por qué iban a hacerlo? La naturaleza era tan misteriosa; las cosas sucedían sin que uno pudiera entenderlas, pero eso no impedía que ocurrieran. Igual que ella no podía evitar lo que le estaba ocurriendo a su cuerpo.

—Debía de haber mucha vida aquí arriba como en los viejos tiempos, — reflexionó el sargento Smith, casi para sí mismo. — Me gusta sentarme aquí y pensar en ello. No era como ahora, sólo unas pocas ovejas. Entonces había empalizadas de tres metros, paredes enteras de troncos de árboles. Y bastante maduro dentro de los muros con humo de leña y huesos tirados por todas partes, y perros... y tipos peleándose y sacando los viejos cuchillos.

Los sentimientos de su cuerpo desaparecieron bruscamente. Se volvió para gritarle de nuevo, pero vio que él le había dado la espalda y hablaba con el gato, que intentaba arrancarle el hueso de pollo de la mano.

—Maldito codicioso. ¿Por qué no vas y pescas el tuyo? Oh, ¡tómalo! —Se lo arrojó al gato con disgusto. La gata se agachó sobre él, gruñendo suavemente, sin apartar sus ojos de los de él. Qué bien se entendían, pensó. Qué parecidos eran. Educados cuando les convenía, pero salvajes en el fondo. Bueno, podían *tenerse* el uno al otro...

Y entonces, lejos y débil en el viento, desde algún lugar de la costa, sonó el aviso de ataque aéreo. La gata desapareció por la cresta de la zanja, cargando aún con su hueso.

—¿Quieres ir?, — preguntó el sargento. Ella miró a su alrededor; había tanta paz aquí, tan lejos de la guerra.

— Nooo... ooh. Estoy demasiado cómoda. —Se estiró y volvió a relajarse. Y entonces vio los puntos negros que sólo podían ser aviones, cruzando el mar.

Era demasiado tarde para correr. El camión y el fortín de la Guardia Nacional debían de estar a media milla. La granja debía de estar aún más lejos, por una pendiente vertiginosa, sobre un pequeño río, a través de un bosque enmarañado. Sólo podían tumbarse en la ladera abierta y observar, mientras la masa de aviones se acercaba, se hacía más grande.

— Vuelan un poco más alborotados que esta mañana, — dijo el sargento.

Pero sólo intentaba animarla.

También había muchos más. Tan inevitablemente, tan imperturbables como un tren o un autobús que se acerca a una parada para recoger pasajeros, llegaban y pasaban por encima. Debido a la altura de Soledon Hill, parecían más bajos de lo habitual. Era bastante fácil ver las cruces en la parte inferior verde pálido de las alas, la esvástica en las colas, los puntitos de las cabezas de los pilotos, los números y letras en los costados, la insignia rampante de dragones escarlata y relámpagos negros. Los rostros les miraban desde arriba, pálidas manchas diminutas desde las posiciones de los cañones. Las armas se movieron, pero no se disparó ni un tiro. Parecían felices, como en un paseo. Los últimos pasaron en dirección a Londres; el sonido de sus motores se desvaneció y murió.

Volvió la paz, el susurro del viento, pero era una amarga burla. El sargento Smith tiró miserablemente de las diminutas flores azules del césped.

—Me llevaré algunas cuando me vaya —dijo él. Ella no dudaba de que lo haría, pero no serviría de nada. Nada serviría de nada.

El aire sobre ellos ya era alemán; era como si los gases de escape de los motores de los bombarderos se hubieran quedado para quitar el calor del sol. Pronto toda esta tierra sería también alemana, las ovejas de abajo sacrificadas para el festín de los soldados. Tendría soldados nazis alojados en su casa en lugar de sus hijos. Un pensamiento traidor se preguntaba si podría hacerse amiga de ellos; ellos también eran los hijos nostálgicos de algunas madres. Incluso podría haber un sargento Schmidt que se ocupara de ella cuando llegara el momento de las raciones... . Si no hacía nada malo, no había razón... la Gestapo podría dejarla en paz...

Se quedaron sentados, sin hablar. Los bocadillos que había traído estaban esparcidos sin sentido. Las avispas vinieron a investigar sus dos preciosas tartaletas caseras de mermelada, cuidadosamente guardadas durante más de una semana.

La guerra estaba perdida; no le quedaba más remedio que huir y esconderse. Y ni siquiera tenía fuerzas para ello. En lugar de eso, bajó los ojos y se refugió en la seguridad de las flores azules, a las que no les importaba si esta tierra era británica o alemana.

Y entonces se oyó el sonido de un avión que regresaba. Un avión aullando de dolor. El sonido llenó el tranquilo valle. Y allí estaba, volando bajo, con un ala bajada, y una larga y fina estela de humo blanco de un motor, fluyendo hacia atrás a lo largo de su cuerpo largo y delgado.

—Lápiz volador Dornier, — dijo el sargento. —No lo va a conseguir.

El avión pasó, casi lo bastante cerca como para lanzarle una piedra, y desapareció de la vista, rodeando el flanco de la colina.

Luego tres bombarderos, gordos Heinkels, con un gordo Hurricane justo detrás de la cola del último, tan cerca que la señora Smiley temió que se tocaran. El Hurricane disparó sus cañones; cayeron trozos del Heinkel. Cansado, con humo negro saliendo de repente, empezó a girar y a caer en el valle más allá de la colina. El Huracán se acercó despreocupadamente al siguiente Heinkel de la fila, mientras se perdían de vista. Ahora el cielo estaba lleno del sonido de los aviones que regresaban. Ya no volaban en ningún tipo de formación; los más rápidos pasaban por alto a los más lentos en su carrera hacia la costa. Había hélices girando lentamente en el torbellino. A un Heinkel parecía no quedarle morro; a otro le faltaba una punta del ala.

— Han tenido un golpe raro, — dijo el Sargento Smith. —Y nunca llegaron a Londres - nunca tuvieron tiempo. Y no volverán por las buenas.

— Sigues diciendo que no volverán, — dijo la señor Smiley, maliciosamente.

— La RAF va en serio ahora.

Lo siguiente que vieron pareció probar sus palabras, de un modo increíble. Dos Dornier, que volaban más alto que el resto, se acurrucaban juntos, como para protegerse mutuamente. Y un Huracán tras ellos, un Huracán en llamas, dejando una estela de humo aceitoso. El Huracán los alcanzó lentamente, pero no disparó sus armas. Simplemente se acercó hasta situarse directamente sobre ellos. Entonces se posó sobre ellos, golpeándolos con sus alas, como una gallina que se posa sobre los huevos.

Los tres aviones se deshicieron en ruinas, cayendo una y otra vez por el cielo, como urogallos abatidos. Sólo se abrió un paracaídas, mientras los restos caían ardiendo detrás de la siguiente colina.

—Era el piloto del Huracán, — dijo el sargento Smith. —Estaba listo para saltar; tenía la cabina abierta.

—¿Vamos a ver... sí está bien?

—Nunca lo encontraríamos - está a millas de distancia en este momento. Muchos lugareños se ocuparán de él.

— Eso espero. — Ella sintió que él era muy duro de corazón.

No llegaron más aviones. Había una especie de cansancio en el aire sobre la colina.

—¡Eh, mira eso!

Debajo de ellos, desapercibido hasta entonces, había un conejo. Levantado sobre sus patas traseras, con las orejas erguidas y los ojos fijos. Lo observaron durante largo rato, pero no se movió.

—Paralizado por el miedo, — dijo el sargento Smith. —¿Quieres pastel de conejo para cenar? — Se levantó y se acercó sigilosamente. Incluso cuando llegó a una yarda de él, todavía no se movió.

—¡No!, — gritó la señora Smiley. Normalmente, un conejo sería más que bienvenido. Pero había visto demasiadas muertes esta tarde.

Cuando el sargento Smith se dio la vuelta obedientemente, el conejo volvió a la vida y salió corriendo.

Ella le sonrió, satisfecha de haber salvado una pequeña vida entre tanta muerte.

Nunca supo qué ocurrió después. Si fue la muerte de los aviones o la vida del conejo. O el hecho de que la sombra de los aviones alemanes había desaparecido y el aire inglés era de repente tan salvaje como el vino. Pero su cuerpo parecía tomar el control, con vida propia. Su mente era un caos en el que el cuerpo del sargento Smith, los aviones que caían y el himno sobre los carros de la ira se agitaban una y otra vez.

A menudo se preguntaba qué se le había metido en la cabeza en los años siguientes. Pero nunca se arrepintió.

Cuando todo terminó, la gata se acercó a ellos y los acarició, ronroneando ruidosamente, como si estuviera muy contenta con ellos. Finalmente, se instaló en la cadera de la señora Smiley, como la reina del castillo, Diez días después, recibió una carta de Donald. Los Eyties habían atacado finalmente Egipto, pero habían sido detenidos en un vertedero llamado Sidi Barrani. Donald había perdido dos de sus tanques y parte de su pie izquierdo, mientras trataba de rescatar a uno de sus muchachos de un tanque que se estaba gestando. Estaba siendo invalidado para volver a casa. Su oficial al mando le recomendaba una condecoración, aunque no había hecho nada para merecerla...

El sargento Smith vino a despedirse mucho antes de que Donald llegara a casa, con la mochila al hombro y el gato al otro. Según dijo, le habían destinado al norte, a una nueva unidad que se entrenaba para operaciones especiales, fuesen

las que fuesen. Por el brillo ligeramente salvaje de sus ojos, prometían ser bastante mortíferas. Nunca había mencionado lo que había sucedido en Soledon Hill; ni siquiera lo había insinuado con un simple parpadeo de cejas.

A ella le habría gustado abrazarlo, pero con el gato y la mochila, habría sido muy difícil. Además, el cabo Siggis estaba con él.

Las incursiones diurnas habían cesado. Aunque ella no lo sabía, la parte más peligrosa de su vida había terminado. Iba a echarla mucho de menos.

Capítulo VIII

Fue una pena que el tren del Sargento Smith no pasara directamente a Escocia. Era una pena que tuviera que cambiar en Crewe. Era una pena aún mayor que, siendo como eran los trenes en tiempos de guerra, a las diez y media de la noche siguiera desplomado en el bufé de la estación, a oscuras.

Llevaba horas esperando, y al sargento Smith no se le daba bien esperar; era lo que peor se le daba. Si podía hacer algo, conseguir algo, siempre se sentía mejor. Aquí no había nada que hacer, salvo dejar el asqueroso té a medio beber en la taza, hacer bolas con el pan de los rancios bocadillos y cruzar las piernas a un lado y luego al otro.

Había cruzado varias veces la calle hasta el Crewe Arms para tomar una copa. Pero no estaba borracho; habría sido mejor que lo estuviera. Entonces podría haberse convertido simplemente en una víctima magullada pero inocente. Tal como estaban las cosas, la bebida que había bebido le había llevado a la fase peligrosa. El propietario del Crewe Arms, infinitamente sabio en las costumbres de los bebedores, le sirvió rápidamente y con la mayor cortesía. La violencia que percibía en el interior del sargento Smith le preocupaba mucho, y se alegró cuando pudo arrojar la toalla sobre sus bombas de cerveza y dar por terminado el asunto sin que su bar público hubiera quedado destrozado.

La gata también sintió la violencia de su amo. Se recostó contra su cuello y sintió los grandes dedos que se clavaban sin cesar en su pelaje, soportó el leve dolor y la irritación y mantuvo la paciencia. Todo el viaje y el ruido del ferrocarril la habían mantenido constantemente tensa, y estaba muy cansada y sólo quería dormir. No le gustaban los ruidos de la estación, ni los ruidosos trenes que pasaban fuera, ni los ruidosos hombres que había dentro. Su lugar seguro se le había quedado pequeño. Lo único que conocía en este mundo extraño era el abrigo del sargento Smith y los dedos del sargento Smith en su piel.

La mente del Sargento Smith era un caos. Odiaba estar entre regimientos. Su regimiento era su único hogar. Había dejado atrás a todos sus amigos, todo su poder, todos sus pequeños y cómodos planes; tendría el cansado trabajo de hacer otros nuevos en el otro extremo.

Pero sus pensamientos sobre La señora Smiley eran mucho más dolorosos. En su mente simple, había damas y había mujeres.

Las mujeres lo hacían contigo; las damas, no. Había tenido su ración de mujeres; un mal necesario de vez en cuando, cuando te ponías tan tenso que podías reventar; cuando te ponías tan tenso que podías haber golpeado al oficial al mando en pleno desfile de la Primera Obra, sólo para que pasara algo. Entonces solicitabas un pase de fin de semana, retirabas la paga acumulada y te ibas a Londres de juerga. Y si acababas en una pelea de borrachos, la Policía Militar siempre te dejaba en la base, y perdías un galón durante un par de meses, luego te lo devolvían porque sabían que eras sargento natural. Entonces todo iba bien, hasta la próxima vez que te ponían tenso. . .

Pero la señora Smiley había sido una dama. La dama de un oficial. Y había roto todas las reglas haciéndolo con él en Soledon Hill. Había puesto todo su mundo patas arriba. Había pensado que la despreciaría después. Pero no fue así. No podía apartar los ojos de su pelo liso, de sus brazos quemados por el sol. Quería volver a hacerlo, y por las tímidas miradas que ella le dirigía, sabía que ella también quería. Y había llegado a temer por ella, en el bombardeo, como nunca había temido por nadie en su vida. Apenas podía mantener la mente en su deber por preocuparse por ella. Eso le convertía en un mal soldado. También le hizo empezar a desear que el capitán Smiley lo comprara, allá en Egipto, para que después de un tiempo decente pudiera casarse con la viuda. Había deseado la muerte de un pobre diablo que sólo cumplía con su deber encerrado en un tanque oscuro y maloliente a 108 grados a la sombra. El sargento Smith se repugnaba a sí mismo.

Así que fue un justo castigo cuando la señora Smiley anunció de repente que el capitán Smiley volvía a casa como un héroe, con un pie menos pero con una bien merecida condecoración.

No pudo quedarse después de eso, por supuesto. No podía soportar quedarse y verla con él. Así que se postuló para operaciones especiales. Sonaba bastante peligroso. Pero para entonces era tan miserable que la perspectiva de ser asesinado con honor parecía la única solución.

Pero la echaba muchísimo de menos. ¿Y quién la mantendría a salvo en el bombardeo ahora? Aah, el mundo entero era un montón de mierda sin sentido.

En ese momento entraron seis miembros del Regimiento de la RAF vestidos de azul. Un grupo desagradable; tan desagradable que su comandante los había destinado a otro aeródromo. Del tipo que cualquier comandante sabio intentaba destinar en cuanto los veía. Atormentadores de cuarteles; extorsionadores de la paga de los nostálgicos reclutas. Vendedores de provisiones de la RAF en el

mercado negro, aunque nunca se pudo probar. Ellos también estaban cansados y enfadados por haber sido destinados lejos de un cómodo camarote y de sus violines.

Tenían su propia clase de astucia, pero no eran sensibles a los pensamientos internos de los hombres. Sólo veían el latón brillante y las botas del sargento, y lo despreciaban por ello. Como sus piernas eran desmesuradamente largas, parecía más bien pequeño sentado allí. Les parecía perdido y abatido. Por encima de todo, tenían el desprecio de la RAF por un "trabajo marrón".

Y, por supuesto, vieron al gato en su hombro. Los animales eran buenos para atormentar; cualquier cosa inusual era presa para ellos.

Dos de ellos se acercaron a él; el resto lo observaba con atención. De repente el día no parecía tan malo... un poco de diversión antes de su tren a Blackpool...

Uno de ellos dijo—Me gusta tu gato, Bill. — Se inclinó hacia delante para acariciar al gato, que se apartó. Dejó deliberadamente que la taza que tenía en la mano manchara de té los pantalones perfectamente planchados del sargento Smith.

El sargento Smith tuvo el mérito de decir una vez, en voz baja— Vete!.

— Perdona, amigo, ¿he salpicado tus pantalones? — El hombre de la RAF, riéndose entre dientes, se agachó como para quitárselo y derramó más té hirviendo en la entrepierna del sargento Smith.

El sargento Smith lo arrojó a través de la ventana de cristal esmerilado del bufé. Era una ventana bastante bonita, de la época victoriana. El cuerpo volador se llevó consigo las cortinas opacas. El otro hombre de la RAF estaba tan sorprendido que se quedó boquiabierto. El sargento Smith le dio un puñetazo en el estómago y luego, mientras se doblaba, en la cara. Se tambaleó por el suelo hacia sus compañeros y cayó de espaldas sobre la mesa en la que estaban sentados, lanzando té hirviendo en todas direcciones.

Entonces los cinco se abalanzaron sobre el sargento Smith, dos de ellos recogiendo botellas. Una alegría feroz se apoderó del sargento Smith. Su vida había dejado de ser insoportablemente complicada para convertirse en algo *maravillosamente sencillo*.

Tenía a tres en el suelo antes de que los policías militares del puesto de control de la estación entraran en tropel. Utilizaba los puños a la perfección y sus botas

pulidas aún mejor. El problema era que ya no podía distinguir entre amigos y enemigos. Todo el que se cruzaba en su camino era un enemigo...

El Provost Marshal, estrictamente realista, finalmente lo detuvo desenfundando su revólver y golpeándolo con su pistola por detrás. Fueron necesarios tres golpes para acabar con él. Lo arrastraron hasta su puesto de control, y el jefe de la policía militar sacó la orden de movimiento del bolsillo del uniforme del sargento Smith y llamó al número de teléfono que figuraba en ella. Curioso tipo de equipo. ¿Qué diablos eran las operaciones especiales?

Le atendió el oficial al otro lado. Un coronel, aunque parecía demasiado joven para serlo. El mariscal le explicó la situación: el sargento Smith llegaría bastante tarde, después de un consejo de guerra de distrito y varios meses en el calabozo... El otro extremo explotó.

—Por Dios, Capitán, necesito a ese hombre. Estamos practicando volar cosas, y el hombre es un experto en explosivos. Lo necesito ahora, no dentro de tres meses. Hay una maldita guerra. Y si tiene el ingenio de dejar fuera de combate a cuatro idiotas de la RAF y a dos parlamentarios, entonces lo necesito mucho más. Ahora, lo pondrás en el tren de Glasgow sin falta esta noche. PDQ. Con o sin escolta parlamentaria, me importa un bledo. ¿Necesitas una autoridad? ¿Servirá Lord Lovatt?

El Provost Marshal colgó, y se preguntó largamente y con blasfemia curiosamente intrincada a qué estaba llegando el Ejército. Entonces llegó el tren de Glasgow, y los policías militares subieron a bordo al sargento Smith, todavía inconsciente.

Volvió en sí, al norte de Carlisle, en el suelo del furgón de la guardia. Un guardia comprensivo, que había sufrido a los PM en la Gran Guerra, le dio un asiento junto a la estufa, y un brebaje espeso con azúcar y leche condensada.

—¿Mi equipo? ¿El gato?, — murmuró el sargento Smith.

— Su equipo está aquí, amigo, — dijo el guardia, empujándolo con el pie. — No he visto ningún gato. Es una broma, ¿no? ¿Un gatito?

El sargento Smith le lanzó una mirada que le heló los huesos hasta la médula.

El gato se arrastró fuera del buffet destrozado mientras intentaban limpiarlo de cristales, y salió a la plataforma fría y húmeda. La lluvia caía a raudales y soplaba a ráfagas bajo el toldo, convirtiendo toda la plataforma en un espejo húmedo. Pero aún podía oler por dónde habían llevado a su amo. Lo siguió, pero

a regañadientes, sintiendo las ráfagas de lluvia en las puntas de su pelaje como pequeñas sacudidas en su piel. Odiaba mojarse; se había mojado demasiado a menudo en los últimos meses. Sacudió cada pata a su vez, indignada.

Un tren pasó a toda velocidad, asustándola y arrinconándola. En las escaleras de madera que conducían a la pasarela, fue espantada por otro grupo de soldados medio borrachos...

Al final llegó allí, justo cuando lo subían al tren. Empezó a avanzar, con un maullido silencioso.

La puerta le cerró de golpe; sonó el silbato del guarda. La locomotora expulsó largas nubes de vapor por el andén con un silbido aterrador.

Antes de que pudiera moverse de nuevo, la masa retumbante del oscuro tren se puso en marcha. Vio cómo se perdía en la noche. Otra ráfaga de lluvia le roció desde el techo.

Desdichada, encontró refugio para pasar la noche bajo el carro de un porteador, apilado con cajas,

Por la mañana, el Sargento Smith estaba tan lejos hacia el norte, que ella no tenía corazón para seguirlo. Se sentó a pensar qué hacer. Y mientras estaba sentada, una violenta tormenta de pequeños movimientos estalló dentro de su cuerpo, haciéndola inclinar las orejas hacia atrás y mirarse el vientre salvajemente. Había olvidado por completo aquel encuentro con un tornasol negro en la playa minada de Dover...

Emprendió el camino de vuelta hacia Dover, tan lejos, a través de las calles otoñales de Crewe barridas por la lluvia.

Capítulo IX

El viejo Ollie tenía el carro cargado de briznas de paja cuando el gato se acercó caminando audazmente por el corral hacia él. ¿Atrevida? ¿O estaba desesperada? Tenía un vientre abultado, pero el resto de su cuerpo era delgado como un palo. Tenía rayas de barro en los costados negros.

— Pronto tendremos un montón de gatitos, — le dijo al granjero.

— Voy a ahogar a los bastardos. Y a ella también, si puedo atraparla. Hay una maldita plaga de gatos. Saliendo de Birmingham para escapar de los bombardeos. Le he disparado a diez este año, pero no puedes conseguir la munición. Todo va a la maldita Guardia Nacional. No sé cómo piensan que los granjeros pueden arreglárselas...

— Sí, mi vieja gata desapareció después de la última redada, aunque no fue gran cosa. Eso sí, tenía quince años; podría haber muerto de miedo. Es una triste señorita; era una buena ratonera. ¿Esta es buena?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

El gato lanzó una mirada de recelo al granjero. Luego le dirigió a Ollie una larga y profunda. Luego rodeó el caballo, hacia el lado opuesto al del granjero, y saltó sobre el asiento de madera del carro, junto a Ollie, y le dirigió una mirada profunda y confiada.

Una vez que un gato callejero miró a Ollie de esa manera, estaba perdido. Así había sido toda su vida. Los gatos eran como personas para él.

—Me la llevo. Cualquier gato es mejor que ninguno. Las ratas que tenemos. . .

—Yo prefiero los terriers. Son cuatro libras por el heno.

Ollie regresó a casa al anochecer. Aún le resultaba extraño empujar un caballo y un carro entre el flujo de camiones y autobuses que salían a toda prisa de los nuevos polígonos industriales. Odiaba los largos cobertizos donde se fabricaban coches, frigoríficos y fuegos eléctricos. Cubrían los campos donde antes crecía el maíz, con sus nombres enormes, chulescos y chillones. La fábrica Daimler de Sandy Lane, Vickers-Armstrong, Hawker-Siddeley, los motores aéreos Rolls-Royce, los paracaídas Courtauld, los motores Morris. Los trabajadores parecían tener dinero para gastar en horas extras. Se preguntaba si serían felices en sus

pequeñas casas adosadas, con sus cocinas que ahorraban trabajo y sus grandes y elegantes aparatos de radio.

Siguió en dirección al casco antiguo de la ciudad que siempre había conocido: la aguja de la catedral, las estrechas casas de madera y las calles empedradas, la caballeriza de la que era propietario, como su padre y su abuelo antes que él. — Lástima que no tuviera un hijo a quien dejárselo....

Pero probablemente, si hubiera tenido un hijo, se habría dedicado a estas cosas nuevas. Decían que los caballos estaban acabados; que pronto el mundo estaría lleno de tractores y camiones. Pero desde que empezó la guerra el negocio había ido bien. La gasolina escaseaba, pero el heno no. El caballo estaba volviendo a su sitio. Cada vez que le llamaban para remolcar un coche o un camión averiado, se enriquecía. Los caballos no se estropeaban si se les alimentaba bien. Y podías vender todo el estiércol a los nuevos propietarios. Y a todos los niños que querían heno y maíz para sus clubes de conejos. Estaba acumulando un pequeño nido para cuando por fin se jubilará. No es que tuviera ganas de jubilarse. Tendría sesenta y siete años, pero se sentía en forma. Y Stevo, que le ayudaba, era sólo un joven de sesenta y tres años. Debía cuidar de Stevo. Los establos eran toda la vida de Stevo desde que murió su señora. Stevo cocinaba muy bien. Había tenido que aprender cuando su señora estuvo enferma tanto tiempo... Y miren al viejo Sampson, caminando con paso firme. Al viejo Sampson no le importaban los coches ni los camiones, aunque algunos de los otros caballos se ponían nerviosos.

El gato se sentó a su lado, tenso, tembloroso. No se lo esperaba: el ruido del tráfico, las paredes cerradas de las casas. No le gustaban las ciudades. Pero el hombre era amable, y las patadas en su vientre la desesperaban por comida, calor y oscuridad.

Entraron por el profundo arco de la caballeriza. El ruido y los humos de la gasolina desaparecieron; olía a campo. Se sintió más feliz.

Stevo estaba pelando patatas cuando Ollie entró en la cocina. Tenía un cigarro encendido apoyado en el borde del fregadero, pero estaba empapado de tanto cogerlo y dejarlo, y no ardería mucho más.

—Están todos de vuelta y atendidos, — dijo Stevo. A Trojan se le ha caído un zapato. — Lo llevaré al herrero por la mañana.

—Es el tercer zapato esta semana...

— Es la guerra. . .

— ¿Algo en las noticias?

— Los griegos siguen persiguiendo a los italianos.

— Los italianos son basura. No pelearon en el último lote, en Caporetto. Sólo quieren volver a casa con mamá y los bambinos.

Ollie había tenido que limpiar después de los italianos en Caporeno. Eso le daba autoridad para hablar de la guerra. Stevo había estado con el ejército en Francia, pero sólo había sido mozo de caballos con el Cuerpo de Servicio en Boulogne.

—¿Qué hay para cenar?

—Estofado irlandés.

Ollie hizo una mueca, últimamente siempre parecía ser estofado irlandés. Stevo tenía una gran olla de hierro fundido que nunca estaba vacía; sólo echaba carne fresca y patatas encima de lo que quedaba de ayer. Decía que se llamaba "olla de piel", y que todas las mujeres de Froggy lo habían hecho cuando él estaba en Francia. Ollie sospechaba que parte del pelaje era realmente moho. . .

—Tengo un gato.

— Parece que tienes seis gatos. ¿No podrías hacerlo mejor?

—Grimston iba a ahogarla.

—Eres blando, ese es tu problema.

El gato, tembloroso, tenso, recorrió con la nariz la pequeña y oscura cocina. Los armarios cuyas puertas ya no se cerraban de tan llenas que estaban. La larga mesa, apilada en un extremo con enormes montañas de periódicos que se suponía iban a ser útiles algún día, pero nunca lo fueron. Las estanterías repletas de frascos polvorientos que contenían medicinas para hombres y caballos. La repisa sobre el fuego nunca apagado donde Stevo cocinaba, en verano y en invierno. En la repisa de la chimenea había un reloj de madera Ansonia que sonaba y sonaba y nunca daba la hora exacta, pero era una buena compañía. Y una taza de té de hojalata que a menudo se caía del estante porque tenía muchas cartas metidas detrás. Dos mecedoras de madera, una a cada lado del fuego, cada una con una gran manta de punto roja y morada que hacía las veces de cojín, manta o chal, según el frío que hiciera. Los ancianos se decían a menudo que estaban tan cómodos como un insecto en una manta.

El gato, después de husmear en todos los rincones, se sentó en la alfombra de trapo gris, cargada de ceniza, que había sido de la madre de Ollie, miró fijamente la maceta de pieles y maulló esperanzado.

—Dale lo que queda, — dijo Ollie, con una maliciosa satisfacción.

—Un gato hambriento es el mejor ratonero...

— Lo único que cogerá, en el estado en que está, es una pulmonía y morirá.

— ¿Qué vamos a comer entonces?

Ollie metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de diez chelines con una floritura. Se sentía rico; le había bajado a Grimston de cuatro libras con diez a cuatro libras por el heno. —Ve a por pescado y patatas fritas. Nos las comeremos del periódico y nos ahorraremos fregar. Iré a ver a Sampson.

El gato acabó con toda la olla de pelo y luego siguió a Ollie de vuelta al patio. Estaba empedrado, con edificios a los cuatro lados. Por la noche, con la puerta cerrada, parecía una fortaleza. A lo largo de dos lados, cobertizos para carros y los establos, cada uno con una media puerta y una enorme cabeza mirando hacia fuera. Encima, una hilera de agujeros redondos: los pajares donde se almacenaba el heno. En el tercer lado, el túnel de entrada y la casa. En el cuarto, el inmenso granero, vacío en la actualidad, aparte de las grandes cajas de madera donde se almacenaba el grano.

Los guardas de la ARP lo tomaban prestado para sus bailes, y a Ollie le gustaba ir a verlos. La banda variaba de una semana a otra, dependiendo de los músicos locales que estuvieran de permiso. El único miembro fijo era Maisie Sutton, la líder de la banda, que podía aporrear el viejo piano tan fuerte que una vez que no oyeron la sirena ni las bombas caer, a Ollie le gustaba ver a las chicas jóvenes con sus bonitos vestidos sentadas en los contenedores de grano sorbiendo helado americano directamente de la botella y balanceando las piernas. Aún quedaban adornos de las Navidades pasadas, mezclados extrañamente con los viejos arneses que colgaban de las paredes.

El gato pasó por delante de Sampson. Sampson levantó una pazuña y la estrelló contra los adoquines, lanzando una lluvia de pequeñas chispas azules.

Una advertencia. Allí no habría amistad.

Pasó y se quedó mirando la enorme cabeza que sobresalía de la media puerta tres cajas más adelante. La gentil cabeza de Trojan. Trojan era una bestia demasiado mansa. Mientras Sampson se abalanzaba sobre las ratas que invadían su establo,

matando a muchas y pisoteándolas hasta convertirlas en una pulpa sanguinolenta, Trojan permanecía quieto mientras las ratas mordisqueaban sus pezuñas.

Trojan y Lord Gort se miraron fijamente durante un largo rato, el caballo giró la cabeza hacia un lado para ver mejor por su gran ojo oscuro y gentil. Agitó las orejas, en un patrón que ni siquiera el jinete más experimentado podría haber entendido del todo. La gata movió las orejas hacia delante y hacia arriba y emitió un suave maullido. Luego se recompuso y saltó por encima de la media puerta, se balanceó precariamente durante un segundo y saltó hacia el interior. Luego subió al heno del pesebre apenas utilizado. Se instaló cómodamente, con los ojos cerrados.

Se había forjado una amistad duradera. Sintiéndose seguro por primera vez desde la estación de Crewe, Lord Gort durmió.

Un crujido en la paja le despertó. Aún era de noche, y la parte superior de la puerta del establo estaba cerrada contra el frío. Un ojo humano no habría visto nada. Pero los ojos de lord Gort, dilatados y negros como la lente de una cámara, captaron movimiento abajo.

Una rata parda entró por un agujero de la puerta, buscando el grano que se le había caído a Trojan de la alforja. Se paró sobre sus cuartos traseros, olfateando el extraño olor más allá del olor a excrementos de caballo, más allá del olor a cuero, paja, heno, óxido de hierro y hombre. Olor a gato. Pero era una rata joven, que había crecido desde la desaparición del viejo gato. Descartó el olor, se puso a cuatro patas y siguió buscando entre la paja.

Trojan se movió inquieto cuando la rata le cruzó la pezuña trasera. Pero no se despertó de su sueño.

El gato se sintió... amenazado. Como nunca se había sentido amenazada por los ratones, topillos o conejos que había matado. Esta cosa estaba invadiendo su espacio. Su espacio seguro, que tanto había necesitado desde que empezaron las patadas en su estómago. Se levantó y se subió con los cuatro pies al borde del pesebre, equilibrándose con delicadeza.

La joven rata volvió a levantarse sobre sus patas traseras, alerta. Pero seguía sin comprender la amenaza del olor a gato. Y los establos estaban llenos de crujidos de heno y paja. . . Siguió bajo el pesebre.

Como un rayo negro, el gato cayó, mordiendo el cuello. Falló. La rata buscó la seguridad de un rincón, donde podía cubrirse la espalda. No tenía miedo de la nueva bestia negra. Se levantó a medias, con las mandíbulas amarillas desnudas,

capaz de una mordedura envenenada muy desagradable. Una mordedura que se volvería séptica...

La gata no se arriesgó a chocar mandíbula contra mandíbula. Levantó la pata izquierda y golpeó la cabeza de la rata entre las orejas, una y otra vez como un boxeador, tan rápido como un rayo. La rata, confusa y aturdida, corrió hacia la seguridad de otra esquina. De nuevo el gato saltó al cuello y falló. De nuevo, la rata se encabritó, amenazante, con las fauces abiertas. De nuevo, la ráfaga de golpes de la zarpa negra. Ahora la rata estaba tan aturdida y confusa que corría de un lado a otro entre la paja.

Llegó el final.

Los grandes cascos de Trojan se movían inquietos, mientras el caballo olía la sangre.

Por la mañana, Stevo, bostezando, abrió la puerta de la casa y pisó algo blando. Miró hacia abajo, sombrío. Había estado en el bar después de cenar, brindando por lo que los griegos estaban haciendo a los italianos. Aunque, a medida que corría la cerveza, las cosas que los griegos les hacían a los italianos se habían vuelto cada vez más fantásticas, y cada vez más indecentes, hasta que la casera había amenazado con echar a Stevo y a sus compinches. Entonces esa canción:

Hitler solo tiene una bola,

Musso, no tiene ninguna...

Stevo, sonriendo con reminiscencia, miró hacia abajo y vio una hilera de cinco ratas estiradas pulcramente en el sucio umbral de la puerta.

Llamó arriba—Shuy se ha desplomado. Shuy lo hará. Shuy es un ratero.

Ollie, que bajaba las escaleras con los tirantes aún colgando de los lazos de sus pantalones, sonrió complacido.

—Te lo dije. No hay rata como una reina embarazada. Son viciosas. Temen por sus gatitos. Las ratas se llevan a los gatitos del nido.

Aquel otoño fue duro para ratas e italianos. Los torpederos bombarderos Swordfish paralizaron la mitad de la flota italiana frente a Taranto. Ollie y Stevo

fueron al pub y lo celebraron tan bien que tuvieron que ser ayudados a volver a casa por un joven y respetuoso policía, que criaba conejos y sabía dónde acudir a por su heno y su maíz.

—Mi ambición, agente, — confió Ollie, —es vivir más que Hitler. Y Mussolini, tengo sesenta y siete, pero creo que tengo más futuro que ellos. Stevo y yo estamos ahorrando. Después de la guerra, viajaremos al extranjero. ¿Y sabes adónde vamos? Vamos a Alemania, a Berchtesgaden, y vamos a bailar sobre la tumba de Hitler. Todo el día y toda la noche. Luego iremos a Italia, a bailar sobre la de Musso.

— No estoy seguro de no unirme a usted, señor, — dijo el alguacil con sentimiento. Miró hacia la puerta. — ¿Qué son? ¿Ratas?

— Nueve, — dijo Ollie. — Es la mejor que ha marcado hasta ahora. Le diré algo, agente. Tengo la mejor maldita ratonera de todo Coventry.

Y, en efecto, la actuación de Lord Gort fue prodigiosa. No debería haber quedado ni una rata en los establos. Pero el centro de Coventry era muy antiguo. Las altas casas de entramado de madera se apiñaban unas junto a otras, inclinadas sobre estrechas calles empedradas. Era más o menos como Londres había sido, justo antes del Gran Incendio. Un paraíso para las ratas. Y así, atraídas por el grano derramado por los caballos, las ratas siguieron llegando.

Lord Gort tenía sus gatitos en el pesebre en desuso de Trojan; en el rincón más alejado, donde el heno estaba mohoso y no era apto para comer. De lo contrario, los grandes dientes amarillos y cuadrados de Trojan podrían haberlos masacrado sin darse cuenta. Y, curiosamente, Lord Gort tenía refuerzos para el parto. Ese último día apareció en el patio con otro gato, una vieja hembra blanca y negra a la que Ollie llamó inmediatamente Skinny.

—¿Necesitamos dos gatos?, — preguntó Steve lúgubrementemente. A los griegos no les había ido muy bien en los últimos días.

— Con las ratas que tenemos, podríamos tener diez, — dijo Ollie. —Además, ella es la comadrona.

—¿La qué?

— ¿No sabías que las madres gatas tienen comadronas? ¿Hembras viejas que se sientan con ellas y las ayudan con los gatitos? Porque vienen tan rápido, que la gata madre no puede liberarlos de sus sacos lo suficientemente rápido. Recuerda

mis palabras. Mira. Irá a ese pesebre y se sentará con ella hasta que le llegue su hora.

—Me estás tomando el pelo...

— ¿Quieres apostar diez chelines?

— ¡Hecho!. Viejo mentiroso...

Después del té, salieron a los establos a mirar. Lord Gort estaba tumbado de lado, en una especie de colapso, con la barriga enorme como una montaña. Y el otro gato se sentó con ella, lavando a conciencia las orejas de Lord Gort. Mientras miraban, Lord Gort empezó a jadear, y pudieron ver jorobas moviéndose, alterando el pelaje de su monstruosa barriga.

—Ya casi tenemos tiempo para cenar—dijo Ollie, jovialmente

Acababan de volver al establo, dejando la colada, cuando llegó el primer gatito. Lord Gort, jadeante, dio un respingo y sacudió las patas traseras, y algo yacía sobre la paja: una forma enrollada con los ojos cerrados y las orejas aplastadas, dentro de un óvalo de lo que parecía celofán grueso. En el extremo de una cuerda. El conjunto no era mucho más grande que un ratón bien crecido. . .

Lord Gort miró hacia su propio trasero. Pero Skinny fue más rápido. Se abalanzó y desgarró el pequeño objeto con sus dientes...

—Lo está masacrando, — chilló Stevo.

Pero, de repente, el sobre transparente estaba vacío. La pequeña criatura daba zarpazos al heno, débilmente. Skinny se abalanzó sobre la cuerda rosa y la mordió torpemente con los dientes. Luego lamió el pequeño objeto con su gran lengua rosa, que chirriaba estridentemente.

—Vivirá, — dijo Ollie, tan orgulloso como si lo hubiera arreglado todo. —Aquí está el siguiente. ¿Ves lo rápido que vienen?

Se quedaron una hora más, bajo la luz parpadeante de la lámpara de huracán, hasta que llegó el último.

—Seis, — dijo Ollie. Ese es el lote. — Mira, está empezando a darles de comer.

— Y las seis pequeñas formas, forcejeando fuertemente y arañándose las caras con total despiadado, treparon por el heno húmedo entre las piernas de su madre. Se oyó un sonido de diminuta succión, y al mismo tiempo un ronroneo diminuto, más pequeño que el que hace una abeja lejana en un día de verano. El viejo gato se tumbó panza con panza con Lord Gort, formando un cálido anillo defensivo.

Ambos gatos empezaron a ronronear, pero sus lenguas rosadas no dejaban de lamerse.

— Dios, he vivido casi sesenta y cuatro años y nunca había visto algo así, — dijo Stevo en voz baja y reverente. — ¿No es maravillosa la naturaleza?

— Y me debes diez chelines, — dijo Ollie, despiadadamente. — Vamos al bar. Los gatos estarán bien ahora, sin tu ayuda.

Capítulo X

Durante las dos semanas siguientes, todo fue bien. Lord Gort no mostró ningún efecto negativo. Al día siguiente volvía a merodear y a delatar, dejando a los gatitos al cuidado de Skinny. A Skinny le encantaba, excepto cuando los gatitos intentaban alimentarse de sus pezones marchitos. Entonces se alejaba lo suficiente. Lord Gort se convirtió en un prodigioso consumidor de ratas, y al principio engordó, hasta que las exigencias de alimentar a los gatitos empezaron a agotarla.

Skinny también prosperó, pero sobre todo gracias a la tremenda cantidad de sobras de cocina que le daban Ollie y Stevo, que parecían encontrar motivos para entrar en el establo de Trojan una docena de veces al día. Eran ancianos; incluso su caballo más joven era de mediana edad. No tenían hijos ni nietos. Los gatitos eran la primera vida joven que veían los establos desde hacía muchos años.

Al principio, el instinto de los gatitos los mantenía completamente a salvo. Cuando no se alimentaban, dormían hacinados para darse calor. Si la repentina llegada de Lord Gort o Skinny los dispersaba por el heno, se arrastraban y rodaban, caían y arañaban, chillando salvajemente hasta que, casi por pura casualidad, volvían a estar en su masa apretada. Hasta los once días, tenían los ojos cerrados y las orejas plegadas. Eran ciegos y sordos y eso les impedía deambular.

Y entonces, en la decimocuarta noche, llegó la tragedia. El más grande y audaz, un gatito Tom, salió a vagar, se perdió y cayó al suelo a través del heno. Lord Gort había salido a cazar y Skinny, que había quedado al cargo, dormía tras un día agotador en el que los intentos de los gatitos por alimentarse y el afilado de sus garras habían sido especialmente duros. El gatito chilló angustiado, pero Skinny había oído tantos chillidos que no se despertó.

El gatito, presa de la curiosidad, empezó a andar y a arrastrarse hacia la puerta, siguiendo el último rastro de su madre. Pasó junto a los grandes cascots de Trojan, que afortunadamente también dormía tranquilo.

Y entonces llegó la rata. Su primer ataque cogió al gatito por sorpresa; el gatito no conocía el olor a rata. La tomó por uno de sus propios hermanos, y empujó y mordió en represalia como pudo. Entonces los dientes de la rata mordieron con

más fuerza. La rata empezó a arrastrar al gatito hacia la puerta del establo, aún forcejeando. Los chillidos del gatito aumentaron. Fue una lucha dura y amarga; era un gatito grande. En otra semana, la rata no se habría atrevido.

Demasiado tarde, Lord Gort llegó saltando a casa; demasiado tarde, Skinny se despertó y saltó hacia abajo. Entre los dos, la rata no duró ni dos segundos.

Pero era demasiado tarde para el gatito...

Lord Gort lo olfateó una vez y se volvió hacia los vivos. Skinny olfateó una vez y se le unió. Es imposible saber si se afligieron. Pronto, el pesebre de arriba volvió a ser una masa ronroneante de gatos y gatitos alimentándose.

Sólo Ollie y Stevo se afligieron. Era la primera muerte.

El jueves siguiente, se preparaban para un baile en el granero. Se habían servido un par de tragos de la botella de brandy que Ollie guardaba para emergencias, para ponerse de humor para la fiesta. Esta noche, el granero estaría más lleno, las chicas más guapas y la banda tocaría mejor que nunca las viejas melodías.

— Stevo canturreaba monótonamente—Si tú fueras la única chica del mundo y yo el único chico...

— Que Dios nos ayude, si fueras el único chico, — dijo Ollie. —Viejo cabrón borracho. — Pero no había rencor en él. Las viejas melodías le trajeron recuerdos. Aquel picnic de la escuela dominical en el verano de 1901, cuando todos habían cabalgado en las carretas adornadas de flores hacia Coleshill y él había golpeado por primera vez a la señora... Había sido diferente cuando la señora estaba viva. Ella le hacía vestirse para ir a la iglesia los domingos por la mañana... ir de compras en el autobús a Birmingham... Vacaciones de verano en Southport. El mundo, ella lo había hecho un lugar más amplio. Ahora sólo quedaban los caballos y el trabajo y ganar dinero para Dios sabía qué, y el pub todas las noches. No se había quitado la ropa de trabajo desde que empezó la guerra.

Fue en ese momento cuando Lord Gort empezó a meterse bajo sus pies. Corriendo hacia delante y hacia atrás, huroneando en los lugares más profundos y oscuros: debajo del pequeño escenario para la banda; detrás del pesado armario donde almacenaban la limonada y el helado de soda; gorjeando para sí mismo con urgencia.

—¿Qué demonios le pasa? — preguntó Stevo.

—Quizá le apetezca una rata rápida...

Entonces Lord Gort desapareció, y reapareció de nuevo con un gatito que sostenía torpemente caído en la boca.

Desapareció con él bajo el escenario; luego emergió solo y echó a correr a propósito.

—Haciendo un nuevo nido, — dijo Ollie. — Suelen mudar a los gatitos después de unas semanas. Cuando empiezan a enseñarles a cazar.

— No encontrará muchas ratas ahí abajo esta noche. Más bien botellas vacías. . . La banda la volverá loca. Y los gatitos se meterán bajo los pies de la gente...

Se detuvieron, repentinamente preocupados, cuando el desconcertado gatito salió tambaleándose de debajo del escenario y se acercó a ellos, maullando lastimeramente.

Lord Gort regresó, llevando otro gatito, que dejó caer a sus pies, para perseguir de nuevo al primero. Chirrió de dolor al morderlo en su apresuramiento. Lo devolvió bajo el escenario y salió corriendo a por otro.

—Se ha vuelto loca, — dijo Stevo. —¿Qué demonios vamos a hacer con ella?

Se miraron con inquietud, como si la gata hubiera dejado entrar de repente la locura en su acogedor mundo. Siempre había sido una gata tan *sabia*...

Volvió con un tercer gatito, justo cuando el primero volvía a salir de debajo del escenario. Ahora corría desenfrenadamente de uno a otro, mientras ellos se tambaleaban en distintas direcciones, arañándolos, casi como si estuviera luchando contra ellos. Tenía las orejas hacia atrás, corría pegada al suelo y cambiaba de opinión una y otra vez.

—Está aterrorizada, — dijo Steve. —¿De qué tiene miedo?

— La encerraremos, — dijo Ollie. —Tal vez se calme. No podemos permitir esto, con el baile. Trae a los gatitos.

La levantó. Se quedó rígida un segundo, como un gato hecho de varillas de metal, y luego empezó a luchar como una demente. Sus garras rasgaron la mejilla de Ollie, que, furioso, la maldijo y la golpeó, algo que nunca había hecho a un gato en su vida. La tensión, la locura se le estaba contagiando. Ella se quedó flácida, y él pensó por un momento que la había matado. Entonces ella empezó a luchar de nuevo. Cuando cerró la puerta del establo sobre ella y los gatitos, sangraba por media docena de sitios.

—Maldita sea. Esta camisa estaba limpia, para el baile. ¿Qué crees que es. . . ?

— Escucha, —dijo Steve. —Son los perros...

Se quedaron escuchando. La noche era oscura y muy silenciosa. Pero por todas las torcidas callejuelas empedradas de Coventry, en los desordenados patios detrás de las casas de madera, los perros ladraban.

Uno de ellos, muy cerca de allí, empezó a aullar. Stevo se estremeció y se frotó los brazos desnudos. — Nunca había oído eso antes... pero eso es lo que la perturba.

— ¿Por qué los perros...?

Y entonces sonaron las sirenas. Stevo sacó su viejo reloj y lo miró entrecerrando los ojos. — Las siete y diez. Jerry llega temprano esta noche. Eso ha fastidiado el baile.

—Puede que no sea mucho. — Todo lo que Ollie sintió fue indignación porque el baile pudiera estropearse.

Pero Stevo dijo—No me gusta cómo suena. Las sirenas suenan... diferentes.

— ¡Tonterías! Los alemanes volverán a Birmingham.

Y entonces oyeron el tamborileo de los aviones.

— Jesús, — dijo Stevo. —Cientos, el viejo Hitler realmente habla en serio esta noche.

Y entonces el cielo se iluminó. Mucho más brillante que la luz de la luna. Ollie se sintió, bajo esa terrible luz, como una mosca en una mesa de operaciones. Esperando ser aplastada. Quería huir, pero no tenía adónde ir. Toda la pequeña ciudad de madera torcida yacía en la misma mesa de operaciones, bajo la misma luz horrible que convertía los tejados, las chimeneas y las agujas de las iglesias en una brillante fotografía en blanco y negro.

— Bengalas, — dijo Stevo. —Están cayendo candelabros.

Ollie miró hacia arriba. Nuevas constelaciones colgaban sobre él, cegando las estrellas. Algunas estaban cerca, otras lejos.

Se balanceaban en grupos y se cruzaban silenciosamente, atrapados por el viento. Se encendieron algunos reflectores, pero parecían débiles y apagados, enclenques e indefensos, como los brazos de un hombre que se ahoga. Los cuatro cañones detrás de la fábrica Hawker-Siddeley se abrieron, pero ¿de qué podían servir cuatro?

Ollie sintió que era un tonto por haberse sentido feliz alguna vez, por haber esperado con ilusión el baile. Por favor, Dios, pensó salvajemente, por favor apaga esta terrible luz. Por favor, devuélvenos la noche.

Los proyectiles de Ack-ack estallaban en lo alto, estrellas cegadoras que dejaban después un agujero negro estrellado en el ojo. Pero no pudieron apagar la luz ni detener el loco tamborileo de los aviones.

Entonces llegó un fino suspiro en el cielo, un aleteo en el oído. Empujó a Stevo hacia la puerta del establo. Metralla. Stevo, con su seguro alojamiento en Boulogne en 1918, nunca habría oído el sonido de la metralla al caer.

Pero no era metralla. Oyeron el traqueteo de un montón de latas. A lo lejos y cerca, cargas de latas de conserva siendo arrojadas sobre los enmarañados edificios de Coventry. Una carga aterrizó en el tejado de su establo. Dos objetos cayeron en el patio, a sus pies, y estallaron en fuentes de chispas azules, despidiendo humo blanco, como bengalas en la noche de las hogueras.

—Maldita termita, — dijo Ollie. — Malditas bombas incendiarias. — Pensó vagamente en lo bonitas que parecían. Entonces pequeñas llamas amarillas empezaron a subir por la rueda de un carro aparcado cerca.

— Trae la manguera. — Gracias a Dios, la manguera para lavar el patio todavía estaba conectada.

La manguera fue un error. Al impactar, la bomba rodó, despidió nubes de humo blanco y se rompió en una docena de pedazos ardientes que saltaron y cayeron por todas partes. Pero al final el peso del agua fue demasiado para ella. No estaban muy preocupados por la otra; se estaba consumiendo inofensivamente, enterrándose en un montón de estiércol muy húmedo, despidiendo sólo una nube totalmente maligna de humo asfixiante.

Stevo levantó la cabeza. —Dios, están por todos los tejados.

—Coge la escalera. Voy a subir. — Ollie se quitó las pantuflas y cogió una horca de heno. Los peldaños redondos de la escalera le mordieron los pies descalzos, pero apenas se dio cuenta.—Yo los quito y tú los rocías. Pero cuidado con el agua. — Gritó. Se alegró de tener los pies descalzos; se agarraban a las ásperas pizarras, haciéndole sentir seguro de su equilibrio.

La mayoría de las bombas centelleantes estaban alojadas en los canalones. Fue lanzándolas limpiamente al patio con el tenedor, gritando advertencias mientras lo hacía. Una vez en los adoquines, no podían hacer mucho daño. Sólo... había

una que se había abierto paso a través de una pizarra y se había encajado en la parte inferior de la chimenea... salió de repente, mientras él daba un frenético empujón hacia arriba con la horquilla. Cayó de espaldas y rodó por el tejado, y sólo un agarre de última hora en la parte superior de la tubería del lavabo le salvó de una fea caída al patio. El tenedor, liberado de repente, cayó como una lanza y no alcanzó a Stevo por centímetros.

Pero ésa fue la última de las bombas. Se quedó mirando cómo Stevo se ocupaba de ellas, clavándolas desdeñosamente en medio del patio con un palo, haciendo una inofensiva hoguera con ellas.

— Si eso es lo mejor que puede hacer Hitler, — gritó Stevo, — más le valdría haberse quedado en casa.

Entonces los cañones volvieron a abrirse, cuando llegaron más bombarderos. Ollie bajó rápido del tejado; sabía lo que podía hacer la metralla. Fue a buscar su viejo sombrero de hojalata, de los tiempos de Caporetto. La correa de la barbilla era tan dura y afilada como un trozo de hojalata doblada, pero era mejor que nada. Stevo sacó de algún sitio un viejo bombín y lo rellenó con papel de periódico.

Volvió a oírse el mismo crujido en el aire, el mismo ruido de latas en el techo...

Pero la segunda vez fue más fácil. Ahora sabía moverse por el tejado; sus movimientos con el tenedor eran más expertos. Después, pasaron un rato calmando a los caballos, que estaban cada vez más inquietos. En el establo de Trojan, se dieron cuenta de que los dos gatos estaban enroscados en su anillo defensivo alrededor de los gatitos.

Entonces cayó el tercer lote. Uno atravesó el tejado y cayó en un pajar, pero Stevo le puso la manguera enseguida. —No le pasó nada, — dijo despreocupadamente.

Pero arriba, en el tejado, Ollie había visto que se avecinaba un cambio. Ahora había grandes hogueras, en tres de sus lados. Y sus pies descalzos ya no estaban fríos; corría una brisa cálida, como una noche de primavera. No todos habían tenido tanta suerte con las bombas como ellos. La noche estaba llena de las campanas de los camiones de bomberos. Pero los camiones de bomberos no parecían dar abasto. Los fuegos lejanos crecían, el aire se calentaba. Calor de verano. Y los fuegos del norte y del este parecían unirse...

Stevo gritó—¡Se ha ido la presión de la manguera!.

Algo viejo y sabio se movió en la mente de Ollie; algo también muy triste. Dijo en voz baja—Será mejor que subamos los caballos a los carros. Creo que tendremos que retirarnos.

— Podemos arreglárnoslas, — gritó Stevo, desafiante. —No necesitamos el agua. Podemos sacarlos con mierda de caballo mojado.

— Sí, — dijo Ollie. — Quizá nosotros podamos, pero hay otros que no. — Llegó una abrasadora ráfaga de aire sahariano que lo asustó; bajó del tejado, lejos del calor y la luz. Todavía estaba fresco y oscuro en la sombra interior del patio.

Tenían que trabajar en la oscuridad; las chimeneas de la casa, que ahora brillaban de color naranja, sólo les daban un poco de luz. Pero eran jinetes con cincuenta años de experiencia. El cuero liso y gastado, las finas hebillas de latón se movían dulcemente bajo sus manos. Pronto tuvieron a los caballos entre los ejes de los siete carros. Por suerte, uno de los carros aún estaba lleno de sacos de maíz; los caballos no pasarían hambre por mucho tiempo que estuvieran fuera. Los arreos de repuesto fueron a parar a otro carro.

Stevo subió y preparó como pudo dos maletas con ropa. Quitaron las mantas de las camas, subieron a bordo la radio de pilas y las dos viejas mecedoras. Afuera se oía el ruido de muchos pies que corrían sobre los adoquines; la gente se gritaba, sonaba frenética. También había guardias antiaéreos entre ellos, haciendo sonar silbatos.

—Hora de irse, — gritó Ollie. Miró hacia abajo. Lord Gort estaba allí de pie, con un gatito colgando de su boca. —Maldita sea, casi nos olvidamos de los gatitos.

Stevo corrió a buscarlos y los guardó entre las mantas del último carro. La vieja Flaca yacía sobre ellos, jadeando de calor o de terror, con los ojos como rendijas contra el terrible resplandor del cielo. Pero lord Gort seguía corriendo de un lado a otro, por los adoquines, tan frenético como si un gatito siguiera perdido; aunque Stevo había contado cuidadosamente cinco.

Ollie abrió de golpe las grandes puertas. La ráfaga de calor y luz que entró le aterrorizó. El aire parecía absorber la humedad de sus viejos pulmones. Vio que la tienda de ultramarinos de enfrente, la de la esquina, estaba ardiendo, sin cristales y con franjas de llamas lamiendo el marco de madera de la puerta. Tendrían que pasar por esa esquina.

Cogió la brida de Sampson. Y Sampson, el orgullo de su corazón, Sampson el líder, Sampson que no temía a ningún camión, se negó a moverse. Se echó atrás y empezó a retroceder, haciendo que su carro se retorciera y chocara con el

siguiente. Ollie pensó que todo había terminado; no había tiempo para vendar los ojos de todos los caballos, que era la única manera, y eso podría no funcionar.

Entonces Lord Gort se adelantó tentativamente. Y entonces, muy desgraciadamente, atravesó la puerta. Y por la calle. Y, maravillosamente, Trojan la siguió. Ollie soltó la brida de Sampson, y agarró la de Trojan en su lugar. Mirando hacia atrás, vio caballo tras caballo siguiendo a Trojan, los carros retumbando a la vida. Estaban en camino.

Capítulo XI

Todos llegaron sanos y salvos a la primera esquina, aunque las llamas se extendían por el escaparate como gigantescas manos abrasadoras. Más allá, se sumergieron en un cañón de oscuridad sombría. La temperatura descendió tan repentinamente que Ollie se estremeció. Pero al fondo del callejón, una luz roja brillaba como el sol. Y desde el corazón de ese sol, gritos. Empezaron a pisar gordos rollos de manguera blanca que orinaban hacia arriba en débiles fuentecillas, empapando las piernas de Ollie. Fue el enfriamiento más hermoso que jamás había sentido. Pero el efecto fue sólo momentáneo. El aire se calentó de nuevo, a medida que avanzaban hacia la luz roja. Entre chorro y chorro, sus pantalones se vaporizaron y se secaron.

Respiró hondo y condujo a Trojan hacia la luz.

Había un acantilado de llamas, de cuatro pisos de altura. Ni siquiera podía reconocer qué edificio había sido. Pero más allá había algo que podía reconocer muy bien. La catedral era una jaula negra de llamas. El fuego rabiaba por salir como un tigre enjaulado, lanzando grandes zarpazos de chispas a través de sus barrotes, alcanzando cualquier cosa que pudiera estar a su alcance. Y, sin embargo, extrañamente, mientras se abrían paso a hombros, con las cabezas gachas, parecía oírse el sonido del goteo del agua en el interior. Parecía haber pequeños riachuelos plateados que corrían entre las viejas lápidas hasta sus pies. Corrientes que se detenían por un momento, se volvían opacas y grises. Luego se abrieron para liberar más arroyos plateados y brillantes. Trojan se estremeció al intentar pasar por encima del primero; una oleada de calor subió. Ollie vio.

No eran chorros de agua; eran chorros de plomo fundido. Del techo. Después aprendieron a pisar alto.

Frente a la comisaría de St Mary, los bomberos estaban reunidos con mangueras. El agua seguía saliendo de las mangueras, pero sin fuerza. Los chorros blancos ni siquiera llegaban a la catedral; se derramaban débilmente sobre las aceras humeantes. —No hay presión, — gritó el primer bombero al que llegó. — No podemos conseguir presión. Las vigas del tejado están al rojo vivo. Están arrancando los pilares como Sampson...

Mientras Ollie miraba, el tejado del presbiterio se derrumbó. El tigre se alzó hacia el cielo, intentando arañar la aguja, que aún se mantenía en pie; saltó también hacia Ollie, en una lluvia de chispas, brasas de madera ardiente; una ventisca ardiente que picaba como garras. Trojan empezó a retorcerse y a sacudirse, mientras las brasas calientes le mordían la espalda lisa con un hedor espantoso.

—Haznos un favor, amigo. Dowse los caballos hacia abajo, antes de que las chispas se vuelven locos. Dowse los carros, dowse me.

Obedientemente, el bombero hizo girar su manguera, que hizo el trabajo a conciencia; era como bañarse en un arroyo de montaña, lleno de fuerza y vida. De la manguera también parecía salir una corriente de aire frío, dulce como el champán. De repente y delirantemente tembloroso, Ollie siguió adelante.

—Sigue en esa dirección, amigo, — gritaron los bomberos. —Es el único camino que queda abierto.

Era un laberinto sin sentido de fuego y oscuridad. Pero el gato seguía adelante. Olores extraños, como a Navidad. Carne asada, del almacén frigorífico; puros humeantes de los estancos en llamas. Un cuerpo yacía en su camino, un gigante, gris opaco y vilmente retorcido. Pero Trojan no se amilanó; pasó de largo. Sólo entonces se dio cuenta Ollie de que era la estatua de Peeping Tom, derribada de su pedestal. Más allá, tuvieron que vadear un cálido arroyo de mantequilla derretida de rico olor.

Jerry estaba lanzando alto explosivo ahora. No se oían las explosiones por encima del constante estruendo de las llamas, pero se notaba cómo se sacudían los adoquines bajo los pies, y entonces una ventisca de chispas bajaba rugiendo por el estrecho embudo de la calle, y uno tenía que cerrar la boca y dejar de respirar.

Siguieron adelante, pasando junto a un gran coche de bomberos, atrapado por las paredes que se caían y en llamas; junto a un bombero que era conducido entre

otros dos, con la cara como un filete cocido y los ojos pálidos sin ver, rodando salvajemente en todas direcciones.

Por fin les llegó una brisa fresca; una brisa que a Ollie le pareció que prometía campos abiertos y bosques y lugares musgosos. Salieron del estrecho mundo de la madera quemada y entraron en el mundo moderno de las fábricas de hormigón y los espacios abiertos...

Y el ataque aéreo continuaba. Los reflectores seguían intentando atravesar las nubes de humo rojas y ondulantes. Algunos cañones seguían sonando.

Mientras observaba, perplejo, una bomba impactó en un edificio de oficinas situado en la puerta de una fábrica lejana. El edificio pareció expandirse como un globo hinchado en una fiesta, como una casa en una película de dibujos animados. Luego volaron todas las ventanas de cristal y el edificio se replegó sobre sí mismo con un estruendo de ladrillos y pizarras cayendo, y se convirtió en un agujero en el suelo.

Un alcaide frenético corrió hacia él. — ¡Cúbrete!, ¡cúbrete!.

— ¿Dónde están los malditos refugios para caballos?, — gritó Ollie, de repente tan enfadado que podría haberle pegado. Pero el hombre no escuchaba. No era más que otra marioneta descerebrada que corría por la hilera de caballos gritándoles — ¡Cúbranse, cúbranse! — y dejando tras de sí un tufo feroz a sudor y orina.

A ciegas, Ollie siguió caminando detrás del gato, con los hombros encorvados como si caminara bajo una lluvia torrencial. Le dolía el cuello por el peso del sombrero de hojalata y por el impulso de meter la cabeza dentro del cuerpo, como si fuera una tortuga. Lo único que podía hacer era salir de la ciudad, hacia donde no hubiera armas ni bombas ni fuego, sino sólo árboles invernales desnudos y hierba invernal blanqueada y paz. Ya no miraba hacia atrás para ver si les seguían; el ruido de las ruedas de hierro y el repiqueteo de los cascos eran suficientes; podía oír, muy por detrás, a Stevo gruñendo tranquilizadamente a los caballos.

Sólo levantó la vista una vez, cuando pasaban por delante de la fábrica de motores Morris. Los largos cobertizos estaban ahora sin tejado y sin ventanas; los andrajosos ladrillos se burlaban de él, Jerry lo había hecho tanto para la nueva Coventry como para la vieja. Los guardas y los hombres de rescate se apresuraban a entrar, con el deambular descerebrado de las hormigas cuyo nido ha sido destruido.

Stevo miró su reloj. — Las seis y veinte. — La noche más larga que he conocido. No quería volver a ver el sol...

— Todavía no ha salido el maldito sol, — dijo Ollie. — No cuentes tus gallinas, viejo borracho.

— No, lo hemos conseguido, — sonrió Stevo, con una cara tan negra como la de cualquier bombero. — Bailaremos sobre la tumba de Hitler.

— ¿Dónde está tu dentadura postiza?

— En casa. Me los saqué por comodidad...

— Yo no recomendaría volver por ellos...

Juntos miraron hacia atrás. Más allá de las fábricas rotas y con las ventanas vacías, no había más que fuego. Sólo las tres agujas de las iglesias se alzaban sobre las llamas, como cucharas puestas en una sopa de fuego que era un ser vivo, una bestia roja que crecía y menguaba, que parecía respirar, atrayendo el aire fresco del campo más allá de sus rostros escocidos y sus ojos ardientes. A Ollie le lloraban tanto los ojos que no sabía si se estaba quedando ciego o sólo lloraba.

— Coventry está acabado, — dijo Stevo.

— Sí, — dijo Ollie, — pero nosotros no.

Miró a su alrededor para orientarse. Había una señal, pero no tenía dedos que apuntaran. La Guardia Nacional los había quitado para confundir a los paracaidistas alemanes. Pero reconoció un grupo de casas de campo. De repente dejó de ser una aterrorizada tortuga que se arrastraba y volvió a ser un transportista. Tenía que cuidar de unos caballos muy conmocionados y cansados.

Empezaron a adelantar a la gente. Madres arrastrando niños llorando. Hombres con fardos de ropa de cama al hombro o en cochecitos. Al principio, los grupos se separaban al oír el estruendo de los carros y los gritos de advertencia de Ollie; se separaban sin mirar atrás, sin levantar la vista. Le resultaban extrañamente familiares; Ollie creía haberlos visto antes en alguna parte. ¿Pero dónde? ¿En un sueño? Entonces lo recordó. En los noticiarios del cine. En Holanda, Francia y Bélgica. Refugiados, huyendo.

Dios mío, pensó. Está sucediendo aquí, en Inglaterra. Hitler lo está haciendo en Inglaterra ahora. Y su corazón de repente se congeló de miedo.—

Entonces un hombre salió a la carretera. —¿Nos llevas, amigo? No podemos llevar a los niños más lejos... — Era un hombre bien vestido, bien hablado, con cuello y corbata, sombrero de ala ancha y gabardina. Un hombre acostumbrado a dar órdenes, pero que ahora suplicaba, humilde como un mendigo.

Ollie miró a su alrededor; una multitud de figuras similares se había reunido de la nada.

Dijo —Los niños pueden dar un paseo. El resto tendréis que seguir andando.

El hombre pareció cambiar en un instante. Bajó por la fila de caballos y gritó — Los niños pueden montar. El resto tendréis que ir andando, — con verdadera autoridad en su voz. La gente le obedeció. Levantó a los niños. Pequeñas hileras de caras sucias miraban desde los carros, con los pulgares en la boca, en silencio.

Entonces el hombre volvió, obediente como un soldado, e informó —Todos los niños están a bordo. ¿Adónde se dirigen?

De repente, Ollie dijo —Iremos a Coleshill. — No sabía por qué lo había dicho, salvo que los niños amontonados en los carros le hicieron pensar en la excursión de la escuela dominical, hacía tantos años, la primera vez que le dio una bofetada a su mujer. Coleshill sería un lugar incómodo para llegar, desde aquí. Pero a lo largo de toda la fila de vagones, oyó voces que gritaban alegremente —Vamos a Coleshill; nos dirigimos a Coleshill; estaremos bien en Coleshill, Coleshill, Coleshill, Coleshill, — Como si hubiera algo mágico en el nombre; como si Coleshill fuera la Tierra Prometida, y él fuera Moisés, guiando a los Hijos de Israel. O, pensó, mirando hacia atrás a Coventry, como si yo fuera Lot, dejando Sodoma y Gomorra, las Ciudades de la Llanura.

Bueno, pensó, he dicho Coleshill, así que Coleshill será. Cogió el collar del viejo Trojan y giró el carro a la izquierda en el siguiente cruce. Se sentía mejor yendo a un lugar concreto.

En aquel extraño y sombrío amanecer de invierno, vio dos cosas que nunca pensó ver. Aunque estaba borracho de extrañeza, drogado con ella, le parecieron cosas que ocurrían en un sueño de sonámbulo.

Primero, un cazador, vestido de rosa, sentado en medio del camino a horcajadas sobre un gran caballo gris moteado. El hombre tenía la cara limpia y rosada por el afeitado. Sus botas de caza brillaban como diamantes negros. Sin decir palabra, levantó el látigo para indicarles que se detuvieran. A Ollie le pareció un hombre de autoridad infinita...

Y cuando todos se detuvieron, la cacería cruzó la carretera. Los perros bien peinados y ansiosos, corriendo con el hocico pegado al suelo. Los caballeros y las damas se llamaban y reían en voz baja vestidos de rojo y negro inmaculados y las damas con cepos blancos en la garganta. Ninguno de ellos miró a los carros ni a sus ocupantes.

Cruzaron y desaparecieron como en un sueño; el cazador hizo girar su caballo y galopó tras ellos.

¿No lo *saben*? pensó Ollie. ¿No les *importa*? ¿Qué se creen que somos?
¿Gitanos?

La otra cosa que se encontró fue a una mujer que llevaba una tarta, caminando hacia Coventry. Una tarta casera, fina y jugosa, que había derramado salsa por su abrigo. Sólo llevaba zapatillas de alfombra, pero parecía cansada, como si hubiera caminado mucho.

—¿Vienes de Coventry?, — dijo. —¿Has visto a mi marido? Es bombero en la AFS. Se llama Pykett. Fue a Coventry. Aún no ha tomado el té. — Miró la tarta.

Al ver la tarta, el estómago de Ollie dio un gran chorro de jugos. Pero lo único que dijo fue—Cuánto ha caminado, señora?.

—Desde Hinckley... diez millas.

— Disfrutará de ese pastel, señora, — dijo Ollie suavemente, —cuando lo encuentre.

Siguió cojeando, con la salsa aún goteando sobre su abrigo.

En la sombría mañana de noviembre empezó a lloviznar. Se levantó un viento frío. Estaba preocupado por los caballos; no eran caballos de campo, acostumbrados a pasar la noche en el campo. Estaban acostumbrados a un establo cálido, a dos comidas al día y a abundante agua fresca. Miró a Trojan; el viejo caballo parecía a punto de caerse, con espuma nueva alrededor de la boca. Si no los pongo pronto a cubierto, los perderé, pensó. Y no los había sacado del horno ardiente para perderlos ahora. . .

Y entonces miró a la gente que le seguía y se avergonzó de preocuparse por los caballos. Los niños yacían amontonados en los carros; dormidos, parecían horriblemente pequeños cadáveres. Se vio obligado a mirar de cerca para asegurarse de que aún respiraban. Los adultos, cabizbajos, se limitaban a poner un pie delante del otro. Pensó, presa del pánico, que debía de haber cientos de

ellos. ¿Qué iba a hacer con toda esa gente? Lo único que podía hacer era seguir caminando hacia Coleshill y mantener los ojos abiertos.

La primera cosa interesante que vio fue un campo a medio arar; un campo que se estaba arando para el trigo de invierno. Pero un tractor estaba atascado en medio; algo debía de haberle pasado a su eje trasero, las ruedas estaban en ángulos ridículos entre sí. Tomó nota y siguió adelante. Bajó a un pequeño valle, con un puente de piedra sobre un querido arroyuelo. Luego una corta pero empinada colina, por la que el pobre viejo Trojan resbalaba y trabajaba. Los caballos debían estar casi acabados...

Y entonces vio la granja: una granja grande y vieja, con muchos establos y un gran granero. ¿Se atrevió a preguntar? No salía humo de las chimeneas. El granjero ya debería estar levantado; la mujer del granjero debería tener el fuego encendido para su desayuno. Rondó...

Lord Gort bajó de un salto del primer carro y se dirigió al trote hacia la granja. Dios sabía lo que tenía en la cabeza. Probablemente sólo tenía hambre y quería una rata . . .

Pero lo atrajo tras ella...

El camino de la granja estaba lleno de maleza. El jardín de la granja era un desierto. Había largas hebras de hierba muerta que crecían entre los adoquines del corral, como pálidos fantasmas. Dos de las ventanas de la granja estaban rotas, con trapos sucios de cortinas volando a través de ellas. Ollie llamó a la puerta trasera, con la esperanza floreciendo de repente en su corazón. . .

No hubo respuesta. Miró por una ventana a la cocina. No había muebles, salvo una mesa grande y dos sillas tumbadas sobre sus respaldos. Abandonadas.

Recorrió el silencioso y húmedo corral. Estabulación para veinte caballos; aquí debieron de criar caballos una vez... Por los agujeros redondos de los palomares aún se veía mucho heno.

Un repentino ruido detrás de él le hizo girarse. Trojan, olfateando el olor del establo, olfateando la promesa del heno, había seguido su olfato y había girado hacia el camino de la granja. Y detrás venían los otros caballos, los carros, los niños, la gente.

Las cosas iban demasiado deprisa para la pobre mente cansada de Ollie. De repente, el corral estaba lleno de gente que lo miraba, con la esperanza asomando

en sus rostros desesperanzados. La lluvia empezó a caer con más fuerza. Los niños, despertados por ella, empezaron a llorar.

Ollie decidió cometer la primera ilegalidad de su intachable vida, aparte de defraudar el impuesto sobre la renta.

— Bien, — gritó, — ponte a cubierto. Podéis dormir en los pajares.

Bajaban a los niños con dificultad. El hombre del impermeable se acercó con tres o cuatro hombres detrás. — ¿Qué quiere que hagamos?

— ¿Pueden entrar en la granja? Encended un fuego. Traed agua. Intentaremos preparar té...

Una nueva voz cortó el aire. — ¿Qué demonios estáis haciendo en mi granja?

Era un cliente muy feo, con barba de tres días en la cara y una escopeta cargada en las manos; unas manos que temblaban de rabia y apuntaban directamente al vientre de Ollie.

Capítulo XII

Ollie se dijo a sí mismo que debía mantener la calma. No era muy difícil, estaba demasiado cansado para estar tranquilo. No creía que nada de aquello estuviera ocurriendo de verdad; *excepto* que sentía un cosquilleo en el vientre, donde le alcanzaría la bala de plomo si el granjero apretaba el gatillo.

— Venimos de Coventry, — dijo, mirando por encima del hombro hacia donde el inmenso humo de la ciudad en llamas ascendía hasta las nubes grises y se desvanecía en ellas. — Coventry está acabada. Se ha ido.

— No podría importarme menos, — dijo el granjero. — ¡Fuera de mi maldita granja!

— No la estás usando, — dijo Ollie. — Esta granja no se usa desde hace meses.

— Es mía. No quiero a esta maldita gentuza arrastrándose por ella.

— No tienen adónde ir. Hay niños. Están empapados.

— Deja que el maldito gobierno se ocupe de ellos. Ellos empezaron la guerra...

— Pero...

—¡Fuera de mi granja!

La gente miraba, con caras blancas y desesperanzadas. Los niños empezaron a llorar más fuerte. Las mujeres también empezaron a llorar, impotentes, terriblemente. Peor aún, Ollie podía oír a los hombres murmurar.

—¡Está tratando de despistarnos!

—¡Golpea al bastardo en la cabeza!

Varios hombres empezaron a acercarse. Iban vestidos como trabajadores normales. Pero sus caras estaban tensas y desesperadas. Ollie tenía la creciente sensación de que alguien iba a morir.

— Te pagaré el alquiler, — gritó. —Cuatro libras a la semana...

Mientras lo decía, recordó que todo su dinero estaba metido en el colchón de su cama, allá en la ardiente Coventry. Nunca había confiado en los bancos. Había evitado pagar el impuesto sobre la renta. Ahora todo había desaparecido. Lo único que tenía eran las veinte libras de dinero para trapicheos que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. De repente sintió ganas de llorar.

—Veinte libras, — gritó el granjero, con una mirada astuta recorriendo su rostro.
— Veinte libras a la semana y un mes por adelantado. O lárgate de mis tierras...

Ollie levantó las manos en un gesto de impotencia. Los hombres de rostro blanco de Coventry se acercaron un poco más. Uno dijo—Veinte libras a la semana? Eso es el sueldo de cuatro hombres...

— Es un chantajista. ¡Pónganlo al corriente!

Los lamentos de las mujeres y los niños les impulsaron a seguir adelante. Ollie nunca había oído un sonido tan espantoso, excepto el ruido que habían hecho las mujeres italianas en 1918, cuando mataron a uno de sus hombres. Son británicas, pensó, desesperado...

Se oyó el fuerte bocinazo de una bocina de motor, una y otra vez. El círculo de gente se separó, despacio, aturdido, y un camión del ejército se abrió paso. Lo conducía un oficial, con un policía sentado a su lado. Cuatro soldados con cascos de hojalata y fusiles saltaron de la parte trasera. Ollie se preguntó, en sueños, por qué llevaban las bayonetas caladas. *¿Esperaban* problemas? Los acompañaba un hombre delgado y oficinista, calvo, con gafas, un pequeño bigote y un abrigo muy caro que, por alguna razón, tenía barro por todo un lado.

—¿Quién manda aquí?, — gritó el agente. Estaba demasiado excitado; tenía sudor en el labio superior. Llevaba un revólver en la cadera y la solapa de la funda estaba abierta.

Ollie dijo rápidamente —Soy yo. — Estaba asombrado de sí mismo. En toda su vida sólo había estado al mando de caballos. Sólo había sido soldado raso en Caporetto... .

— Bien —dijo el oficial. — ¿Cómo se llama? Luego se volvió hacia el hombre delgado del bigote. —¡ Anota su nombre!. Se volvió hacia Ollie. — ¿Cómo se llama este sitio?

—Granja Tall Trees, Coleshill, — dijo el granjero, intentando volver a la acción. Fue un error. El agente y, aún más, el policía miró la escopeta puntiaguda que temblaba en sus manos. El granjero, dándose cuenta de que las cosas se volvían en su contra, bajó el arma rápidamente. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Quién es este tonto?, — preguntó el oficial.

— Está intentando echarnos, —dijo Ollie. — La granja ha estado vacía durante años, pero él está tratando de echarnos. Estos niños morirán de frío.

— Es mi granja, — dijo el granjero obstinadamente.

— Era su granja, — dijo el oficial con desagrado en su voz. — Ahora ha sido requisada por el gobierno como centro de descanso oficial, — se volvió hacia el oficinista.

— ¿Y mi alquiler?

El agente le hizo un gesto con la mano en la cara. —Habla con el ayuntamiento. Cuando vuelva a haber ayuntamiento. Si es que vuelve a haber. — Se volvió hacia Ollie. —Te ayudaremos en lo que podamos. Trata de hacer una lista de todos los que tienes aquí, ¿quieres? ¿De acuerdo?

Todos volvieron al camión y se marcharon.

Ollie se volvió hacia el granjero, rencoroso—Te daré dos libras a la semana de alquiler...

—¡Antes dijiste cuatro!

— Eso fue antes, — dijo Ollie. Sacó ocho libras de su cartera. — Eso es por un mes. Es más de lo que conseguirás de cualquier otro. Y firmarás este recibo...

Sacó del bolsillo su viejo talonario de recibos y su viejo lápiz indeleble e hizo firmar al granjero.

Ollie entró en la cocina de la granja, levantó una de las sillas volcadas y se sentó a la mesa. Permaneció allí durante las seis horas siguientes, aferrado a la mesa en el mar de caos que siguió, como un náufrago a una balsa.

Stevo y el hombre de la gabardina vinieron a verle; estaban con la cara blanca, discutiendo.

—Toda la gente está en los establos, — dijo Stevo. — No puedo meter los caballos.

— La gente es más importante que los caballos, — dijo el hombre de la gabardina.

—Mira, — dijo Ollie pacientemente. — Fueron los caballos los que te trajeron aquí. Serán esos mismos caballos los que te traigan la comida. Si están enfermos por haberse mojado, no pueden trabajar.

El hombre del impermeable asintió. Era sensato. —Hablaré con ellos, — dijo, y se marchó. Media hora más tarde, los caballos estaban comiendo heno en los establos.

Los dos volvieron,

Stevo dijo—La gente está meando y cagando por todas partes. Pronto no habrá donde caminar y dormir.

— Busca unas palas, — dijo Ollie, cansado. — Cavad zanjas en el jardín de la granja. Hay un montón de periódicos viejos en ese armario. Uno para cada familia... Diles que sean astutos. No hay un suministro interminable...

El hombre del impermeable se fue. Ollie le tenía un gran respeto; los otros hombres le escuchaban. Debía de ser el capataz de una de las fábricas.

Ollie se volvió hacia Stevo. — Ojalá tuviera dinero. Los niños se morirán de hambre...

Stevo se volvió hacia una vieja maleta que había en un rincón. Ollie pensó que era una de las que habían empaquetado con su ropa. Tenía un aspecto familiar... Stevo la dejó sobre la mesa y la abrió con un chasquido.

Estaba lleno de billetes.

— ¿Dónde diablos...?

— ¿No sabías que yo conocía tu escondite secreto en el colchón? — sonrió Stevo. —Viejo estúpido. Lo conozco desde hace años. Me ayudó a ganar muchas libras un sábado por la noche. ¿Cómo creías que podía permitirme invitarte a todas esas copas? ¿Creías que era Carnegie?

Ollie le maldijo horriblemente; luego hundió las manos en los billetes que creía haber perdido para siempre. Le invadió una oleada de gratitud: todo iba a salir bien.

Poco a poco, las cosas fueron encajando. Llegaron otros hombres útiles, preguntando qué debían hacer. Alguien encontró una vieja bicicleta y fue elegido mensajero. Stevo volvió a meter a Sampson en un carro después de seis horas de descanso, y se fue por las granjas con un fajo de billetes que habría ahogado a un caballo, buscando algo de comer. El hombre de la gabardina, que en realidad era un capataz de la fábrica Daimler, recorrió a la gente convenciéndoles de que le dieran lo que habían traído para comer. Una mezcla increíble. Medios paquetes de galletas, latas de sopa, latas de leche condensada, medias hogazas de pan. Apareció una mujer que dijo que era cocinera. Lo único que tenía para cocinar eran dos viejos cubos galvanizados, y uno de ellos goteaba. Al final, lo único que consiguió fue preparar una especie de sopa horrible, todo mezclado con agua y hervido. Pero suficiente para los niños.

Stevo volvió con sólo tres docenas de huevos y dos sacos de patatas, y los cocinaron en los cubos, una vez que los niños hubieron tomado la horrible sopa. Stevo dijo que ahora que volvía a oscurecer, las carreteras estaban llenas de refugiados, asustados por otra incursión.

Muchos de ellos llegaron a la granja y se pelearon por los dormitorios con los que ya estaban allí.

Steve dijo que había tantos en los pajares que temía que las vigas se derrumbaran. La gente ponía mantas en el barro de las antiguas pocilgas y dormía en el propio corral, aunque empezaba a llover de nuevo.

Nadie vino a ayudar desde el exterior. Poco después del anochecer, las sirenas volvieron a sonar sobre la ruinoso Coventry. Ollie salió a respirar aire fresco y observó el vivo y palpitante resplandor de los incendios a seis kilómetros al sur.

Entonces volvieron los bombarderos alemanes. Ollie se metió hasta las rodillas entre la gente dormida del corral, observando los destellos de las primeras bombas en el cielo. Algunos gemían mientras dormían, pero no se despertaban. Abuelitas, niños pequeños, empapándose lentamente por la fina lluvia. Ollie

sabía que habría una verdadera enfermedad si la ayuda no llegaba por la mañana. . . Había trescientas veintiséis personas en la lista del hombre del impermeable. Trescientas veintiséis personas a su cuidado. Oh, Moisés, pensó. ¿Cómo lo has hecho?

Luego pensó con amargura: Dios golpeó la roca para Moisés, y brotó agua limpia. Dios envió maná al desierto... ¿dónde demonios estaba Dios ahora!

Su único consuelo era que los caballos estaban bien; sólo el viejo Trojan tosía un poco, haciendo que los pequeños que dormían apiñados alrededor de sus grandes cascos se agitaran inquietos. . .

Y los gatos y los gatitos estaban bien. Lord Gort había ido directamente a un cajón abierto del armario junto a la chimenea.

Uno a uno, los gatitos fueron bajando del carro. Los gatitos habían mamado y estaban cómodamente dormidos, desperezándose cuando les llegó el calor del fuego de la cocina, alimentado con los rieles rotos de la valla. Lord Gort lo miró con suficiencia, haciendo una pausa en su tarea de lavar a los gatitos.

— Está bien para algunos, — dijo.

Lord Gort parpadeó y se volvió a lavar a Skinny.

Capítulo XIII

A la mañana siguiente había una reunión del comité de hijos. Todos los tipos que parecían saber lo que hacían, principalmente capataces de las distintas obras. Y las tres mujeres que se habían ofrecido como cocineras. Excepto que, como dijeron, no tenían nada que cocinar.

— Llevo dando vueltas desde el amanecer, — gritó Steve. — Los granjeros ni siquiera te hablan ahora. Están todos agitando escopetas. Hay refugiados por todas partes, arrancando nabos y patatas de los campos. Torciendo cuellos de gallinas y robando ovejas. Uno incluso intentó degollar una vaca...

— ¿Qué hay de Coventry? — preguntó Ollie con cansancio al tipo de la bicicleta. Obtuvo la misma respuesta de siempre.

— Coventry está acabada. Todo el centro de la ciudad es plano. Todas las tiendas han desaparecido. Incluso en los suburbios las tiendas están vacías. Todo el mundo se está yendo. Sólo quedan los bomberos y los soldados buscando saqueadores. Y los locos deambulando, balbuceando para sí mismos. Salí antes de que me dispararan. El fuego sigue ardiendo, peor que nunca. Los bomberos acaban de rendirse...

— De acuerdo, — dijo Ollie, bruscamente. El hombre se estaba poniendo histérico.

— En el silencio que siguió, una de las mujeres preguntó—¿Qué les daremos de comer a los niños?

— Podríamos sacrificar uno de los caballos..., — dijo alguien desde el fondo.

— Por encima de mi cadáver, — dijo Ollie. Luego deseó no haberlo dicho. Una visión de sí mismo muerto parecía perturbadoramente clara y real esta mañana, mientras se reanudaba el silencio.

Entonces uno de los hombres dijo—Viene una furgoneta...

Todos salieron corriendo.

Era una furgoneta grande. Una furgoneta limpia y reluciente. Con "Herbert Moore, Baker" estampado en grandes letras en el lateral. Había un soldado con una bayoneta fija junto al conductor, que llevaba una bata blanca y una expresión desesperada.

Pero del interior de la furgoneta salió un olor que les hizo la boca agua.

En cuestión de segundos, todo el mundo en la granja estaba a su alrededor en un anillo profundo.

Dos soldados saltaron de la parte trasera, abriendo las puertas de par en par. Y llegó el abrumador olor a pan recién horneado.

— Hagan cola, — gritaron los soldados, — *¡hagan cola!*.

Lentamente, arrastrando los pies, se formó una cola.

— Madres de familia. Una hogaza para cada una.

Ollie nunca olvidó el bosque de manos tratando de alcanzar el pan. Las manos de los soldados repartiéndolo; manos mugrientas rompiendo los panes dorados y relucientes en grandes trozos, metiendo pan en los agujeros de las caras mugrientas.

La cola se rompió. Sólo había un bosque de manos agarradas alrededor de la parte trasera de la furgoneta. Los soldados dejaron de gritar; a uno de ellos las manos le arrancaron el casco de acero. La regla de "una hogaza para las madres de familia" desapareció. Las manos se extendían, manos viejas, manos pequeñas, manos musculosas, manos llenas de barro, y los soldados las alimentaban a ciegas, sudando, asustados.

A Ollie le aterrorizaba que los panes se acabaran. Pero seguían viniendo y viniendo y viniendo. Poco a poco, el bosque de manos fue disminuyendo, hasta que todo el mundo deambulaba y se sentaba en las paredes, con una hogaza bajo el brazo, arrancándole grandes trozos.

— ¿Quieres una hogaza, amigo?, — le gritó un soldado.

— Es la última. — La hogaza voló por los aires y aterrizó en el barro a los pies de Ollie. Ollie la recogió y sus manos también empezaron a rasgar la corteza crujiente, como si tuvieran vida propia. Se metió el pan en la boca hasta que se convirtió en una gran masa húmeda e inmanejable que tuvo que masticar y masticar y masticar. Sin dejar de masticar, vio alejarse la furgoneta vacía, dando tumbos por las roderas del camino agrícola.

Al menos nadie había resultado herido, gracias a Dios. La gente se alejó, agarrando los restos de sus panes, aturdida, dócil.

Y al menos el mundo exterior todavía existía. A alguien le importaba. Pero Ollie se preguntaba quién iba a pagarle el pan al panadero sudoroso.

Nunca volvió a ser tan malo. La comida llegaba a tirones, pero llegaba. Un día vivían todos a base de carne de ternera; al día siguiente, todos a base de alubias cocidas. Al día siguiente, leche condensada, pan y huevos. Al cuarto día, siete mujeres de la WVS montaron su cocina móvil, y Ollie ya no tuvo que preocuparse por la comida. Pero nadie podía lavarse; sólo había agua y cubos para beber y cocinar. Y las zanjas cavadas en el jardín de la granja apestaban a gloria.

Del tiempo del hambre se pasó al tiempo del frío y del mal olor. Y el tiempo del dolor. Los hombres entraron en Coventry, para tratar de hablar con los guardias, lo que quedaba de ellos. Para buscar en las salas del Hospital de Coventry y Warwickshire o en Gulson Road a los que estaban vivos pero habían olvidado sus nombres. Entrar temblorosos en los salones de las iglesias que hacían las veces de tanatorios... y volver a casa con la cara rígida y blanca.

Ollie intentó consolar donde pudo. La gente era muy rara. Encontró a una mujer histérica y se pasó dos horas intentando consolarla antes de que consiguiera sonsacarle que su madre estaba viva, sólo que con una pierna rota. En cambio, los que habían perdido a alguien se movían tranquilamente y a menudo se mostraban serviciales. Y luego estaba la terrible noche después de que enterraran a 420 personas en una fosa común en Coventry, porque nadie podía decir quiénes habían sido. . .

Y, sin embargo, las cosas se hicieron más fáciles para Ollie. El número de personas en la granja comenzó a disminuir, a medida que la gente encontraba un lugar con amigos y parientes y se mudaba. El viernes, el hombre del impermeable, cuyo nombre Ollie descubrió finalmente que era Fred Street, informó de que quedaban menos de doscientas personas y que todos tenían un techo seco sobre sus cabezas, heno para tumbarse y mucha ropa de cama.

Pero todo el mundo seguía diciendo que Coventry estaba acabado. Ese fue el día en que Ollie tomó prestada la vieja bicicleta y salió a buscar por su cuenta.

Al pasar por delante de la fábrica de motores Morris, se preguntó si estaría realmente muerta. El aparcamiento estaba lleno de coches y camiones. En el interior, a través de las ventanas rotas, pudo ver a hombres que se movían con abrigos y chaquetas de lana, bajo la lluvia que caía por donde había estado el tejado. Los escombros se amontonaban fuera. Preguntó al hombre de la puerta y éste le dijo que, aunque todo el tejado había desaparecido, los tornos y las prensas estaban bien. Tal vez podría haber una fábrica al aire libre. "Estaría bien el próximo verano", añadió con sorna.

Un poco animado, Ollie siguió pedaleando, tratando de encontrar sus establos. Las calles habían sido limpiadas por un nuevo tipo de tractor con una gran pala delante. Todavía estaban en ello. Alguien dijo que se llamaban "Bulldozers". Ollie se quedó mirando cómo trabajaba uno de ellos, como un gran dinosaurio verde que se comía los escombros con sus brillantes mandíbulas.

Pero, aunque las calles estaban despejadas, sólo corrían entre montones aún humeantes de cenizas y escombros. Ollie nunca habría encontrado el montón que habían sido sus establos si la señal metálica de la calle no hubiera quedado suelta encima.

Sí, bueno, pensó, hice bien en salir cuando lo hice. Pero era un frío consuelo, cuando se quedó sin hogar.

Lo único que quedaba en pie era la aguja de la catedral en medio de la jaula ennegrecida que había sido la nave. Entró, horrorizado. No había estado dentro de una iglesia desde que había enterrado a la parienta, pero lamentaba que hubiera desaparecido.

Alguien había clavado dos vigas largas, delgadas y carbonizadas para formar una cruz y la había apoyado contra los restos del altar. Detrás del altar, alguien había escrito con tiza:

PADRE PERDÓN

Ollie no tenía ganas de perdonar. Pasó junto a coches y perros, sentados en las puertas de los jardines, esperando pacientemente a sus dueños, frente a casas que habían desaparecido para siempre. Un gatito jugaba en el jardín de una casa bombardeada y saltaba sobre los trozos de papel calcinado que pasaban volando como bandadas de pájaros, mientras el cadáver de su dueño, envuelto en una manta, era transportado en una camilla... ¿Quién iba a darles de comer? ¿Quién iba a cuidar de ellos?

Llegó a casa sintiéndose vacío, sin esperanza, y se sentó en su vieja silla, en su vieja mesa, y apoyó la cabeza en las manos.

Se oyó un chirrido brillante. Levantó la vista, y allí estaba Lord Gort, de pie sobre sus patas traseras, con las patas sobre su muslo, ofreciéndole una rata muerta fresca. Tenía los ojos brillantes; el pelaje acicalado e inmaculado; ni un

pelo fuera de su sitio. En el cajón, sus gatitos bien alimentados dormían con Skinny. Todo su mundo estaba en orden, y ahora ella le ofrecía ayuda con su...

Se puso en pie de un salto, avergonzado.

— Por Dios, — rugió, —si un gato puede hacerlo, yo también. — Se paseó de un lado a otro, de repente ansioso por actuar, pero sin saber qué hacer. Si al menos tuviera un lugar propio, como ella...

Y entonces recordó a los hombres que se apresuraban a entrar en la fábrica Morris. Los suburbios, sin ventanas, sin techo, pero aún en pie.

Algo hizo clic en su mente. Todavía había vida en Coventry, fuera del centro muerto. Si revivía, toda la gente de la granja volvería a casa algún día. Su número ya había disminuido un poco... quizá dos familias podrían vivir en una casa...

Decidido, se dirigió a la granja donde vivía el granjero que le había amenazado con la escopeta el primer día.

Le volvieron a amenazar con la escopeta, hasta que el granjero vio quién era. Entonces le invitaron a pasar. Incluso le ofrecieron una taza de té con un poco de whisky.

Intuyó que pasaba algo.

— ¿Le apetece vender un par de caballos?, — le preguntó el granjero con demasiada indiferencia.

Ollie recordó el tractor roto que había visto aquella primera mañana gris. Seguía allí, atascado en medio del campo, inútil. Y nadie saldría de la bombardeada Coventry para repararlo, no en mucho tiempo. Y el hombre querría seguir arando para el trigo de invierno. Estaba muy atrasado...

— Yo no vendo caballos, — dijo. —Pero los alquilo. Cuatro libras al día por mi mejor par.

— Dos, — dijo el granjero.

— Tres, — dijo Ollie.

— Dos libras con diez.

—Con la condición de que me venda los edificios de la granja en los que vivo.

El granjero lo miró con desconfianza, bajo unas cejas negras. —¿Para qué los quieres? Están requisadas. Serán un centro de descanso del gobierno durante el

resto de la guerra. Los refugiados lo están destrozando todo. No quedará nada que valga la pena para entonces... Coventry está acabado.

— Me gusta ser dueño de donde vivo, — dijo Ollie, — obstinadamente. No me gusta estar en deuda con un casero. Cuatrocientas libras por los edificios y el prado de al lado.

— Setecientas cincuenta, — dijo el granjero, con un brillo de astucia en los ojos.

— Cinco, — dijo Ollie. — Y ni un penique más, — deslizó algunos billetes de su cartera sobre la mesa.

— Seis. — Los ojillos de cerdito del granjero siguieron con avidez la caída de los billetes.

— Cinco cincuenta, — dijo Ollie.

— Estás loco, — dijo el granjero, exultante.

Ollie redactó el recibo con mucho cuidado, como su propio padre le había enseñado. Luego regresó en bicicleta a su nuevo hogar, miró a lord Gort sentado en su cajón y dijo—Tú en tu rinconcito, y yo en el mío.

Lord Gort le miró con orbes brillantes, meciéndose y ronroneando como si lo aprobara totalmente. Pensó que ella entendía cada palabra que decía, como una pequeña cristiana.

La granja cambió de manos formalmente cuatro semanas después.

Para entonces quedaban menos de veinte refugiados. Y había dos viejas cabañas para alojarlos. Vacía, la granja valdría dos mil libras.

Padre perdona, pensó Ollie, mientras se alejaba en bicicleta de la firma final.

Pero los negocios eran los negocios.

Capítulo XIV

Poco a poco, la vida se fue uniendo, a medida que la gente se reencontraba. Cinco de los antiguos carreteros de Ollie fueron llegando, uno tras otro. Se enteró con tristeza de que Tommy Pierce y Harry Higgins habían muerto en el bombardeo. Pero había mucho trabajo para los carreteros en el centro de la ciudad. Todos trabajaban desde el amanecer hasta el anochecer, y a menudo regresaban a la granja exhaustos, en plena oscuridad. Pero era un trabajo horrible. Los escombros que transportaban estaban llenos de recuerdos: fotografías familiares medio quemadas, juguetes rotos, vestiditos... Una vez, una cosa espantosa que creían que era una muñeca de cera arrugada, hasta que un hombre de Heavy Rescue se la llevó envuelta reverentemente en un mantel roto. Pero también había cosas útiles: ollas y sartenes; una vez, milagrosamente, un espejo intacto. Ollie se consoló pensando que nadie sabía a quién pertenecían; de todos modos, iban camino del vertedero.

También había gangas. Gente que había sido bombardeada quería vender sus muebles. Ollie pagaba precios justos por los muebles de segunda mano y amueblaba su casa y sus casitas con cosas viejas y bonitas. Y un día vio tres grandes caballos que creía conocer, temblorosos y desdichados, mostrando cada costilla de sus cuerpos a través de sus pelajes húmedos y desgredados. Estaban sobre un pañuelo de hierba verde que habían cortado hasta las raíces. Estarían muertos en quince días. Localizó a la viuda de Joe Smith con mucha dificultad. Ella le dijo que podía quedarse con los caballos a cambio de nada, si los cuidaba; no había vuelto a pensar en ellos desde que Joe murió en el bombardeo. Le puso cincuenta libras en la mano y huyó de su dolor.

En aquella ciudad sumida en la desesperación, todo lo que Ollie tocaba se convertía en oro. Tenía espacio para guardar cosas y billetes para comprarlas. Y lo mejor de todo era que tenía a la gata para hablar antes de tomar una decisión. Ella se sentaba y ronroneaba; no decía tonterías, como Stevo. Era como una esposa para él.

Engordaba con las desgracias ajenas, y eso le molestaba. Tenía una empresa de transportes que duplicaba su tamaño anterior, una gran casa completamente amueblada y, por primera vez en su vida, era propietario de tierras. Puede que el prado sólo tuviera cuatro acres, pero daba a los caballos un poco de hierba verde y un lugar donde revolcarse y retozar.

Su mala conciencia le hacía ser tierno con los demás. El día que el último de los refugiados se fue a un centro de descanso oficial, Fred Street se le acercó y le pidió que le alquilara una de las casitas para siempre.

— Yo lo haré, Ollie. Un par de mis amigos me ayudarán. Sólo que no quiero que la señora y los niños vuelvan a Coventry. Las fábricas están trabajando de nuevo - Jerry estará de vuelta en cualquier momento.

Se corrió la voz. Alquiló la otra casa de campo, también. Y el piso superior de la casa. No sólo su vieja maleta empezó a llenarse de notas otra vez; también había compañía que le gustaba. Niños jugando; jóvenes esposas cotilleando en su cocina. Un chiquillo empezó a llamarle "granda" y pronto todos, también los adultos, empezaron a referirse a él como "Granda Burton". Mientras se esforzaba por ser justo y mantener la paz entre todos ellos, volvió a sentirse un poco como Moisés, el patriarca de una tribu muy numerosa. Durante años, su vida se había ido cerrando; ahora se abría sin fin. Le pidieron que formara parte de comités. Gastó todos sus cupones de ropa no utilizados en un traje nuevo.

Los gatos también prosperaron, tras algunos resuellos iniciales. Skinny, ahora tan gordo como la mantequilla, rara vez se movía del cajón. Pero Lord Gort era la reina de su reino; iba con él a todas partes. Stevo podía quejarse de las cabezas y colas de rata que dejaba por todas partes, pero a los ojos de Ollie ella no podía hacer nada malo. Tenía la profunda sensación de que ella le había traído toda su suerte.

Ollie hizo la ronda de sus familias en la Nochevieja de 1940, con una gran botella de whisky en el bolsillo, de procedencia desconocida. A las familias no les faltaban ganas de celebrar el Año Nuevo.

Y cuando por fin regresó, Stevo le dijo—Viejo, estás como una cuba.

— Sí, tal vez. Pero brindaré por ti, Stevo. — Se sirvió dos vasos, con mano no muy firme.

—¡Maldito sea Hitler en 1941!

—¡Que se pudra en el infierno!

—¡Y otro brindis! Prosperidad para nosotros. Ganaremos suficiente dinero este año para ir a Berchtesgaden una semana y bailar sobre la tumba de Hitler todos los días.

—¡Nos quedaremos un mes y bailaremos sobre su tumba todos los días!

Los dos ancianos se inclinaron hacia delante en sus mecedoras y se abrazaron por los hombros, —Todos los malditos días.

— Y emborracharse. Jerry tiene una bebida llamada aguardiente que te volará la maldita cabeza, Stevo. Y los clubes nocturnos de Berlín: chicas en mallas negras y sombreros de copa y poco más. Oooh, tendremos un tiempo después de la guerra - tendremos que conseguir pasaportes...

—¡Y bailar sobre la tumba del cabrón durante un maldito año entero!

De repente, Ollie, sobrio, se puso en pie tambaleándose.

—¡Otro brindis, Stevo! ¡Por el gato! La que nos sacó de la Tierra de Egipto.

—¡Dios la bendiga!

Lord Gort pareció darse cuenta de que la aprobaban. Ella les parpadeó tres veces; luego se apartó modestamente para parpadear en el rugiente fuego que estos días sólo quemaba madera, madera de la destruida Coventry.

Una mañana, un mes después, no estaba a la hora del desayuno. Y uno de los gatitos, el más grande, había desaparecido con ella. El viejo Ollie no trabajó aquel día; vagó por los campos llamando con creciente desesperanza; ella era su suerte y él sentía que la suya se le había acabado. Preguntó en todos los lugares a los que fue, durante semanas. Pero nunca supo nada de ella ni de la gatita. Pidió a sus carreteros que buscaran cuerpos negros en los arcenes, pero no encontraron nada.

Se consoló pensando que ella había dejado cuatro hijos tan negros como ella, para que continuaran con la suerte.

Y entonces llegaron las ventiscas, y se perdió en nuevos problemas.

No se sabe con certeza por qué el gatito más grande siguió a Lord Gort. Tal vez él era el único despierto cuando ella se escabulló. Tal vez pensó que la seguía en una cacería; ella había comenzado a llevar a los gatitos a cazar, de a uno y de a dos. Y él era un Tom, el más audaz y emprendedor.

Pero aquella mañana estaba a la caza de algo más que ratas. Su persona había reaparecido de repente al noreste, y no muy lejos. Se puso en marcha a un trote constante y kilométrico, que al gatito le resultaba muy difícil seguir. Ahora tenía las piernas largas, pero muy poca resistencia. A menudo se adelantaba tanto que su propio olor se desvanecía. Le fallaba el corazón y se encogía, vencido y aterrorizado, bajo algún arbusto.

Pero algún vestigio de amor maternal quedaba en ella. Después de que él llamaba y llamaba en su angustia, ella volvía por él, lo abofeteaba furiosamente por su debilidad, luego lo alimentaba y lo empujaba de nuevo hacia el este. Era algo más que la presencia de su persona lo que la impacientaba; podía oler, sentir en la punta húmeda de su nariz, el terrible frío que se acercaba desde el este.

La señora Wensley abrió la carta de Geoffrey, sorprendida de que llevara el matasellos de "Louth, Lincolnshire" y no el de "Winnipeg, Manitoba".

Mi queridísima Flo,

Siento sorprenderte así, pero no podía decirte que veníamos. El censor lo habría tirado a la papelería antes de que pudieras decir "Adolf". Estoy enviando esto a un buzón civil en Louth, así que debería llegarte sin ser destripado.

Bueno, como puedes ver, estamos de vuelta en Blighty. Creo que se han cansado un poco de que predique los vicios de los Blenheims y me han dado un nuevo juguete - un Vickers Wellington o Wimpey para abreviar. Por lo que he oído en el telégrafo, los Wimpey no sólo son más grandes y rápidos, sino increíblemente resistentes y difíciles de rechazar. Tienen un montón de armas en todos los sitios adecuados (donde la ardilla guarda sus nueces) y, lo mejor de todo, vuelan de noche cuando todos los pequeños Messerschmitts están bien arrojados en la cama. Incluso les dan billetes de vuelta.

Aún mejor, tengo la oportunidad de una casa amueblada. Está justo al otro lado del aeródromo, pero bien lejos de la ruta de vuelo, así que no tendrás los oídos destrozados todo el día por los Wimpeys que pasan. Parece un poco lúgubre y con corrientes de aire bajo la nieve, pero hay un gran jardín silvestre que anhela sentir el tacto de tu mano, con un cerezo en flor bajo el que aparcar al joven Jeff en primavera, y mucho césped para que gatee. Y he encontrado a una mujer en el pueblo que podría ayudarte con las tareas domésticas.

Podemos permitirnoslo, porque en su torpeza me han dado un escuadrón para que lo cuide, y me han ascendido al gran rango de comandante de ala en funciones. Permítanme asegurarles que tendrán el modelo más moderno de comandante de ala: la versión Mark Ten con sobrealimentación. He engordado, con toda esa hospitalidad canadiense. Estoy tan moreno como una baya por el sol de la pradera, y la vieja mano hace tiempo que dejó de temblar, así que puedo sostener incluso mi octava ginebra rosa sin deshonrarme.

Por otro lado, si no puedes afrontarlo, lo entenderé, puedo vivir bastante a gusto en el desorden. Sé lo pesado que fui en mi último permiso. No creo que vuelva a ser tan pesado, pero si alguna vez lo soy, haré ruido como un aro y me iré rodando.

Hazme saber lo que piensas. Dale al joven Jeff un abrazo de mi parte. . .

Hizo las maletas con el corazón encogido. Era alegre, pero no era Geoffrey. Estaba charlando con ella como podría charlar con una rubia en el comedor.

Capítulo XV

Susan Marriot salió de un sueño cálido y agradable, e inmediatamente trató de volver a sumergirse en él, antes de que volviera la memoria. Un poco como un submarino forzado a salir a la superficie tratando de sumergirse de nuevo, antes de que lo alcanzaran más bombas.

No lo consiguió. Los recuerdos la inundaron y se despertó de golpe. Timothy estaba muerto. Timothy se había ido. La casa estaba vacía. Aunque subiera a su taller, él no estaría allí. Cuántas veces se había acercado de puntillas al taller, oliendo la madera de balsa, el aceite de motor y el pegamento para telas, había abierto la puerta y había esperado que él levantara la vista y le sonriera. Lo había hecho incluso después de que llegara el telegrama; lo había hecho aún más después de que llegara el telegrama. Como si al acercarse sigilosamente y abrir la puerta de su despacho, de repente, pudiera invocarlo desde el fondo del mar por arte de magia.

Estaba tan presente en aquella habitación. La maqueta de barco a medio construir seguía exactamente donde él la había colocado. Lo había cogido, lo había mirado, lo había dejado y la había abrazado por última vez. Aún podía sentir la forma de sus brazos sobre su espalda.

Cada utensilio en su sitio, donde él lo había dejado. Su viejo abrigo raído con los bolsillos caídos aún colgado en la parte trasera de la puerta. Un paquete de Player's Navy Cut, con nueve cigarrillos aún dentro; una caja de Swan Vestas con cinco cerillas vivas y dos muertas.

Muertos. Nadie sabía cómo había muerto Timothy; su barco simplemente había desaparecido sin dejar rastro, cruzando el Atlántico. Hacía seis meses. Desde entonces, en su mente de escritora, Timothy había muerto cien veces distintas. Volado en pedazos por un torpedo en la sala de máquinas, sin saber nunca qué lo mató. Ésa era la mejor muerte. Pero era demasiado fácil, demasiado reconfortante. La había rechazado. En lugar de eso, intentó desesperadamente escapar por la escalera de la sala de máquinas, golpeado una y otra vez por las cascadas de agua. O se fue al fondo del mar, aún vivo, atrapado en una bolsa de aire con las manos golpeando en vano la puerta metálica atascada contra él. O flotó boca arriba, destripado por la explosión, mientras las gaviotas se comían sus

intestinos, se posaban en su cara y le arrancaban sus ojos azules. O murió en el fuego . . .

Se quedó tumbada, con la mirada fija en la lámpara, dejando que las imágenes de la muerte de Timothy recorrieran su mente sin control. Se sentía muerta, flotando, incapaz de mover un pie o una mano. A menudo permanecía en la cama durante horas, incapaz de moverse.

Los vecinos habían sido muy amables. Odiaba la amabilidad de los vecinos por encima de todo; las falsas voces que ponían. La falsa alegría que rallaba; la falsa pena que rallaba aún más. ¿Cómo podían lamentarse, si tenían maridos con los que volver a casa?

Ella había intentado llevar su vida como siempre, haciendo las cosas como siempre las había hecho. Se las había arreglado muy bien durante el primer mes, mientras aún quedaba algún vestigio de esperanza. Todo el mundo le había dicho que era maravillosa. Sonriendo como una calavera, pisó la cinta de correr. Lavaba los lunes, planchaba los martes, iba de compras a Oakham los miércoles. Incluso había terminado la novela que estaba escribiendo cuando se enteró de que su barco había desaparecido. Estaba dentro de ella, como un niño, e insistía en nacer. La había enviado y su editor la había elogiado mucho. Pero los elogios no llegaron a su corazón, no encendieron un resplandor donde debería haberlo habido. Y después de eso, nada más había nacido en ella que quisiera ver la luz. Por dentro, estaba hueca, oscura, vacía.

Entonces, no parecía necesario ir de compras; ¿por qué iba a esforzarse por parecer alegre, agradable a la gente? Después se sentía agotada. ¿Por qué agotarse para consolar a los demás, difundiendo la mentira de su propia alegría? Timothy se había encargado, antes de irse, de que ella tuviera la despensa llena de conservas.

Así que se quedó en casa. Y de repente le pareció una tontería molestarse en vestirse por la mañana. ¿Por qué iba a molestarse si no iba a salir? Así que se quedó en bata. ¿Y por qué molestarse en cocinar? De repente le resultaba imposible cocinar para una sola persona, aunque siempre se las había arreglado cuando Timothy había estado en el mar.

¿Y para qué lavar la ropa, si no había ropa que lavar?

Por la mañana corrió las cortinas con desgana. Si el día era gris, se sentía peor, como si hubiera otras cortinas grises más allá de las que corría. Si hacía sol, era

una burla cruel, como si el mismo Dios hubiera olvidado ya la muerte de Timothy y hubiera decidido volver a ser feliz.

Su único momento de alegría salvaje fue cuando corrió las cortinas para pasar la noche. Cerraba la puerta con llave, dejaba fuera al mundo indiferente y se acurrucaba junto al fuego de leña para entrar en calor, acurrucada como un niño en el vientre materno.

Hasta que los pensamientos sobre la muerte de Timothy descendieron, acechando su mente como buitres... . A veces sonaba el teléfono. Se deleitaba en no contestar, en escuchar hasta que el tonto perdía la esperanza. Eso les enseñaría lo que era perder la esperanza...

De repente se dio cuenta de que algo arañaba la ventana del dormitorio. ¿Qué podría ser? se preguntó distraídamente. ¿Uno de los arbustos del jardín agitado por el viento? Pero escuchó y no oyó ningún viento.

Los arañazos se repitieron y la molestaron. Cada vez que soñaba que Timothy se moría, también se oía el arañazo. El mundo ni siquiera te dejaba ser desgraciada en paz. A la cuarta vez, saltó de la cama furiosa y descorrió las cortinas. Lista para gritarle a cualquiera que estuviera allí.

Allí no había nadie. Pero por un momento la vista la dejó sin aliento. El valle de Catmose yacía bajo un enorme manto de nieve, de varios metros de espesor, que debía de haber caído durante la noche. Todos los muros y vallas de los campos estaban enterrados. Los setos y los árboles desnudos parecían pudines de Navidad espolvoreados de azúcar. Y el sol brillaba desde un cielo azul intenso, haciendo relucir la nieve acre tras acre. Desde su aislada cima, podía ver la torre de la iglesia de Oakham más allá del manto blanco, a kilómetros de distancia.

Por un momento, volvió a tener cinco años, limpia, inocente y feliz. Y luego pensó con amargo regocijo que la nieve era un sudario que había venido a enterrarla. Era alarmantemente profunda; estaba aislada del mundo. Ningún fardo de falsa alegría podía llamar a la puerta; ni siquiera el cartero podía pasar con su gavilla marrón de problemas. Por fin estaba realmente enterrada.

En un estado de sombría satisfacción, se puso un revoltijo de ropa para abrigarse, incluyendo un par de gruesos calcetines de montaña de Timothy, y se dirigió a la cocina para avivar el fuego y preparar una taza de té. Le causaba la misma sombría satisfacción reutilizar una taza sucia del montón de trastos sin fregar; simplemente añadía más hojas de té al montón que había en la tetera sin enjuagar. El té salía caliente, pero amargo como la hiel; bueno, eso le sentaba

bien. La vida era amarga como la hiel. Echó leche condensada y dos terrones de azúcar. Le estaba sentando mal y no le importaba.

De repente, volvieron los arañazos en la ventana de la cocina. Se giró y vio un gato negro en el alféizar. Al verla, emitió un silencioso maullido pidiendo que le dejara entrar. Un llamamiento arrogante, pensó. Un caso de— No puedes dejar que me pase esto. La vida *no* es así. Tengo derecho a vivir.

Poco sabes, amigo, pensó, poco sabes.

Una fuerte ráfaga de viento se abalanzó de repente sobre la casa, aullando en la chimenea y enviando humo a la habitación. Lanzó una ráfaga de nieve profundamente helada sobre el pelaje negro del gato. El gato se estremeció y se volvió hacia su nuevo enemigo, con los ojos entornados.

Estás aprendiendo, amigo, pensó, estás aprendiendo. Le dio la espalda y se ocupó de reavivar el fuego.

Al cabo de cinco minutos, volvió a mirar. El gato seguía allí: de nuevo maullaba desesperadamente. Sabía que no era uno de los gatos del pueblo; los conocía a todos. Antes de que Timothy muriera le gustaban mucho los gatos, aunque nunca había tenido uno. Debía de ser un gato callejero. Bueno, podría haberse extraviado en otro lugar...

El gato emitió un último maullido desesperado y saltó del alféizar cuando las ráfagas de nieve se hicieron más intensas. De inmediato, perversamente, se acercó a la ventana para ver adónde había ido.

Daba saltos extrañamente verticales hacia la leñera. Cada vez que aterrizaba en la nieve, ésta le llegaba hasta el vientre. La nieve era demasiado profunda para él. No podría ir muy lejos hasta que la nieve se derritiera.

Entonces vio que otro gato negro lo seguía. Bueno, no un gato, un gatito medio crecido. El gatito no podía hacer frente a la nieve en absoluto. Se tambaleaba tras su madre con terribles forcejeos. No había sentido lástima por el gato, pero no pudo evitar una punzada de compasión por el gatito. Pero se la quitó de la cabeza. Con los hombres muriendo en el mar en ese mismo momento, muriendo en el agua helada, ¿quién tenía piedad para un gatito? Debería dar gracias a Dios por estar al menos en tierra firme...

Más tarde, la nieve empezó a caer de nuevo, rápida y espesa, arremolinándose de la nada y amontonándose contra los marcos de las ventanas, de modo que apenas podía ver hacia fuera. Dios, debe de hacer frío ahí fuera. Imaginó el cuerpo

destrozado de Timothy flotando, cubierto de una nueva y sombría carne de hielo que se acumulaba en sus huesos hasta convertirlo en un hombre de hielo, un muñeco de nieve... Dios, supongamos que llegaba a tierra y caminaba hasta su casa de campo, y una mañana había un muñeco de nieve en el jardín, todo alegre, y luego, cuando llegaba el deshielo, la nieve se derretía y revelaba...

Pero su mente no podía retener la imagen. Volvió a aquel gatito negro que se arrastraba por la nieve. Ahora estaría dentro de la leñera, temblando, hambriento. Sintió una gran compasión por él; sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no intentó abrir la puerta para ayudarlo. Moriría pronto. Aunque lo ayudara, aunque lo alimentara, envejecería y moriría; aunque evitara la enfermedad o el atropello, al final moriría. Todo moría al final. Ella misma moriría al final...

Se despertó sobresaltada y se dio cuenta de que el fuego estaba bajo y que no quedaban leños en la chimenea. Tendría que salir a buscar algunos. Oh, diablos. Se calzó las Wellington llenas de barro, cogió un saco y abrió la puerta.

Había dejado de nevar. El sol brillaba, el mundo resplandecía, la fría brisa fresca jugueteaba alrededor de su cara. Un pequeño placer traidor se deslizó en su mente, un placer puramente animal de ser. Lo reprimió rápidamente. No podía haber placer en un mundo en el que Timothy estaba muerto. Caminó pesadamente por la nieve hasta el cobertizo de madera, pisando fuerte a cada paso, como si quisiera hacer pedazos el pequeño placer que había sentido.

Mientras pensaba, el gato y el gatito estaban acurrucados en el rincón más alejado y oscuro. De nuevo, el gato adulto maulló, aunque ahora menos seguro de sí mismo. Ella lo ignoró y empezó a meter troncos en el saco.

Cuando se hartó, volvió a mirar hacia donde estaban agazapados los gatos.

El gato más grande había desaparecido; debía de haber huido despavorido. El gatito la miraba con grandes ojos esperanzados, tembloroso. Tragó saliva nerviosamente. Su boca emitía un ruido muy seco. Se dio cuenta de que debía de tener sed...

Bueno, adelante, amigo. Levantó la bolsa de troncos y volvió a vadear la nieve. Casi había llegado a la puerta cuando vio las nuevas huellas de gato en el porche. La puerta trasera se abrió suavemente. El gran gato estaba en casa.

De hecho, estaba agazapado en la mesa de la cocina, comiendo apresuradamente la corteza del plato de beicon y huevos que había cocinado ella misma hacía tres

días; su última comida cocinada, si no se contaban las alubias cocidas sacadas de la lata con una cuchara.

Abrió de par en par la puerta trasera y se acercó al gato. Éste la observó con recelo, pero no se movió; siguió lamiendo con avidez el huevo congelado del plato grasiento. De repente se asustó; era un gato grande y estaba claramente desesperado. No le tenía miedo; podría saltarle a la cara. Corrió a la esquina de la cocina y cogió una escoba. Se abalanzó sobre ella. El gato esquivó la escoba en el último momento; la escoba golpeó el plato y lo partió por la mitad.

—¡Maldito seas! ¡*Maldito* seas!. — Lo persiguió por la cocina, agitando la escoba.

El gato corrió escaleras arriba. Corrió debajo de la cama de su propio dormitorio. Metió la escoba debajo de la cama y la agitó enérgicamente. El gato salió como un cohete, corrió hacia el rellano y saltó encima del armario de las mantas.

Presa de la rabia, le lanzó la escoba. La cabeza de la escoba falló y golpeó la pequeña trampilla que conducía al gallinero del tejado. Saltó de su asiento, dejando un oscuro agujero en el techo. Recuperó la escoba y volvió a golpear al gato. El gato gruñó y arañó la escoba, pero ella lo obligó a acercarse a un extremo del armario de las mantas. Lo tendría en un minuto...

Demasiado tarde lo vio prepararse para otro salto. Al segundo siguiente, había desaparecido por la trampilla del desván.

Se sentó en las escaleras y lloró; se sentía tan desesperada y agotada. Debería coger una escalera y subir. Pero el desván estaba a oscuras y lleno de maletas viejas y trastos. Allí arriba, el gato vería mejor que ella, se movería más rápido que ella. Podría equivocarse de pie y caer por el techo.

Finalmente, se alejó y lo dejó. El hambre y el olor a comida de la cocina acabarían por derribarla. Sería mejor que se cocinara algo que oliera bien para comer. . .

Pero llegó a la cocina y se quedó sentada, mirando aturdida los montones de platos. De repente se sorprendió de lo débil que estaba. La forma en que la batalla con el gato la había agotado. Antes de la muerte de Timothy, solía caminar treinta kilómetros al día sin sentirse cansada, ya que su mente vagaba libremente en busca de nuevas ideas para sus libros. No se había dado cuenta de que su cuerpo podía decaer tan rápidamente. Aún era joven, sólo tenía veintiocho años. ¿Habría desarrollado alguna terrible enfermedad invisible que podría matarla en cuestión de semanas? Imaginó su propia muerte, sola en el dormitorio de arriba.

Si moría, ¿quién encontraría su cuerpo? ¿El lechero, el cartero? ¿O llamarían a la policía? ¿Qué aspecto tendría allí tirada? Un objeto muerto, un objeto de repulsión del que hablarían en el pueblo durante semanas. ¿Publicaría The Times un *obituario*? ¿"Muerte de joven escritora prometedora"? ¿Qué dirían de ella? ¿"Trágico desperdicio de un talento brillante"?

Al anochecer, aún no había hecho nada. El fuego había vuelto a arder y ya no quedaban troncos de la mañana. Pronto tendría que salir a por más; empezaba a oscurecer de verdad. El gato de arriba seguía sin aparecer. Debió de alimentarse bien de los restos de la mesa de la cocina y se fue a dormir allí. Sin preocuparse por su gatito, a la intemperie... Los animales eran crueles, sin corazón. Como el resto de la creación. Temía enfrentarse al gatito en la oscuridad del cobertizo. Ya podría estar muerto, frío, rígido.

Pero el fuego ardía y ardía; la cocina se enfriaba cada vez más. Al final, tuvo que irse.

En la penumbra, el gatito era una mancha negra inmóvil. ¿Estaba muerto? No oía su respiración. No le gustaba tocarlo, pero tenía que saberlo.

Lo sentía muy frío. Pero justo cuando pensaba que estaba muerto, maulló bajo su mano, dándole un susto terrible. Se movió débilmente y volvió a tragar saliva, como si tuviera mucha sed. Luego se encorvó y pareció dormirse de nuevo.

Dudó; luego cogió la bolsa de troncos y volvió a entrar en la casa. Intentó pensar en Timothy, pero los pensamientos sobre el gatito se interponían en su camino. Tendría que volver a enfrentarse a él cuando fuera a por los troncos por la mañana. Para entonces, podría estar muerto. ¿Cómo lo enterraría, con toda la nieve que había en el suelo? Pero no podía dejarlo en un rincón, para que la saludara como un cadáver en descomposición cada vez que fuera a por troncos. Un cadáver sin ojos...

Ese pensamiento la hizo salir de la cocina y bajar al jardín como un cohete. Se cayó dos veces en la nieve, tenía tanta prisa. Cuando por fin llegó al cobertizo, estaba tan oscuro que no pudo ver al gatito. Tuvo que buscarlo a tientas. Cuando lo tocó, sintió aún más frío, pero volvió a agitarse, a maullar, a tragar saliva. Estaba temblando. Se lo metió en el abrigo y volvió a entrar en casa a trompicones.

Cerró la puerta de golpe, como si la persiguieran todos los demonios del infierno.

Hizo del fuego un verdadero horno. Cogió una caja de cartón, puso dentro una toalla vieja y colocó al gatito en ella, junto a la chimenea, para que no le cayeran encima las brasas. Se quedó hecho un ovillo. Cuando lo palpó media hora más tarde, no lo sintió mucho más caliente, ni mucho más vivo. Aunque la habitación junto a esa rima se estaba *asando*. Se convenció de que iba a morir. Presa del pánico, lo cogió y lo metió dentro de su abrigo, junto a su cuerpo. Su frialdad parecía entrar en su propio corazón, a través de la lana de su jersey. Moriría, moriría...

Agotada, se quedó dormida.

La despertó una nariz húmeda que le empujaba la mejilla. El gatito tenía los ojos abiertos. Maullaba pidiendo algo. Calentó un poco de leche en un cazo, la probó cuidadosamente con un dedo, la puso sobre la mesa y acercó al gatito a ella.

El gatito lo olfateó dubitativo y se dio la vuelta. Luego volvió a girarse y empezó a intentar regodearse. Ella lo acercó y lo ayudó poniéndole leche en la boca con los dedos. Finalmente, bebió bien. Había ganado. No se iba a morir.

En su momento de triunfo, levantó la vista. La gata madre estaba en la puerta mirándola. Al cabo de un momento, trotó por el suelo con recelo, saltó sobre la mesa y se terminó el resto de la leche caliente. Sólo entonces se acercó al gatito y empezó a lamerlo. Miró a Susan, con una expresión de triunfo en la cara, como si supiera que había ganado. Finalmente, llamó al gatito a la caja junto al fuego y se acomodaron juntos, ronroneando.

Cansada, totalmente derrotada, pero en cierto modo triunfante, Susan abrió una lata de su mejor corned beef y se la dio. La gata madre comió como una loba; el gatito, a medias, con muchas pausas. Si Susan no hubiera intervenido, el gatito apenas habría comido.

Susan se dio cuenta de repente de que no tenía ni idea de la hora que era. El reloj de la repisa de la chimenea llevaba días parado y las ventanas cubiertas de nieve estaban a oscuras. Tuvo que encender la radio para saber la hora. Se sorprendió de que fueran las diez. Apagó el fuego y se fue tambaleándose a la cama. Hacía horas que no pensaba en Timothy. Intentó pensar en él ahora, pero los pensamientos no llegaban. Y en un instante se quedó dormida.

Al día siguiente, a la hora de comer, Susan había llegado a la conclusión de que los gatos eran una maldita molestia. En cuanto se derritiera la nieve, pediría a la

RSPCA que viniera a llevárselos. El gato grande era el que molestaba. Seguía buscando comida entre los restos de platos y tazas sin lavar de la mesa de la cocina. Susan tuvo que fregarlo todo y guardarlo antes de tener un poco de paz. Entonces encontró a los dos gatos instalados en los restos de su cama deshecha. Asustada por las pulgas, hizo la cama por primera vez en muchas semanas. Pero era sobre todo su hambre constante. . . No paraban de pedir comida. Ella no podía permitirse el lujo de seguir abriendo latas de cara carne en conserva racionada. Y ya no había leche para ellos; el lechero no había podido subir su carro y su caballo desde el pueblo.

Tendría que ir a la tienda. Tenía que vestirse bien. Tenía que lavarse. Parecía que tardaba siglos. Su ropa estaba metida en el armario de cualquier manera, toda arrugada. Tenía que ordenarla, sacar la tabla de planchar. Malditos gatos. Su mejor falda le apretaba demasiado en la cintura; consiguió abrochársela, pero casi le cortaba por la mitad.

Pero cuando salió a la brillante luz del sol, lavada y vestida, se sintió diferente. Hábil, con su bolso y su cartilla de racionamiento, pero nerviosa de repente ante la gente. Sin embargo, el nerviosismo no alimentaría a esos malditos gatos...

La primera persona con la que se cruzó fue el señor Addinsell, que estaba quitando la nieve del camino de entrada; tenía ochenta años, estaba sonrojado y se divertía mucho. Ella sintió un ligero y extraño placer al contemplar sus gafas de montura de alambre y sus mejillas sonrosadas. El señor Addinsell la recibió con un aluvión de noticias sobre la nieve. Quién había quedado aislado, quién estaba desenterrando sus ovejas. Parecía haber olvidado quién era ella, que era una viuda trágicamente afligida. Estaba demasiado interesado en las dificultades de las máquinas quitanieves en el camino de Melton. Charlaron amistosamente durante diez minutos y luego él volvió a su trabajo. Al alejarse, ella se dio cuenta de que él no le había dedicado ni una sola mirada de compasión.

Más abajo, junto a la escuela, se cayó de espaldas en un montón de nieve y se manchó de nieve las bragas. Se sintió extrañamente... joven. Un desconocido, un joven labrador, la levantó y le quitó el polvo con manos pesadas. Sus ojos y sus mejillas también brillaban por la aventura de la nieve. Entró precipitadamente en la carnicería y todo el mundo se volvió, la saludó y escuchó con avidez la historia de su caída y de los dos extraños gatos que habían aparecido de repente en su puerta.

La carnicera miró su cartilla de racionamiento, desconcertada. Llevaba casi un mes sin sacar su ración de carne. Podía comer lo que quisiera. Tenía unas buenas

chuletas de cerdo. Y muchos despojos para los gatos, desde luego. Asegúrese de hervirlos bien durante media hora.

Subió con dificultad la colina, resoplando terriblemente. Pero a mitad de camino se dio cuenta de que algo había cambiado en ella. Había abandonado una acogedora tierra atemporal en la que vivía sola con Timothy muerto y, por mucho que lo pensara, no podía volver a ella. Una puerta se había cerrado tras ella. Tim muerto era real. La soledad y el vacío eran reales. Pero no más reales que el viejo señor Addinsell y el carnicero. ¿Por qué *debería* excluirlos? Pretender que no existían era absurdo. Por supuesto que existían.

Capítulo XVI

La gata madre permaneció cautelosa, aunque se acercó lo bastante rápido para tomar su parte de los despojos hervidos. No había olvidado ni perdonado el ataque de Susan con la escoba. Pero la gatita se acercó a Susan con total confianza, acomodándose en sus rodillas junto al fuego cada vez que tenía oportunidad. Incluso intentó acostarse con ella por la noche. A Susan se le saltaron las lágrimas. Había tenido la intención de dejar que el gatito muriera congelado y, sin embargo, él la quería. Se sintió como un criminal condenado liberado de repente del banquillo de los acusados. Se sintió absurdamente rescatada, agradecida.

A la mañana siguiente, cuando oyó estornudar al gatito y vio que se limpiaba la nariz con una pata, sintió un miedo repentino e irracional. Si enfermaba y moría, ella seguiría estando condenada.

Se dijo a sí misma que no se preocupaba por nada. Encendió el fuego y puso al gatito junto a él, en su caja. Pero el gatito siguió estornudando toda la mañana, encorvado y abatido. Aun así, comió algo, sin mucho entusiasmo. Había oído que, mientras siguieran comiendo y bebiendo, estarían bien, aunque tuvieran la gripe de los gatos. Le dejó un plato de leche lleno.

A la hora del té, se negó a comer. Le palpó la nariz; estaba caliente y áspera. Estaba segura de que era una mala señal. Llamó al veterinario, que no contestó. Se asomó a la ventana; empezaba a nevar de nuevo. Nunca se había sentido tan aislada del mundo.

A las ocho por fin contestó el veterinario. Fue cortante. Parecía cansadísimo. Ella le contó los síntomas. Intentó ahogarla. Entonces su voz cambió; había recordado quién era ella, recordaba que era la viuda trágicamente desconsolada.

— Estaré en el quirófano durante la próxima media hora. Si puede traerlo aquí...

De repente, ser viuda tenía su utilidad. Afuera seguía nevando, pero no mucho. Necesitaba algo para llevar al gatito. Podría escaparse de la cesta de la compra...

Cesta... La vieja cesta de pesca de Timothy serviría. Entró en su cuarto de trabajo enérgicamente y cogió la cesta de encima del armario. Por primera vez, entró como si la habitación no fuera una iglesia, ni un lugar sagrado. No tuvo la sensación de que Timothy pudiera estar sentado allí, sonriéndole. Nunca pensó en ello. Quería una cesta; eso era todo.

Forró la cesta cuidadosamente con una manta vieja y metió al gatito dentro. Luego se puso en marcha a paso ligero, con la cesta golpeando contra su cadera, de la correa de cuero sobre su hombro. Atravesar el torbellino de copos la excitaba, como cuando era niña. Llegó a la operación en veinticinco minutos. La luz seguía encendida y se veía a través de la cortina.

Sujetó al gatito mientras el veterinario le introducía un termómetro por el trasero. — Tiene fiebre, — dijo bruscamente el veterinario. Tanteó debajo de la barbilla, detrás de las costillas, con bastante brusquedad. El gatito intentó escapar; ella le canturreó y le acarició las orejas, y el gatito volvió a quedarse quieto. — Las glándulas están enfermas, — dijo el veterinario, — le daré algo y puede tomar unas pastillas, dos al día, mañana y tarde.

— ¿Vivirá...?

La miró. No era un hombre apuesto ni joven. Llevaba el pelo canoso tan corto como el de un presidiario y se había afeitado mal aquella mañana: tenía mechones grises debajo de los orificios nasales, donde la cuchilla había fallado. — Tiene tantas posibilidades como tú o yo. Los gatitos son muy duros.

Recordó que la mujer del veterinario había muerto el año pasado de cáncer, después de una larga enfermedad, como decían. Sin embargo, allí estaba él, corriendo de un lado a otro. Se preguntó si volvería a una casa fría...

— ¿Puedes hacerme un favor?, — dijo. — ¿Puedes darles de comer? Indicó una pequeña hilera de jaulas que parecían contener dos perros, dos gatos y un conejo. — Mi chica está enferma, su maldito marido la ha vuelto a dejar embarazada. Tengo un parto en Netherby Brow. Te pregunto, un parto en esta época del año. Tendré suerte si llego a casa por la mañana... la comida está lista. Apaga la luz y cuelga la llave en la barandilla del porche cuando te vayas. Es una buena chica...

— Pero...

— Vamos, no te llevará ni cinco minutos. Eres bueno con los animales...

Y luego se fue dando marcha atrás con el coche por el fango amontonado en el patio.

Consiguió calcular lo que debían comer los animales de los tres cuencos. Puré de salvado para el conejo y unos trocitos de col vieja. Pescado maloliente para los gatos y carne maloliente para los perros. Todo parecía bastante viejo y rancio. Pero los animales lo devoraban como si no hubieran comido en días, y ella los observaba con un extraño sentimiento de propiedad. No les vendría mal una limpieza de sus jaulas, ni a toda la habitación. Sentía pena por el veterinario, por la muerte de su mujer y la enfermedad de su hija, pero le gustaba estar en la consulta. Era como si le permitieran pasearse por la vida de otra persona: las gafas de lectura sobre el escritorio; las postales de antes de la guerra clavadas en la pared. El pesado impermeable de goma negra colgado detrás de la puerta. Era suavemente interesante vagar por la vida como un espectador. . . Sin dolor.

Al cabo de media hora, recogió al gatito en su cesta, apagó las luces, cerró la puerta interior y colgó la llave. . .

La ventisca la golpeó con toda su fuerza al salir' Le arrancó el aire de los pulmones, le llenó los ojos de nieve y la empujó de espaldas contra la pared. Le dio un susto de muerte. Respiró hondo y salió por la puerta. No debía ser tonta ni imaginativa; las ventiscas no podían matarte. Esto era Inglaterra. Veinte metros más adelante, la ventisca la golpeó contra el seto, y toda la nieve del seto le cayó por la nuca y en las botas de agua.

Después de eso, se volvió cautelosa, caminó encorvada como un boxeador, como un soldado; se preparó para el viento que entraba ferozmente por los huecos del seto donde estaban las puertas. Aun así, se tambaleó por el camino como una borracha. El camino había sido limpiado antes por una máquina quitanieves, pero la nieve era granulada y estaba profundamente helada; la ventisca la recogió y la amontonó en nuevas acumulaciones, que hicieron que le llovieran chubascos sobre las botas de agua. Primero sus pies parecían chapotear en una sopa helada y luego se entumecieron; era como caminar sobre los muñones de los tobillos.

Cada vez se caía más a menudo; dos veces se le cayó la cesta en la nieve. Cuando trató de recogerla, también se le entumecieron los dedos dentro de los guantes, como pinzas de madera que no sentía.

Se preguntó desesperadamente si debería volver al pueblo y pedir refugio a alguien. Pero le parecía *ridículo* y, además, casi había llegado a la señal que indicaba el desvío a Maltby House. Estaba a mitad de camino.

Caminaba con dificultad, se tambaleaba, a veces se arrastraba sobre manos y rodillas. Hablaba consigo misma y con el gatito, aunque éste no le respondía. Y

mientras tanto, el viento buscaba entre sus ropas, por encima de la falda, en el hueco entre la falda y el jersey bajo el abrigo, como un violador helado que buscara su interior. Recordó con amargura cuántas veces en los últimos seis meses se había tumbado en la cama y había coqueteado con la idea de la muerte. Había visto a la muerte como un suave seductor.

¿La muerte era una violadora? Siguió murmurando desafiante. No quería morir; no quería que el gatito muriera. No, no, no, no, no.

Hasta que llegó a la vaguada de metro y medio que se extendía por toda la carretera. Jamás podría vadearlo. Desesperada, miró al frente por última vez, para despedirse... .

Su casa estaba a sólo cincuenta metros; podía ver el contorno negro de la chimenea del frontón; la chimenea aún humeaba.

—¡Vamos, gatita! — Luchó contra la nieve tanto con los brazos como con las piernas. Nadó a través de la deriva, sintiendo la nieve amontonándose a través de su abrigo y falda contra su vientre.

Luego salió tambaleándose a un trozo de carretera completamente despejado de nieve, en el que se veía incluso la línea blanca del centro. El viento, que ahora soplaba a sus espaldas, la llevó corriendo hasta la puerta del jardín. Cruzó la puerta principal y la cerró de golpe contra el frío y la oscuridad.

Podía no haberse ido nunca; el fuego seguía ardiendo con fuerza; la gata, estirada ante él, emitía un maullido silencioso y quejumbroso, deseosa de comer. Allí estaba su sillón favorito, su libro, la luz de lectura que arrojaba un suave resplandor. Todo suyo; nunca tan suyo como ahora. Lo que tenemos lo tenemos, se dijo a sí misma con sombría satisfacción. Muerte, ¡trata de quitárnoslo si puedes!

¿Pero el gatito? Abrió las correas de la cesta con los dedos todavía torpes por los alfileres y las agujas. Había nieve dentro de la cesta, pero muy poca. El gatito se levantó, se estiró, bostezó, saltó y se dirigió esperanzado hacia los platitos de comida. Lamió las pocas manchas de salsa que quedaban. Susan, muerta de alegría, le abrió otra lata de carne en conserva.

Susan fue a cambiarse. Se preparó una taza de cacao y se sentó a asar las piernas junto al fuego, y observó cómo la gata lavaba al gatito.

La muerte, pensó, siempre estaba ahí en el mundo. En abundancia. Siempre hambrienta, siempre buscando más. Pero ahora estaba fuera. Ya no estaba en casa. Sólo un tonto volvería a invitarla a entrar. Bendijo a Timothy por cuidarla, por el fuego, por los troncos que había amontonado en la leñera en su último permiso, por las latas de conserva de la despensa. Gracias, Tim, dondequiera que estés. Que Dios te bendiga por tu amor.

Y sólo por un segundo él pareció estar en su mente, como una pequeña chispa brillante. Sabía sin duda que estaba muerto, pero también sabía sin duda que seguía existiendo, en algún lugar, y que estaba contento con ella. Entonces, mientras aún comprendía la chispa, la chispa desapareció, y ella supo de algún modo que nunca volvería. Pero fue suficiente para aguantar todas las noches y días venideros. Sería descortés pedir más.

Dormía en su silla, con la cabeza hacia atrás, la boca abierta y roncando suavemente. El gato dormía; el gatito dormía. Fuera, la ventisca aullaba, incapaz de hacer daño.

Al día siguiente llamó al veterinario para decirle que el gatito estaba mejor. Aún se tambaleaba, pero comía. Le preguntó si podía hacer algo para ayudarla mientras estuviera enferma.

Le preguntó si podía trabajar a tiempo parcial, limpiar y alimentar a los animales y ayudar en las operaciones. Por una libra a la semana.

Con cheques de autor por valor de trescientas libras sobre su mesa, aceptó encantada el trabajo.

Dos semanas más tarde, cuando se había ido la última nevada, la gata madre desapareció. Susan pensó al principio, aterrorizada, que el gatito también se había ido. Pero no fue así; estaba jugando en la leñera y se acercó a ella ronroneando. Pero no volvió a ver a la madre. Por otra parte, no se preocupó mucho; la gata madre nunca se había encariñado con ella.

El gatito se quedó, para hacerse enorme y vivir mucho tiempo. Había aprendido la lección. Sabía reconocer un buen fuego y un buen suministro de comida cuando lo veía. No dejó de posar con Susan y su máquina de escribir para las fotografías que decoraban los lomos de sus libros, que cada vez tenían más éxito. Así, después de la guerra, también alcanzó cierta fama. Susan a menudo tuvo la tentación de llamarlo "Tim", pero eso sería tentar al destino y a la muerte, y arriesgarse a que sus amigos literarios se burlaran de ella. Así que nunca se le

llamó más que "Gatita". Lo cual, teniendo en cuenta su tamaño, todo el mundo consideraba muy ingenioso.

Mientras tanto, Lord Gort seguía adelante. Sentía que ahora estaba muy cerca de su persona.

Capítulo XVII

Fue el acto de guerra más trivial el que cambió por completo la naturaleza del viaje de Lord Gort. Una incursión fastidiosa alemana por la costa este hacia Hull. Cinco bombarderos espaciados a intervalos de una hora para mantener la ilusión de una incursión real el mayor tiempo posible. Para mantener a los habitantes de Hull, Grimsby e Immingham sin dormir en sus refugios, para que fueran a trabajar por la mañana, cansados y desanimados.

Los alemanes ni siquiera utilizaron el X-gerat, su haz de radio-dirección, para guiar a los bombarderos. En consecuencia, el cuarto en la corriente se perdió en una nube con una brújula defectuosa, y a la deriva a través de Lincolnshire.

Allí, por pura casualidad, fue alcanzado por un caza nocturno de la RAF que también se había perdido. Lanzó sus bombas en un ataque de pánico -una ristra de ocho proyectiles de 250 libras- sobre el borde occidental de una de esas pequeñas y olvidadas ciudades de Lincolnshire por las que ningún viajero pasa de buena gana; una ciudad de polvorientas terrazas marrones y capillas de ladrillo amarillo.

Las cuatro primeras bombas cayeron en los campos, que estaban dedicados a las patatas y los nabos. Un cepo de patatas fue alcanzado. A la mañana siguiente, la zona estaba repleta de verduras frescas, gratuitas para quien pudiera recogerlas. La mayoría habían desaparecido a la hora de comer, el botín de los niños pequeños que habían faltado a la escuela por la mañana debido a la incursión.

Las dos bombas siguientes cayeron en un pequeño parque público, astillando los árboles y creando dos nuevos estanques cuando los cráteres se llenaron de agua al día siguiente. Era el típico enero de Lincolnshire y el suelo estaba encharcado.

La octava bomba partió casi por la mitad una pequeña capilla de ladrillo amarillo; una mitad desapareció, la otra conservó el tejado, el púlpito y los bancos.

Las únicas víctimas fueron los grajos y las palomas torcaces. El bombardero escapó con medio timón herido, pero como era un Dornier 17 con dos timones, vivió para bombardear otro día. El caza nocturno regresó a la base e hizo un informe "dudoso".

La bomba que causó todos los problemas no explotó. Hizo el típico agujero pequeño, redondo y profundo en la única carretera que lleva a la ciudad. Los guardias antiaéreos locales, que nunca antes habían sufrido un ataque real, se emocionaron al *descubrirla*. Bloquearon la carretera con barreras y carteles amarillos UXB y llamaron a la unidad de desactivación de bombas. Los conductores locales tuvieron que dar largas vueltas por las carreteras secundarias, pero también tuvieron la alegría de contar a todos sus amigos y vecinos lo de la UXB.

Bajo tierra, la bomba seguía funcionando. Los artificieros la pusieron la última en su lista. No ponía en peligro la vida de nadie ni obstaculizaba el esfuerzo bélico. Cuando por fin llegaron, un puñado de lugareños se reunió para observar desde la distancia. Pero al cabo de unas horas se alejaron; estaba húmedo y hacía un frío glacial, y lo único que podían ver eran tres figuras vestidas de caqui agrandando el agujero.

Cuando lord Gort llegó trotando por el camino, era casi de noche. Se había cavado una aproximación satisfactoria a la bomba, y dos soldados estaban en el agujero trabajando en ella. Había otro soldado merodeando por la carretera. Su misión consistía en advertir a los civiles que se atrevieran a pasar por delante de las señales de UXB y recoger las herramientas del camión cuando fuera necesario. Ninguna de las dos tareas era ardua. Almorzaba tarde: sándwiches de carne en conserva.

Lord Gort olió un rastro de los bocadillos de más allá de la barrera. Tenía hambre, como de costumbre. Estaba tan cerca de su persona ahora, a menos de diez millas de distancia, y la sensación de él era muy fuerte. Tan fuerte que no se había molestado en detenerse a buscar comida. Levantó la cabeza y olfateó con fuerza, con las fosas nasales funcionando como las de un conejo. El olor era irresistible; trotó bajo las barreras. Los avisos de UXB no significaban nada para ella.

El olor del miedo humano sí. Los artificieros apestaban a miedo rancio. Sus monos estaban llenos de ese olor y sus herramientas tenían la grasa de manos asustadas.

Pero el olor a carne de matón era más fuerte. Lord Gort se acercó al hombre y al agujero—Yo en tu lugar me escaparía, gatita, —dijo el hombre. — Si valoras tu vida. — Le gustaban los gatos.

Pero la gata no entendió ni una palabra, aunque captó la amabilidad de la voz. Se acercó, casi hasta los pies del hombre, a menos de un metro del agujero. El hombre sintió que debía espantarla, ser violento y abusivo con ella, por su propio bien. No sería bueno para ella si se convirtiera en pequeños bocados sangrientos que los pájaros se comerían de los árboles y los cables del telégrafo. Pero sabía que si la ahuyentaba, ella sólo volvería, y a estas horas de la tarde siempre le dolían las piernas por la tensión del día, aunque no hubiera hecho otra cosa que pasar el rato pasando frío. Y estaba aburrido, sin pensar en nada más que en la bomba. Ella era una distracción bienvenida. Así que le tiró un trozo de su bocadillo.

Siguió tirándole trozos; parecía muy hambrienta, la pobre, y él estaba crónicamente cansado de la carne de matón. Cuando la acariciaba, le sobresalían demasiado las protuberancias de la columna. Eso le preocupaba, así que le dio lentamente el resto de los bocadillos, acariciándola mientras ella comía agradecida y diciéndole cosas que no podía entender.

Se alegró cuando le sacó un ronroneo.

Entonces, uno de sus compañeros le dijo—¿Tienes una mujer ahí arriba, Billy? Si puedes dejar de canturrear dulzuras un momento, ve a buscarnos otra llave inglesa. Casi tenemos a este cabrón; sólo uno de los habituales...

Pero mientras hablaba llegó el momento de la bomba. La mecha corta hizo ruido. Todos lo oyeron. Los hombres del agujero ni siquiera intentaron moverse; sabían instintivamente que no lo conseguirían. El hombre de la carretera dio un paso rápido y salvaje...

El gato también lo oyó; el ruido de la mecha ardiendo se parecía un poco al ruido que hace otro gato amenazador. Sus músculos ya estaban tensos para la huida, por la tensión que podía sentir en los hombres que se deshacían de las bombas. El paso repentino del hombre la asustó.

Se giró y dio dos largos y convulsos saltos...

Los cuerpos de los hombres eran pesados, inertes. La fuerza de la explosión los convirtió en pequeños fragmentos. Incluso el hombre de la carretera voló en ocho pedazos; la cabeza, el torso y las extremidades volaron como pájaros curvados.

Lord Gort estaba doce pies más lejos y ya se movía, y comparativamente era ligero y no resistía. La ráfaga la levantó entera y la lanzó a doce metros por los aires. La cegó, la ensordeció y le chamuscó la piel. Pero incluso en aquel miserable estado, cuando sintió que empezaba a caer de nuevo hacia la tierra, su

cuerpo empezó a girar sobre sí mismo instintivamente, para aterrizar con los pies por delante. Instintivamente, también, abrió las piernas como una ardilla voladora, para que sus suaves pliegues de piel actuaran como paracaídas.

Aun así, podría haberle ido mal. Si hubiera caído sobre la barandilla de hierro del pequeño parque, habría tenido una muerte lenta, empalada en un pincho. Si hubiera caído tres metros más allá, habría aterrizado en las aguas heladas de un cráter de bomba. Fría y mojada, además de conmocionada, nada la habría salvado en aquella noche de invierno. Pero cayó entre las suaves hojas de un laurel perenne y rebotó en un nido de helechos ornamentales muertos. Se levantó lentamente y pareció mirar a su alrededor. Pero estaba ciega. Y no oía nada.

Un humano habría gritado y enloquecido. Incluso en estado de shock. Lord Gort permaneció objetivo. Se morreó aquí y allá; tenía un trozo ensangrentado en el lomo, pero cuando lo pateó, se desprendió con la lengua, dejando debajo todo el pelaje húmedo. Se comió el trozo ensangrentado; probablemente se lo habría comido si hubiera sido parte de sí misma; pero no lo era. Era comida.

Se encontró entera y pudo caminar. Como estaba de espaldas a la bomba, no le explotaron los pulmones. Respiraba con normalidad. Recuperó el olfato, aunque al principio estaba ahogado por el olor de la explosión: su pelaje olía mal por los productos químicos. Pero tenía el olfato para guiarse, y eso era mucho más importante que la vista o el oído. También tenía el sentido del tacto. Nada podía tocar la punta de su pelaje sin que ella lo supiera. Nada podía tocar las puntas de los bigotes alrededor de su boca y sobre sus ojos, pero ella lo sabía. Como un barco medio averiado, seguía siendo navegable.

Sabía, por las vibraciones en las puntas de su pelaje, que estaba empezando a llover. Debía encontrar refugio, no debía mojarse. Y de su derecha llegó un olor a explosivo, pero también a polvo seco, madera seca y cortinas polvorientas.

Tentativamente, olfateó el muro del parque, subió por él con sus patas delanteras y se deslizó a través de la barandilla de hierro que casi la había destripado. Sintió el olor a aceite y gasolina de la carretera, sintió la agudeza de la grava en sus almohadillas y se deslizó rápidamente por ella. Atravesó otra barandilla y entró en el refugio seco de la capilla bombardeada. Algunos feligreses habían intentado salvar las cortinas. Pero estaban demasiado rotas, sin esperanza, así que las habían arrojado dentro del púlpito inclinado y las habían abandonado. Tenía medio techo, un nido cálido y seco mientras la noche y la lluvia se cernían sobre ella. Se lavó a conciencia para reconfortarse y durmió.

Vinieron los guardias y la policía. Encontraron la mayor parte de las partes del soldado que había estado en la carretera; se detuvieron cuando oscureció y continuaron la búsqueda a la mañana siguiente, cuando encontraron más. En el depósito de cadáveres, un voluntario clasificó los trozos y los dispuso reverentemente en un ataúd para su entierro. Cualquier tipo de cuerpo, en un ataúd sellado, siempre reconfortaba a los familiares. Por los otros dos soldados no se pudo hacer nada. En la prisa y la confusión, algunos trozos de ellos fueron enterrados con su amigo.

Durante la siguiente semana de amargo enero, la gata ciega y sorda salió de su púlpito y vivió de la muerte de las bombas; luego, al recuperar lentamente la vista y la confianza en sí misma, se adentró en los campos con sus cráteres de bombas y comió grajas y palomas torcaces muertas hacía mucho tiempo. No le gustaba, pero sobrevivió.

Al cabo de quince días recuperó la vista y volvió a cazar presas vivas en los setos. Continuó su viaje. Pero seguía sorda como una tapia.

La señora Wensley se despertó al amanecer, cuando oyó que regresaba el primer bombardero. Mantuvo los ojos cerrados, hundió más los hombros bajo las mantas y empezó a contar.

Otro bombardero individual. Luego cuatro juntos, aterrizando rápidamente uno tras otro. Luego una pausa; después tres más. El patrón nunca era el mismo dos mañanas seguidas. Cada vez el patrón era diferente . . .

Veinticinco habían volado hacia la noche. Había contado diecisiete de regreso cuando oyó que el bombardero tenía problemas, un motor se apagaba y volvía a arrancar. Estaba tumbada con los puños cerrados, deseando que aterrizara sin problemas. Aterrizó. Aunque el chirrido de sus neumáticos en la pista era como el de un alma atormentada, no se produjo ningún accidente.

Se relajó y cada músculo de la espalda y los hombros pareció sentir un nuevo dolor.

El vigesimoprimeró entró muy bajo sobre la casa, haciendo sonar el aguamanil en el cuenco del lavabo, llenando la casa con el rugido de sus motores. Debería haberla aterrorizado, pero la inundó de paz.

Ese era Geoff; Geoff haciéndole saber que estaba a salvo en casa. Siempre lo hacía. Un poco como el rollo de la victoria que los pilotos de caza daban sobre su base después de conseguir una victoria...

En Bomber Command, cada vez que volvías a salvo era una victoria.

Al principio, ese rugido que llenaba toda la casa había hecho que el pequeño Jeff se despertara y llorara. Pero ahora no. Dormía como el hijo de un piloto de bombarderos, como si hubiera aprendido a acoger el sonido de los motores que regresaban.

La señora Wensley intentó mantenerse despierta para contar a los demás. Oyó el vigésimo tercero, mientras se sumía culpable en un sueño profundo y sin sueños, el mejor de la noche. Parecía tan equivocado no permanecer despierta para contar a los demás. Todos eran hijos de alguien, maridos de alguien...

El siguiente sonido que oyó fue el del viejo Bull-nose Morris de Geoffrey crujiendo sobre la grava del camino de entrada. Oyó sus suaves pisadas en las escaleras. Oyó el chirrido de la puerta del pequeño Jeff al abrirse.

Podía imaginarse la escena, porque siempre era la misma. El pequeño Jeff dormido, girado hacia la derecha, con una mano apretada delante de su nariz respingona. El gran dedo sucio de Geoffrey pinchando el pequeño puño, y el puño abriéndose para encerrarlo. Luego un largo, largo silencio. Geoff allí de pie, con su largo y mugriento jersey blanco de cuello de polo cayendo a kilómetros por debajo del cinturón de su blusa de batallador.

A su alrededor, la luz de la mañana se fortalecía en las estanterías de juguetes. Juguetes fabricados para el pequeño Jeff por el personal de tierra en tiempos muertos. Locomotoras de madera, coches, relucientes Spitfires limados de aluminio. Geoffrey era popular entre el personal de tierra, y a veces se llevaba a Jeff con él a la base en el coche. A Florrie siempre le conmovía el modo en que los sudorosos y mugrientos hombres saludaban la aparición del pequeño cabeza rubia. Pero todos debían de tener hijos en casa y los echaban de menos. . .

A Jeff le gustaban los juguetes brillantes, pero no los entendía a sus catorce meses. Empujaba los camiones, gritando desaforadamente, y a veces chupaba el Spitfire brillante. Sólo se le había negado un juguete: una magnífica maqueta del propio Wimpey de Geoffrey, que había ido a parar directamente al fondo del oscuro armario.

—No quiero que vuele cuando sea mayor. Quiero que sea biólogo o algo así.

A Florrie le preocupaba que Geoffrey siguiera dándole instrucciones sobre lo que quería que Jeff fuera de mayor; como si no esperara estar cerca de sí mismo...

También se había sentido dolida, al principio, porque Geoffrey siempre iba a ver primero al pequeño Jeff y no a ella. Pero Geoffrey decía que Jeff le ayudaba a "bajar el ritmo" en vez de a "subirlo". Cuando había "bajado las revoluciones" lo suficiente, bajaba las escaleras, preparaba una taza de té y se la llevaba...

Volvió a quedarse dormida hasta que oyó el ruido de las tazas de té en la escalera. Geoff entró. Las tazas sonaban en la bandeja un poco más de lo habitual esta mañana. Debió de ser una noche dura... pero parecía el mismo de siempre, con los ojos enrojecidos, pálido por el cansancio, medio muerto.

— Buenos días, señora. — Podría haber saludado a un perro al que apreciaba. Le dio un beso distraído en la mejilla extendida y se sentó pesadamente en la cama.

— Lo has conseguido, — dijo ella—. Veinticinco operaciones. Un tour completo de operaciones. ¿Cuándo nos vamos de permiso? Ya estaba pensando en hacer las maletas, en Dorset, en tranquilos paseos junto al río...

Suspiró, de esa forma que siempre significa malas noticias—Quieren que vuelva a Estados Unidos. Una misión de compra. Los yanquis nos ofrecen dos cajas nuevas: algo llamado Lockheed Ventura, una versión más grande del Hudson. Y tienen una nueva versión del B-17 que dicen que puede lanzar una bomba sobre un barril de pepinillos desde veinte mil pies. Quieren mi opinión como usuario operativo. Creen que puedo hablar la jerga de los yanquis, creo que realmente me quieren porque puedo aguantar la hospitalidad de los yanquis y seguir en pie al final...

Dijo —Oh, Geoff... — Intentó aplastar su decepción. Al menos, mientras estuviera en América, no podrían matarlo en Alemania. No es que nadie hablara de que lo mataran. En la nueva jerga de Geoff, "te lo creías" o "ibas a por un Burton" o "salía tu número" o "hacías una broma". Para Geoff, la guerra aérea era una farsa gigantesca, en la que los bombarderos no podían encontrar sus objetivos en la oscuridad y los cazas nocturnos no podían encontrar a los bombarderos. Donde los grandes acontecimientos eran las tripulaciones que aterrizaban en los terrenos privados de los ministros del gabinete y bebían champán para desayunar; o que aterrizaban en la carretera principal de Lincoln y retenían el tráfico durante una hora; o que aterrizaban en una base de la WRNS y no se les volvía a ver en veinticuatro horas... . Todo una gran broma masculina.

Excepto las tripulaciones que no volvieron, que desaparecieron en una repentina bola de fuego sobre las estaciones de clasificación de Hamm.

Pero nadie los mencionó.

Volvió la espalda para desvestirse—Vuelva usted sola a Dorset, vieja. Intentaré reunirme contigo allí. . .

— ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

— Al menos un mes. A los yanquis les encanta hablar...

Entonces entró en la cama, como un niño cansado con su pijama de rayas. Ella lo abrazó. Respiró hondo varias veces, como un hombre a punto de zambullirse en una piscina profunda, y de repente se quedó dormido.

Era el mejor momento. Era el momento en que realmente lo tenía de vuelta. Estudió detenidamente su rostro dormido a la tenue luz de la cortina, trazando el lento crecimiento de las líneas, el leve ahondamiento de los huecos. Al menos comería bien en América. . .

Entonces el joven Jeff se despertó y empezó a pedir a gritos su desayuno, y el mejor momento se acabó por otro día. Cuando Geoff se despertará a la hora del té, estaría empezando a poner de nuevo su cara de RAF sabelotodo, listo para los hombres aún más jóvenes que se creían Dios. Delante de los cuales ella también tenía que actuar con normalidad, incluso cuando tenía ganas de gritar.

Sería bueno alejarse a la paz de Dorset.

Capítulo XVIII

Lord Gort estaba a sólo cien metros de la casa cuando el Bullnose Morris de Geoff la arrolló en el carril, obligándola a subir a la larga y muerta hierba del arcén. Geoff podría haberla visto, si su mente no hubiera estado ya en América.

Lord Gort estaba demasiado cansado para empezar a perseguir el coche familiar. A menudo, en los viejos tiempos, su amo había salido en él, y pronto había regresado. Siguió hasta la casa, y olfateó largamente bajo las puertas delantera y trasera, cerradas con llave. El olor de su amo era tranquilizadamente fresco, y el de su ama y el del bebé, desagradable. Esperó pacientemente en el gélido jardín, refugiándose como pudo bajo un seto. Observó el despegue de un avión, distraídamente. Y entonces tuvo la terrible sensación de que su amo se alejaba cada vez más. Otra vez. Se encorvó bajo las ramas sombrías, con la cabeza gacha y el ceño fruncido, tan cerca de la desesperación como nunca había estado.

Al anochecer, había pasado totalmente desapercibido para ella. Sabía que no tenía sentido seguir esperando. Desde el otro lado del aeródromo llegaban los olores tenues y tentadores de los comedores de la tripulación y de la grasienta cocina. Al final se dirigió en esa dirección, porque no tenía nada mejor que hacer. Pero la caminata parecía interminable, y un viento del noreste procedente directamente de las estepas de Rusia soplaba sobre el aeródromo y las dispersiones, con escarcha en la espalda. Y hacía poco que había comido: un conejo muerto al borde de la carretera, abatido por un camión de la RAF. Refugio era lo que necesitaba, ya que el viento soplaba cada vez más frío.

Por un descuido imperdonable, el personal de tierra del B-Baker se había dejado la trampilla de acceso abierta y la escalera de acceso en su sitio, después de sus últimas revisiones. Atraído como todos los gatos por un agujero oscuro y misterioso, Lord Gort subió a bordo. Olfateó cuidadosamente arriba y abajo del oscuro fuselaje, y se acomodó entre las mantas rojas amontonadas de la cama de descanso, cerca de la cola, golpeando y escarbando cada vez más profundo entre ellas. Así, acurrucada y calentita, durmió.

Cuando la tripulación subió a bordo para la operación, no se movió. No le importaba que la arrojaran a la gélida noche. No oía nada, ya que seguía totalmente sorda a causa de la bomba, pero sentía el balanceo de la frágil estructura del avión bajo su peso. Se acurrucó aún más, esperando que se marcharan y la dejaran en paz.

Los motores se pusieron en marcha para las comprobaciones previas al vuelo; el ruido llenó el avión como un huracán. La tripulación no podía oírse hablar, ni siquiera gritar, a quince centímetros de distancia, salvo a través de los auriculares del intercomunicador. El ruido debería haber expulsado a Lord Gort del avión; debería haberla vuelto loca, pues el oído de un gato es mucho más agudo que el de un hombre. Pero estaba completamente sorda. El ruido le llegó sólo como una vibración a través de las mantas y su pelaje.

El bombardero recibió la luz verde, despegó y comenzó a ascender hasta su altura operativa. Lord Gort debería haber muerto entonces. Porque la altura operativa esa noche era de veintidós mil pies. A esa altura la tripulación sólo podía respirar a través de sus máscaras de oxígeno, y la falta de aire habría hecho que Lord Gort se ahogara en la masa de espuma rosa sanguinolenta que habría llenado sus pulmones explosivos.

Pero el piloto y patrón, Gregson, volaba según el evangelio del famoso Mickey Martin a sólo siete mil pies. A esa altura, el ack-ack ligero perdía potencia, y el pesado apuntaría a la corriente principal de bombarderos a veintidós mil. Además, los cazas nocturnos estarían cazando alrededor de los bordes de la corriente principal de bombarderos. Así que Lord Gort siguió dormitando con seguridad.

Fue el frío lo que finalmente la hizo salir. Su nariz, muy sensible a la menor variación de temperatura, le dijo que hacía más calor a popa. Tommy Harrison, el artillero de retaguardia, había dejado su par de puertas blindadas ligeramente abiertas. Ella se deslizó a través de ellas y se subió a sus rodillas, como si estuviera sentada junto a su propia chimenea.

Tommy estaba en su habitual estado de terror. Ser retaguardia era el peor trabajo en un oficio muy aterrador. Al menos la tripulación de delante tenía compañía. El operador de radio se sentaba con el navegante, y el capitán tenía al ingeniero de vuelo apoyado sobre su hombro y al artificiero sentado a sus pies. Tommy estaba sentado solo en el extremo del largo y frágil tubo de metal y lona, por el que aullaba un vendaval helado, y se sentía el hombre más solo del mundo. Y si un caza nocturno atacaba, lo haría por la retaguardia. El artillero de retaguardia lo recibía primero. A menudo los aviones regresaban casi intactos, con el resto de la tripulación muy contenta de seguir con vida, y el artillero de retaguardia embadurnado por todo el plexiglás enrojecido de su torreta, detrás de sus puertas blindadas, que habían impedido que las balas alcanzaran al resto de la tripulación.

Pero, si Tommy tenía miedo, también era supersticioso. Realmente creía que los gatos negros daban suerte. Como también era católico, pensó que Dios le había enviado el gato negro como un bendito milagro. De repente supo que Dios cuidaría de él aquella noche y que volvería a casa sano y salvo.

Tenía mucho que ofrecer a Lord Gort a cambio. Desenganchó la boquilla de la manguera de aire caliente y se la metió por la bota derecha, para que el aire caliente fluyera alrededor de su entrepierna. Lord Gort, en su regazo, se benefició plenamente. Y, por supuesto, Tommy, para calmar su ruidoso estómago, empezó a mordisquear nerviosamente su enorme y grasiento paquete de bocadillos...

Lord Gort comía con ganas; a cambio, su gran cuerpo peludo le aislaba donde más importaba. Los dos estaban en el cielo. Hasta que Tommy tuvo su primer problema.

Ya estaban a mitad de camino sobre el Mar del Norte; era hora de probar sus armas. Lo pospuso todo lo que pudo, temeroso de que el estruendo y los destellos adicionales la asustaran. Pero, al final, esas Brownings gemelas eran todo lo que se interponía entre él y un final desagradable. Así que mantuvo una mano acariciando a Lord Gort y disparó.

Ella no se inmutó ni un ápice, sólo observó las líneas del trazador de rayas curvándose hacia atrás con un interesado movimiento de cabeza, fue entonces cuando él se dio cuenta de que estaba sorda. Si no, ¿cómo podría haber soportado el interminable rugido de los motores sin volverse loca?

El capitán tocó tierra sobre la isla de Texel. Por una vez, el navegante había acertado. El bombardero viró a estribor y se dirigió hacia el sur, sobre la negra quietud del Zuyder Zee. Allí no había mucho fuego antiaéreo, excepto unos cuantos flakships inútiles cuyas balas parecían dirigirse directamente hacia ti, pero siempre se desviaban a popa en el último momento. Tommy se dio cuenta de que a Lord Gort le fascinaban las bolas amarillas y rojas; no temblaba, pero se estremecía de excitación, a veces sacudiendo un zarpazo en el metacrilato de la torreta cuando las bolas pasaban flotando.

Jerry organizó todo un espectáculo de fuegos artificiales al pasar entre Nimega y Arnhem; Lord Gort se abalanzó hacia arriba al ver los grandes destellos de la artillería antiaérea, muy por encima de ellos. Luego llegaron al último tramo tranquilo antes del Ruhr, cuando volaban solos a través de un paisaje de nubes vacío e iluminado por la luna, y la guerra podría haber sido en otro planeta.

Esa era la parte peligrosa; era cuando los artilleros de retaguardia se quedaban dormidos, en el alivio que seguía a la tensión. Fue entonces cuando llegaron los cazas nocturnos. La voz del capitán crepitaba por el intercomunicador, preguntando a Tommy si estaba bien. El capitán era bueno; hablaba contigo a menudo, de nada en realidad, sólo para que no te sintieras solo. Te regañaba como una esposa, sólo para asegurarse de que te mantuvieras despierto. Tommy sintió la tentación de contarle lo del gato, pero temía que Skip enviara a alguien a quitárselo. No se sentía inclinado a compartir su suerte por el momento.

Lord Gort se aburrió un poco; le habían gustado las luces parpadeantes; buscó más.

Y de repente le pareció ver algo que Tommy no podía. Se puso tensa, movió la cabeza de un lado a otro como si quisiera ver mejor y, a continuación, dio un golpe rápido como un rayo con la pata derecha contra el plexiglás de la ventana de la torreta.

Tommy miró para ver dónde se había frotado, pero no vio nada, Se tensó y volvió a limpiar. Seguía sin ver nada. Se preguntó si sería uno de esos diminutos mosquitos negros que se ven en Lincolnshire en verano; esos que los gatos persiguen cuando crees que no persiguen nada. Hibernan en el avión durante el invierno y reviven al calor de la manguera de aire.

Y entonces Lord Gort palpó por tercera vez y lo vio. Más pequeño que un mosquito en el plexiglás. Una forma gris pálido contra las nubes que sólo podía ser un caza nocturno alemán. Fuera de alcance, pero con la esperanza de colarse en el punto ciego bajo el Wimpey. Sin Lord Gort nunca lo habría visto. Pero ahora que lo había visto, tenía la ventaja. Dios le había enviado a Lord Gort para que le diera suerte esa noche. Por una vez, se sintió invencible.

No avisó a su capitán, como debería haber hecho, para que éste hubiera podido tomar una acción evasiva. No, Dios iba a poner a este mosquito asesino justo en el extremo de los cañones de sus armas. Hizo girar la torreta, muy despacio y con cautela, para que Jerry no adivinara que le habían retumbado. Puso a Jerry en su punto de mira y lo vio crecer.

Este Jerry era uno de los mejores, un verdadero artesano. Probablemente uno de sus ases, con docenas de pobres Whitleys y Wimpeys en su haber. Aprovechó cada brizna de nube para acercarse sin ser visto. Pronto Tommy pudo ver que era un Me 110, cubierto de un camuflaje gris pálido moteado que era casi invisible contra las nubes iluminadas por la luna. De su nariz salían más antenas de radio

que bigotes tiene una rata. Entonces, ¿no había que preocuparse por los cañones delanteros! Sólo los cañones de disparo hacia arriba fijados detrás de la cabina, que Jerry no podía usar hasta que estuviera directamente debajo de ellos, Schragemusik, dijo el oficial de inteligencia que los Jerries los llamaban. Música de órgano. Veremos quién consigue organ-music esta vez, bastardo.

Tommy se sintió combinado con el gato. La gata había dejado de dar golpecitos en el plexiglás cuando Jerry se acercó, pero miraba hacia la derecha, alrededor de los soportes de las armas, para mantener a Jerry a la vista. Golpeaba sus rodillas con garras que se expandían y contraían; Tommy podía sentir las garras en su piel, a través del grosor de sus pantalones. Podía sentir el trasero del gato retorciéndose contra su pecho, contra las correas del paracaídas y Mae West.

Pero la gata era paciente; y su paciencia de cazadora, su gélida alegría se transmitieron a Tommy. Fríamente dejó que el Jerry se acercara, hasta que pudo ver la cara del piloto, mirando hacia arriba; hasta que pudo leer los números de matrícula del avión.

Entonces el Jerry pareció sentir el peligro; hubo un movimiento en las superficies de control en las puntas de sus alas...

Tommy lanzó una ráfaga de cinco segundos directamente a la cabina del Jerry. Vio volar la cubierta de la cabina como una lluvia de hielo plateado. Pero el caza siguió avanzando sin parar, poniéndose debajo de él. Como si estuviera espantando una mosca medio muerta por segunda vez, Tommy le dio otra ráfaga de cinco segundos en el motor de babor, y el fuego creció y creció.

Al capitán casi le da un infarto. Con Tommy gritando —Lo tengo, Skip, lo tengo, — y el cajón de Jerry ardiendo volando delante de sus narices. El capitán lanzó el Wimpey hacia arriba y a babor, antes de que el caza explotara y se los llevara a todos consigo. Tommy oyó cómo se desprendía el Elsan y olió el tufo que llenaba el avión. Entonces el Jerry estalló como una estrella fugaz, cegando a todo el mundo en el bombardero durante dos o tres minutos.

Después, el bombardeo de Düsseldorf fue casi un anticlímax.

Volver a casa fue como una fiesta. El escuadrón había perdido catorce aviones, y éste era el primer caza nocturno que había perdido. El capitán tenía un trabajo terrible, conseguir que todo el mundo siguiera mirando por el Perspex de vuelta a casa. Si hubieran bebido a bordo, se habrían emborrachado.

Tommy no les habló del gato negro que tenía en las rodillas hasta después de abandonar la costa holandesa.

—Pobre diablo, — dijo el capitán. —Ha sido demasiado para él. Lo próximo será informar sobre alfombras mágicas".

Capítulo XIX

Eran los últimos en llegar. Irrumpieron en la sala de reuniones como un vendaval de alegría. Todas las demás tripulaciones seguían allí, tomando su desayuno, que se suponía que era café, pero que siempre se reforzaba con algo más fuerte. Y esperando a saber quién lo había comprado.

El pequeño oficial de la WAAF estaba a punto de llorar.

— Tenemos un caza nocturno, — anunció Tommy. — ¡Este gato lo tiene! — Señaló a Lord Gort, que colgaba de su cuello. Lord Gort parpadeó amistosamente a la dama. Pero la WAAF pensó que la estaban tomando el pelo y llamó a su jefe, que a su vez llamó a Groupie. Todos se reunieron alrededor, boquiabiertos.

El capitán del grupo no había oído nada tan ridículo en su vida; pasó mucho tiempo antes de que lo creyera. Y cuando lo creyó, se preocupó aún más. ¿Qué precio tenía la seguridad del aeródromo si los gatos callejeros podían viajar de polizones en Wimpeys? ¿Qué tan bueno era un artillero de retaguardia que estaba obsesionado con jugar con un gato? ¿Qué diablos diría el Mando de Bombarderos si alguna vez llegara a sus oídos? Pero también sopesó el mar de caras sonrientes. No había habido mucho por lo que sonreír en South Wedderby ese invierno. Los barracones apestaban; la tripulación se congelaba en el suelo y en el aire, día y noche. Los pubs locales eran cuchitriles y las mujeres más atractivas del lugar eran los caballos. Y el bombardeo de Alemania fue un fracaso. La mitad de las tripulaciones ni siquiera encontraron sus objetivos. De los que lo hicieron, sólo la mitad lanzaron sus bombas a menos de *cinco* millas de ellos. Pero aún así las pérdidas aumentaron. Morían más tripulaciones que civiles alemanes. . .

— Pongan al maldito animal en el roster de la tripulación. Un chelín al día por las raciones de la tripulación. Esos Wimpeys están llenos de malditos ratones...

Eso provocó una carcajada. Todo el mundo sabía que ningún ratón que valorara su vida se acercaría a un Wimpey, con migas de sándwich o sin ellas.

Lord Gort empezó a obrar su vieja magia; dio la casualidad de que la noche que consiguió el caza todos y cada uno de los bombarderos habían regresado intactos, por primera vez en semanas. ¡Todo el *mundo* sabía que los gatos negros tenían suerte!

Dormía con Tommy; comía con Tommy. Pero en el comedor, durante un desayuno de operaciones, saltaba de mesa en mesa y se dejaba mimar con cortezas de tocino e incluso trozos enteros de tocino. Nadie tenía mucho apetito en un desayuno de operaciones. Se volvió enormemente gorda; su pelaje se volvió casi grasiento de tanto vivir.

Todo el mundo tenía que acariciarla antes de volar. Si se le caía un bigote, lo cogían y se lo metían con cuidado en un bolsillo del batín. Sobre todo después de que ayudara a Tommy a conseguir su segundo caza Jerry.

Todos los tripulantes estaban locos por la mascota. El nuevo wingco no volaba sin su viejo paraguas de golf; decía que podía usarlo si su paracaídas no se abría. Pero la noche que su equipo de tierra lo extravió, se quedó blanco como una patena y vomitó allí mismo en la pista. Y canceló un flamante Wimpey con el aterrizaje de regreso más pésimo que nadie había visto jamás. Todo el mundo tenía mascotas; patas de conejo, golliwogs, un par de bragas de seda.

Pero, desesperados como estaban todos por un poco de Lord Gort, la trataban con respeto. Si la acariciaban y uno o dos de sus pelos se desprendían de sus manos, eso les daba buena suerte. Pero sólo un tonto intentaría arrancarle pelos. La buena suerte no se puede *robar*.

Como descubrió la tripulación del G-George cuando intentaron secuestrarla.

Lord Gort llevaba todo el día desaparecido; la tripulación había tenido que llevar a Tommy hasta el avión, porque estaba bastante seguro de que, sin ella, estaba para el arrastre. Entonces, mientras esperaban su turno para despegar, vieron a G-George intentando colarse y saltarse la cola. Esa fue la perdición de G-George. Tommy lo vio claramente porque había mucha luz de luna. Los Wimpeys tenían esas ventanitas triangulares a los lados. La cara de Lord Gort apareció en una de ellas. Y esas ventanas eran sólo celuloide cosido. Vieron sus zarpas arañando, luego la ventana estaba fuera, y Lord Gort saltaba hacia ellos como un ganador del Derby, a través de las ruedas del tren de aterrizaje en movimiento y los viciosos puntales giratorios. Tommy giró bruscamente su torreta hacia la izquierda, dejando a la vista las puertas blindadas que había tras él. Abrió las puertas y ella saltó dentro, y partieron hacia Essen.

Lord Gort consiguió su tercer Jerry aquella noche. Se corrió la voz de su fama más allá de la estación, a través de las conversaciones de la tripulación en los pubs. Aparecieron reporteros que pagaron cinco libras a la tripulación para que les llevaran a escondidas al aeródromo con un fotógrafo. Aparecieron artículos en

la prensa local, y luego en la nacional, con una foto de Lord Gort aferrándose a Tommy para una muerte lúgubre, bajo el absurdo titular:

¡LORD GORT CAZA A LOS HUNOS!

Los censores lo dejaron pasar; era bueno para la moral de los civiles. La tripulación contuvo la respiración, esperando la llamada del Mando de Bombarderos. Llegó una llamada del Mando de Bombarderos preguntando si la historia era cierta. Luego silencio. El Mando de Bombarderos pensó que era bastante divertido. Ellos también entendieron la necesidad de mantener alta la moral de la tripulación. Lord Gort siguió volando.

Hasta la noche en que subió a bordo y se volvió a marchar. Gregson estaba encendiendo los motores cuando ella se acercó a la escotilla de salida y empezó a arañarla, dando pequeños maullidos silenciosos a través del rugido de los motores, suplicando salir.

La tripulación discutió tanto por el intercomunicador que se hizo notar en la torre de control. Curiosamente, fue Tommy quien lo resolvió,

—Se presentó voluntaria para volar, y puede salir voluntaria. No me la voy a llevar contra su voluntad.

Nadie le detuvo cuando soltó los clips de la puerta y ella se dejó caer al suelo y salió disparada hacia el calor de la cabaña del personal de tierra.

Despegaron y ascendieron hasta los dos mil metros en un silencio fúnebre.

Entonces el maquinista de vuelo, echando un vistazo a los diales, dijo— El motor de babor está fallando. Skip.

Lo era, una fracción. La temperatura del motor un poco demasiado caliente; perdiendo algunas revoluciones y luego ganando demasiadas, sin que nadie apretara el acelerador. Era el tipo de actuación que normalmente se detenía, si volabas un poco. Habían estado en Berlín y de vuelta con cosas peores. Y ciertamente era el tipo de fallo que desaparecía en el momento en que volvían al aeródromo. Dejándolos con huevo en la cara, y una entrevista muy desagradable con Groupie por la mañana. Así era siempre cuando una tripulación empezaba a perder los nervios: un pequeño e indetectable problema de motor; un pequeño e indefinido problema de radio... la pendiente resbaladiza que terminaba con la tripulación tumbada en sus literas, farfullando como bebés bajo la ropa de cama hasta que llegaban para llevárselos y someterlos a un consejo de guerra por falta

de fibra moral o de LMF, y reducirlos a todos al rango de AC2 y ponerlos a limpiar permanentemente las ciénagas de los aeródromos... .

Volaron sobre el Mar del Norte, que parecía muy vacío y frío a la luz de la luna.

Entonces Tommy dijo por el intercomunicador—Siempre ha querido venir antes, capitán. Sabe algo...

— O quería mear, — gruñó Gregson. —O está en celo y va a cortejar...

— Se mea a bordo, ¿no lo has olido? Y estaba lo suficientemente dispuesta a venir antes de que aceleraras los motores...

Entonces el artificiero dijo—Hemos hecho veintitrés misiones. Nos deben una...

Con una maldición, Gregson giró violentamente el avión a babor en un semicírculo, como si le persiguiera un caza.

En el momento en que volvieron atrás, el motor se estabilizó y funcionó tan bien como una máquina de coser, todo el camino de vuelta a casa.

A la mañana siguiente estaban todos en el despacho de Groupie, haciéndose arrancar una tira muy fea, cuando oyeron el estruendo, justo a través de las paredes de ladrillo. Todos salieron corriendo juntos, Groupie a la cabeza, pero al otro lado del aeródromo, en su dispersión, B-Baker ya estaba destrozado. Después resultó que el sargento de tierra había estado acelerando el motor de babor para demostrar que a su querido no le pasaba nada. Cuando una pala de la hélice se partió limpiamente en el eje. Atravesó la cabina, cortando un trozo de su trasero, y salió por el otro lado hacia el depósito principal de gasolina del ala de estribor. Que inmediatamente recibió fuego. El sargento salió con la piel bien escaldada y una nalga y media. Tuvo suerte; en ese momento estaba en tierra. En el aire, la tripulación no habría tenido ni una oración...

Hubo muchas discusiones sobre cómo Lord Gort se había enterado. Algunos ingeniosos creían que había sentido las vibraciones de la hélice, a través del fuselaje y las almohadillas de sus pies, en el momento en que Gregson empezó a acelerar. Pero la mayoría creía que simplemente lo *sabía*.

De ser una mascota, de ser una heroína, Lord Gort pasó a ser un dios con conocimiento de la vida y la muerte. Cuando la gente la acariciaba, ahora lo hacía con temor, con miedo. Luego vino el asunto de O-Oboe.

Siempre había pasado gran parte del día en los aviones en sus dispersiones. El salto de dos metros hasta la raíz del ala no era nada para ella, incluso en su nuevo estado de gordura. Coqueteaba con el personal de tierra mientras trabajaban en los motores y nunca decía que no a la comida. Luego trotaba a lo largo de la parte superior del fuselaje y se sentaba a lavarse, en un breve atisbo de sol de marzo, en lo alto del tejadillo de la cabina. En cualquiera de los aviones, no sólo en el nuevo B-Baker. A las otras tripulaciones les gustaba; pensaban que estaba repartiendo suerte.

Y era un hecho, como todo el mundo decía, que desde que ella había llegado el escuadrón no había perdido ni una sola caja. Por supuesto, era una de esas rachas de suerte que tiene cualquier escuadrón. Eso y que los aviones no volaban en muchas misiones, debido al mal tiempo. Pero los hombres asustados se agarran a un clavo ardiendo. Los hombres asustados *hacen* dioses...

Y Lord Gort se encariñó más con O-Oboe que con cualquier otro avión, excepto B-Baker. Por un lado, estaba junto al B-Baker en la dispersión. Por otro, uno de los tripulantes de tierra de O-Oboe tenía una amiga en el pueblo que le pasaba paquetes de bocadillos de cerdo graso salado.

Hasta el fatídico día en que el sargento de la tripulación de tierra de O-Oboe se acercó a Gregson mientras éste sudaba la gota gorda en la oficina de vuelos.

— Creo que su gato está enfermo, señor. No podemos hacer nada con ella.

Toda la tripulación se apresuró hacia O-Oboe. Lord Gort estaba sentado en la cabina, encorvado, con los ojos cerrados y el ceño fruncido. Al final, Tommy subió y la bajó, porque por una vez no acudía cuando le hacían señas, ni siquiera abría los ojos. La llevaron a la oficina de vuelos y la examinaron con ansiedad. Sus piernas funcionaban perfectamente. (¿Nadie notaba nada roto?) no lloraba ni se estremecía cuando la tocaban. Ronroneaba a medias, pero su nariz estaba seca y ligeramente caliente.

— Ha comido algo que no debía, — dijo Gregson. Fue lo último sensato que dijeron. Le dieron un plato de leche; bebió un poco, y eso les satisfizo: no estaba enferma. Se olvidaron del asunto.

Diez minutos después, estaba de nuevo encima de G-Oboe en la misma posición encorvada y arrugada.

Ahora Gregson había tenido razón. Lord Gort había comido algo que ella no debía. A pesar de un suministro interminable de sándwiches sanos y tocino, por alguna razón felina, había jugado con un cuervo muerto por un remolino que llevaba cuatro días muerto en la pista. Se sentía... fuera de sí. No le apetecía que todos los que la conocían la acariciaran, la mimaran y, en general, la molestaran. Por eso se había refugiado en la cabina del O-Oboe.

Y después de haber sido sacada de allí a la fuerza, con la terquedad de un gato, volvió a su sitio. No tenía ni idea, por supuesto, de que en la mente de los aviadores era una diosa con conocimiento de la vida y la muerte. El personal de tierra de O-Oboe le lanzaba miradas cada vez más preocupadas mientras trabajaban en el avión. Especialmente a sus ojos cerrados y su ceño fruncido, señal de dolor en un gato.

—Está afligida, — dijo el montador.

— ¿Cómo que está afligida?, — espetó el sargento.

—Ella lo sabe.

—¿Qué demonios quieres decir?, lo sabe

—Ella sabe que esta caja es para la chuleta...

—No hables así...

—Sabía cuándo B-Baker iba a por un Burton...

El sargento, inquieto él mismo, no podía pensar en ninguna respuesta a eso. Fue a pedirle a Gregson que viniera y se la llevara de nuevo.

— Y, por el amor de Dios, manténgala encerrada hasta que empiece la operación, señor. Está poniendo nerviosos a todos.

La llevaron de vuelta a la oficina de vuelos y la ataron a la mesa con un poco de cuerda fina alrededor del cuello. Vigilaron la puerta como si las Waffen-SS estuvieran a punto de entrar. Entonces el wingco entró furioso con una queja sobre vuelos rasantes que en realidad no tenía nada que ver con ellos. Y para cuando lo hubieron calmado, Lord Gort había soltado su collar y había salido por la ventana abierta del travesaño.

De vuelta a su antiguo lugar en O-Oboe. La bajaron una tercera vez, pero para entonces el daño ya estaba hecho. Todos en el aeródromo sabían que Lord Gort sabía que O-Oboe estaba para el desguace esa noche.

Era el tema sobre el que la tripulación se ponía más nerviosa; donde se decían las tonterías más disparatadas. Había literas en las cabañas Nissen donde todos los que se atrevían a dormir en ellas eran despedidos de inmediato. Después de un tiempo, nadie dormía en esa litera. Había cabañas Nissen enteras donde cualquier tripulante que durmiera en ellas recibía la paliza de inmediato. Después de un tiempo, un Groupie sabio convertía esa cabaña en un almacén de suministros de la NAAFI. Incluso había una WAAF muy guapa en la estación, todos sus novios fueron despedidos. Nadie se le acercaba; al final, sola y desesperada, se quedó embarazada de un granjero local, que se casó con ella y resolvió el problema.

Nadie miró a la tripulación de O-Oboe en la reunión informativa. Una especie de espacio se abría a su alrededor en el desayuno de operaciones, que se tomaba por la noche, justo antes del despegue. Todo el mundo se daba cuenta, con sólo mirarlos, de que sabían que lo habían conseguido.

Se estrellaron al despegar. Sólo había una lámina de llamas en el extremo de la pista, donde se elevó toda su carga de bombas. En el estado en que estaban, realmente no fue sorprendente.

Después de eso, los equipos de tierra tomaron contra Lord Gort. Cuando apareció alrededor de su avión mientras lo revisaban, la espantaron. Ella no entendió, y siguió regresando. Empezaron a tirarle tuercas y tornillos. De ser la suerte del escuadrón, se convirtió en el ángel de la muerte. Gregson y su tripulación se quedaron perplejos cuando un día llegó cojeando a la oficina de vuelo, cubierta de aceite de motor. Pero cuando llegó apestando a gasolina, se dieron cuenta. Sólo le había faltado una cerilla para morir de una muerte espantosa.

El wingco le dijo a Gregson que tendría que irse. Las pérdidas estaban aumentando de nuevo, porque el tiempo era mejor, y el ala estaba volando más operaciones. Pero los hombres culparon a Lord Gort...

Tommy la llevó a vivir con una tía suya en Doncaster. Gregson los llevó en su jeep.

Se escabulleron de casa de la tía, dejándola dormida junto a un fuego crepitante, con un plato de carne picada y otro de leche junto a la nariz. Estaban tristes, pero creían que había aportado su granito de arena a la guerra.

Media hora después de que se marcharan, desapareció por la ventana abierta del cuarto de baño de la tía a través de los tejados. Cuatro noches más tarde, se presentó en el punto de dispersión a tiempo para la operación. Cuarenta millas no

eran nada para Lord Gort. La llevaron con ellos; pensaron que estaría más segura con los cazas ack-ack y Jerry...

Iba a ser su última operación. Un nuevo objetivo: los nuevos corrales de submarinos de L'Orient, en la costa francesa. Debería haber sido fácil, mar adentro, después de girar sobre una estación del Mando Costero cerca de Land's End para engañar al radar alemán. Sobrevolando el Golfo de Vizcaya, luego sobrevolando L'Orient a baja altitud para seguir engañando al radar alemán.

Pero el radar alemán no fue engañado. Los artilleros estaban esperando con sus cañones ack-ack en ángulos bajos. El fuego antiaéreo era un infierno. Treinta segundos después del bombardeo, el B-Baker recibió un cañonazo de 35 mm en medio del barco. Los aparatos de radio estallaron en llamas. El bombardero lanzó sus bombas fuera del puerto, al mar, sólo para deshacerse de ellas. Sobrevolaron Francia derrapando, con las llamas mordisqueando el fuselaje de aluminio, y Gregson gritando "bail out, bail out" y luchando por conseguir suficiente altura en el avión para que los paracaídas tuvieran una oportunidad de abrirse.

De todas las cosas que aterrorizan a la tripulación, la peor es el fuego. No les preocupa tanto volar en pedazos, porque es una muerte rápida. Pero morir lentamente, como una antorcha encendida, con el paracaídas también en llamas, de modo que no puedas saltar... una caja en llamas puede tardar cuatro minutos en tocar el suelo y caer en el misericordioso olvido. Así que el navegante y el operador de radio de Gregson tuvieron el mérito de luchar contra el fuego con todo lo que encontraron, incluso con sus manos enguantadas. Afortunadamente, el fuego quemó los soportes de los aparatos de radio y éstos salieron por un hueco del fuselaje, dejando un enorme agujero y un huracán de viento.

Volvieron a cruzar el Canal antes de que Gregson enviara al ingeniero de vuelo a comprobar el silencio en la torreta trasera de Tommy.

La torreta giró con fuerza hacia la derecha, dejando al descubierto las puertas blindadas. Las puertas blindadas estaban abiertas y Tommy y Lord Gort habían desaparecido. Tommy había saltado en paracaídas y se había llevado a Lord Gort con él.

Capítulo XX

Tommy cayó de espaldas a través de las puertas blindadas abiertas y giró de cabeza sobre sus talones en un aullante torbellino de oscuridad y luz de luna. Un huracán de viento se abalanzó sobre él, intentando arrancar a Lord Gort de sus brazos. Sabía que debía tirar de la anilla de su paracaídas al instante, o chocaría contra el suelo antes de que se abriera y ambos salpicarían. Pero si liberaba una mano para encontrarla, podría perder a Lord Gort, y Lord Gort era su suerte . . .

Lord Gort sólo tenía un instinto en la vorágine: clavar sus garras tan fuerte como pudiera en Tommy y agarrarse a la última cosa sólida del mundo.

Desesperado, Tommy soltó a Lord Gort con la mano derecha y buscó a tientas el anillo. No pudo encontrarlo; no estaba donde debía estar. Lord Gort entró en pánico e intentó subirse a su hombro. Tommy volvió a agarrarlo con la mano derecha y encontró milagrosamente el anillo bajo la piel de Lord Gort. Tiró de él y redobló su agarre sobre el gato, en una especie de estrangulamiento que hizo que Lord Gort se retorciera como una anguila aterrorizada.

El tirón hacia arriba al abrirse el paracaídas fue increíble. Lord Gort salió disparado hacia abajo a través de sus brazos.

Sólo un agarre desesperado se aferró a una pata trasera. Lord Gort pataleó y se balanceó, luego dobló el cuerpo y arañó las piernas de Tommy, su pecho, su cara, arañando tan profundamente que Tommy casi pierde un ojo.

Y entonces quedaron en reposo, en armonía, balanceándose suavemente hacia un apacible paisaje de campos sin setos y una carretera bordeada de álamos hasta el horizonte. Lord Gort emitió un breve ronroneo desconcertado; a ella le temblaba todo el cuerpo.

Entonces, el suelo se aceleró de repente hacia ellos. Tommy dobló las piernas como le habían enseñado, chocó y rodó. Perdió el agarre de Lord Gort en la confusión. Tommy, con la mirada perdida, creyó verla a unos diez metros, al otro lado del campo arado. Entonces oyó voces que venían hacia él; voces suaves y excitadas.

Lord Gort echó una mirada sobresaltada en esa dirección, y desapareció silenciosamente en una zanja. Allí sacudió la cabeza, como desconcertada, hasta que le zumbaron los oídos. Tenía la sensación de tener algo suelto dentro de la oreja derecha y empezaban a filtrarse sonidos muy, muy débiles. La ráfaga de aire al caer en paracaídas, la sacudida de la gravedad al abrirse el paracaídas o

sus propias patadas convulsivas habían aflojado algo en el conducto auditivo derecho que la explosión de la bomba había bloqueado. Volvía a oír, aunque muy mal; mucho menos que un ser humano.

Tommy siguió tumbado en los suaves surcos. Sabía que debía levantarse, esconder el paracaídas, ponerse a cubierto, correr como alma que lleva el diablo. Pero lord Gort se había ido; su suerte había desaparecido. Las voces estaban casi sobre él; todo sucedía demasiado deprisa para que pudiera seguir el ritmo. Así que se quedó sentado, llorando incontrolablemente.

Florrie pasó un mes con su madre y luego se dirigió de nuevo al norte, a South Wedderby, reflexionando sobre el hecho de que la hierba no siempre era más verde al otro lado de la valla. La casa de Beaminster estaba en un estado lamentable, la alfombra de las escaleras agujereada, niños maleducados y descarados por todas partes, que no dejaban de dar a Jeff un pellizco rencoroso mientras dormía en su cochecito. La cocina estaba tan llena como siempre de madres evacuadas que ya se creían las dueñas del lugar y miraban a Florrie como a una intrusa. Al menos en South Wedderby tenía la paz de su propia casa y el respeto que se debía a la esposa de un comandante de ala. Allí esperaba a Geoffrey.

En realidad, ahora no hacía tan mal tiempo en South Wedderby. Había narcisos en el jardín y un leve olor a verde primaveral procedente de los campos de Fenland. Pasaba mucho tiempo en el jardín cuando hacía bueno, rescatando las plantas que quedaban del dominio de la maleza, podando tardíamente los viejos rosales con unas robustas tijeras de cocina, mientras Jeff dormía o gorjeaba en su cochecito, bajo el cerezo en flor, o se ensuciaba ayudándola. Sin Geoffrey, el aeródromo no era un lugar aterrador. Era distante, remoto, más bien sin sentido. Los bombarderos seguían saliendo tarde y volvían pronto a casa, pero como Geoff no estaba a bordo, ella renunció a contarlos. Simplemente dio la espalda a los lejanos edificios del aeródromo.

Hasta que una mañana levantó la vista del camino empedrado y vio a Groupie entrando por la puerta, con aire solemne...

El corazón le dio un vuelco, pero él se apresuró a decir—No pasa nada, no está malherido.

Le preparó una taza de té con manos temblorosas. Groupie estaba a su lado, macizo, gris como un tejón, jugueteando con su gorra y con un aspecto tan amable que nadie de la tripulación lo habría creído.

— Es su mano, — dijo. — Ha perdido dos dedos, el índice y el siguiente. La mano derecha. Me temo que sus días de vuelo han terminado... bueno... quizás con el tiempo sea capaz de manejar un Tiger Moth o algo pequeño como eso... Sé que le encanta volar... No podremos mantenerlo alejado del aire por mucho tiempo. Pero en cuanto a volar cosas grandes... ...está harto. Un estúpido accidente. En una fábrica de aviones americana. Le dejaron intentar usar una prensa mecánica... el protector de seguridad estaba defectuoso o algo así. Se arrancó los dos dedos de cuajo. Parece extraño... pasó por todas esas misiones y luego tiene que ocurrir entre amigos.

Le preguntó si tomaba azúcar. Luego dijo—¿Qué le pasará ahora?.

—Volar un escritorio para el resto de la guerra, supongo. Un trabajo como el mío. Enviar a los jóvenes a luchar por ti. Escribir a sus padres cuando no vuelven. Abriremos un montón de nuevos aeródromos, la RAF se expande como la espuma. No le gustará, pero lo hará bien. La tripulación joven le respetará, porque sabrá de lo que habla, ha pasado por ello. Pero es un trabajo muy deprimente... —Groupie revolvió su té para descargar sus sentimientos, por tercera vez. A pesar de su corpulencia, había pilotado cazas Bristol en la Primera Guerra Mundial.

La señora Wensley se sintió partida por la mitad. En su mente podía ver la mano derecha de Geoffrey, delgada, morena, nervuda. Unas tijeras como las que acababa de utilizar para podar las rosas le cortaron de repente primero un dedo y luego otro. No parecía correr sangre.

Pero, dentro de ella, su corazón se aceleró. Geoff iba a vivir. No más noches esperando...

— No sé qué hará después de la guerra, — dijo Groupie con inquietud. — No creo que se quede en la RAF. No tiene madera de oficinista.

Le escuchó pacientemente, le vio alejarse por la verja y le devolvió el saludo cuando él se volvió tres veces para saludarle. Salió el sol; los narcisos se doblaron ante el viento frío...

Vamos a tener una primavera, pensó. Vamos a tener un manantial.

Lord Gort observó en silencio, atentamente, cómo los hombres se acercaban y se llevaban a Tommy. Sus voces parecían amistosas, pero emitían el tipo equivocado de sonidos: sonidos musicales líquidos que subían y bajaban dramáticamente, incluso cuando intentaban mantenerlos bajos y silenciosos. Estos hombres nuevos también estaban excitados, asustados. El olor de su miedo llegó hasta Lord Gort donde yacía. Todos sus olores eran extraños.

Lord Gort ya había tenido suficiente extrañeza y miedo por una noche, así que se agachó, incluso la hierba de la zanja olía raro. De repente se sintió muy cansada. Ociosamente, observó cómo uno de los hombres recogía y doblaba la masa blanca y ondulante que había sido el paracaídas de Tommy. Luego siguió el rastro del olor de Tommy hasta una casa. Escuchó y oyó su voz entre otras voces. Luego encontró un rincón en lo alto de un granero y durmió.

Quince días después, Tommy seguía en Francia. Sentado sobre un trozo de alfombra mugrienta en un agujero húmedo excavado en el suelo bajo un gallinero, en algún lugar al sureste de Burdeos. Sobre su cabeza, las blancas gallinas francesas cacareaban somnolientas. El olor de sus excrementos era horrible.

No podía dormir por el frío y los dolores de su cuerpo. La luz gris que entraba por las rendijas del suelo del gallinero le indicaba que estaba a punto de amanecer. Se preguntó cuántas veces estaría aterrorizado hoy. Al principio, habían sido los alemanes; pasando los alemanes. Nazis, como en los noticiarios, salvo que estos alemanes eran a todo color, no en blanco y negro. Alemanes que se rascaban el culo mientras te miraban en las esquinas. Eructaban, se gritaban chistes, se reían y parecían estar como en casa. Mucho más real y aterrador que el fuego antiaéreo sobre el Ruhr.

Le aterrorizaba caerse de la bicicleta cuando se cruzaba con ellos, aquella vieja y horrible bicicleta francesa con ruedas de veintiocho pulgadas, manillar para sentarse y agacharse y una cadena oxidada que amenazaba con salirse del plato. Le habían dicho que nunca mirara a los alemanes; ningún francés lo hacía. Si les llamas la atención, es posible que te paren y te pidan tu carte d'identite por pura cabezonería y aburrimiento.

Siguió intentando circular por el lado equivocado de la carretera. Mantente a la derecha, murmuró para sí. Mantente a la derecha. El tráfico seguía acercándose por el lado equivocado. Un día terrorífico, había pinchado y el guía que iba delante había seguido sin él y no había vuelto en una hora.

Ahora, en la Francia ocupada, los alemanes se habían ido. Pero decían que la policía de Vichy era peor. Tenían ojos más agudos; a diferencia de los alemanes, sabían cómo era un francés típico... eran unos cabrones.

Insistió en conservar su uniforme de la RAF. Si pillaban a un aviador sin él, lo fusilaban por espía. Sus ayudantes le habían teñido de negro los bajos de los pantalones, le habían dado un viejo abrigo raído, zapatos franceses baratos rajados y una boina demasiado grande que siempre amenazaba con volarse mientras cabalgaba. Sabía que les ponía las cosas más difíciles, más peligrosas, al insistir en el uniforme. Pero no le iban a fusilar por espía.

Se sentía muy solo. Sus ayudantes discutían constantemente sobre él en francés, por lo que no entendía nada, sólo intentaba interpretar las miradas que le dirigían y el sonido de sus voces. No tenía la impresión de que les cayera muy bien; creía que algunos de ellos abogaban por abandonarlo a su suerte.

Se preguntó miserablemente qué habría sido de lord Gort. Apenas había visto un gato en todo su viaje. Decían que los franceses de las ciudades comían gatos porque se morían de hambre. Cuando servían pastel de conejo en los restaurantes, los clientes hacían ruiditos de miau con la boca. . .

Se preguntó cuántos días más. Ése era el único punto positivo.

A última hora de la tarde de ayer, en el claro atardecer, había visto, muy a lo lejos -casi como nubes-, montañas nevadas. Los Pirineos. Más allá estaba España. Donde, a diferencia de los franceses, no te entregarían a los alemanes. Sólo te encerraban en una asquerosa prisión española llena de pulgas hasta el final de la guerra.

Pero, más allá de España, Portugal, donde realmente les gustaban los británicos, en la tranquilidad. Una vez que estabas en Portugal, estabas en casa y seco. A menos que los cazas jerry cogieran el avión que te llevaba a casa cruzando la Bahía. . .

Ni siquiera estaba a *mitad de camino* a casa todavía. Catorce días casi cagándote encima diez veces al día, y ni siquiera la mitad del camino a casa. Deseó ser más que un héroe.

Un ruido de arañazos en el lateral de la cabaña le hizo dar un respingo. Arriba, las gallinas empezaron a cacarear nerviosas. Apareció un pequeño resquicio de luz. Dos patas negras, escarbando la tierra. Una nariz negra, olfateando...

Dios, era Lord Gort. Le había seguido durante todo el camino.

Su corazón saltó con una nueva esperanza. No había perdido la suerte. Pero empujó su nariz ferozmente a través del pequeño agujero que había hecho.

—Lárgate, vaca tonta. Si te atrapan, ¡te comerán!.

Casi parecía que lo había entendido. La nariz negra desapareció y no volvió. Empezó a preguntarse si había sido Lord Gort. Había muchos gatos negros en el mundo. Tal vez se trataba de un lugareño, después de un buen pollo a la francesa. . .

Lord Gort, satisfecho de haber encontrado a su persona, se retiró a una discreta distancia por una madriguera de conejos vacía desde hacía mucho tiempo, y durmió, contento.

Una semana después, Tommy se agazapaba aterrorizado en una zanja. Más allá de la zanja, los Pirineos se alzaban gigantescos y negros contra el cielo nocturno. Sólo estaba a ocho millas de España; a ocho millas de la libertad.

Pero había una patrulla de Vichy trabajando por la ladera hacia ellos; una patrulla de Vichy donde no debería haber una patrulla de Vichy. Y la zanja donde estaba agazapado con su guía vasco-francés era tan poco profunda que sólo un tonto podría no verlo. Y lo último que eran las patrullas fronterizas de Vichy eran tontos. Tommy apretó la cara contra las hierbas secas y muertas del fondo de la zanja, oliendo el aroma de la tierra francesa que, después de tres semanas, seguía siéndole ajeno. Y rezó. ¡Ahora no! No después de tanto ciclismo, tanto terror, tanto paso de alemanes. No de vuelta a la Alemania nazi y la Gestapo y Dios sabía qué...

La patrulla se dirigió hacia ellos a través de la larga hierba. Podía oír el ruido sordo de cuatro pares de botas sobre el césped. Oyó sus voces, alzadas en una incomprensible discusión extranjera. Tal vez la discusión los llevaría más allá. Al menos pasarían a veinte metros...

Pasaron tres pares de botas; ¿o fueron cuatro? Era difícil saberlo. Su sonido se desvaneció. Sintió un deseo insoportable de levantar la vista, pero la mano de su guía, dura sobre su cuello, le hundió la cara en la zanja.

Todavía había un guardia allí, inmóvil, silbando suavemente en voz baja. Observando, escuchando. Un hombre más agudo que los demás; un hombre con una ventaja injusta, que percibía con un sentido desconocido que había un ser vivo en la silenciosa zanja sin agitar. . . Tommy se preparó para levantarse, alzar las manos, ser maltratado, humillado. Cada vez era más fácil enfrentarse a eso que seguir tumbado en silencio en la zanja.

Entonces un susurro a su izquierda. Algo saliendo de la zanja. Algo inexplicable que no debería estar allí.

— ¡Ah!, — dijo el guardia fronterizo, — encantado. Minou, Minou, Minou.

Un estallido de risas y charla, ¿Qué era lo que había salido de la zanja a la izquierda de Tommy? ¿Una chica? ¿La novia del guardia? Sonaba bastante extasiado. . .

Entonces, gritos del resto de la patrulla, llamando al último guardia con impaciencia.

— Au 'voir, Minou. —Y sus pasos también se alejaron.

Tommy exhaló un profundo y estremecedor suspiro. —¿Qué ha pasado?

El guía rió temblorosamente; su vida también había estado en la guillotina.

— Un gato negro, m'sieur Nos ha salvado un gato negro con una rata en la boca. El guarda sabía que aquí vivía algo. El gato le satisfizo. Se ha ido contento, justificado. Es evidente que le gustan los gatos. Los otros le decían que o mataba al gato por comer, o se lo llevaba a la cama. . . Ahora estamos a salvo; esa será la única patrulla esta noche, Allons...

Lord Gort tardó en seguirlo; el olor de Tommy dejaba un rastro claro en el aire cálido y húmedo de la noche. Y había cazado una rata que pensaba disfrutar tranquilamente. También le había gustado conocer al guardia fronterizo. La había aprobado, olía bien. Había acudido a él porque le silbó, como había hecho su antiguo amo hacía tanto tiempo.

Lord Gort acabó con la rata y siguió trotando, subiendo con paso firme todo el camino. Alcanzó a Tommy y al guía, antes de que llegaran a la alta frontera. Estaba sólo treinta metros por detrás, cuando todos cruzaron la línea invisible, al otro lado de la cual había una tierra donde no devolvían jóvenes aviadores a la Gestapo, y no estaban tan hambrientos que necesitaran comer gatos; por lo general.

El hombre del consulado británico en Lisboa, que se ocupaba de los pasajeros que regresaban, se removió inquieto en sus lustrosos zapatos y se quedó mirando al demacrado joven aviador que tenía delante. El chico estaba en un estado terrible; a esas alturas, después de una semana en Portugal, normalmente empezaban a recuperar los nervios. Pero éste no. Sudaba, aunque aún era temprano y no hacía calor; se retorció la vieja y sucia boina con manos delgadas que nunca estaban quietas.

— ¿Un gato?, — preguntó incrédulo el hombre del consulado. — ¿Un gato que voló con usted en un bombardero Wellington? ¿Que derribó cazas nocturnos alemanes? ¿Qué te salvó de ser capturado en la frontera francesa?

— Sí, — dijo Tommy, mirando al suelo. Sabía que no había contado muy bien su historia; la mente se le iba nublando. — Y desde entonces no ha dejado de seguirme. Sigo viéndola a lo lejos...

— Pero, mi querido joven, Portugal está lleno de gatos, incluso negros. Yo mismo vi uno esta mañana cuando venía hacia aquí...

— ¿Tenía un collar marrón? — preguntó Tommy, inclinándose ansiosamente hacia delante, — ¿Y una pequeña etiqueta de latón con su nombre?

— No me di cuenta. Tenía otras cosas en la cabeza, — dijo el hombre del consulado, aunque tenía la *incómoda* sensación de que el gato negro que había visto tenía algo alrededor del cuello. De todos modos, no había venido a mantener esta ridícula discusión sobre gatos negros. Su trabajo consistía en llevar a casa a aquel joven aviador antes de que enloqueciera por *completo* y tuviera que ser hospitalizado para vergüenza de ambos gobiernos.

— ¿Dónde has visto a esta gata negra?, — insistió Tommy. — Tenemos que conseguirle un vuelo a casa. No puedo dejarla aquí después de todo lo que ha hecho por mí...

— Ni hablar— dijo el hombre del consulado. — No hay sitio para gatos en ese avión; apenas hay sitio para personas. Y, por supuesto, es *impensable*. Hay normas sobre la rabia; probablemente el gato ya esté rabioso. Si llegara a Inglaterra, habría que destruirlo.

Tommy empezó a llorar en silencio; no hizo ningún ruido, las lágrimas le corrían por la cara. Parecía que no paraba de ocurrirle desde que había llegado a Portugal.

El hombre del consulado se levantó para irse, escarlata de vergüenza. Los ingleses no lloran, sobre todo delante de las *portuguesas*.

Cuando se hubo marchado, la mujer que regentaba la casa estrechó al sollozante Tommy contra su amplio pecho. La guerra era terrible; esperaba que Portugal nunca se uniera a ella.

Capítulo XXI

El quinto día que Geoff estuvo en casa, Groupie vino a verle. A pesar de que a Geoff aún le quedaban diez días de baja por enfermedad.

Geoff saltó de la tumbona en el pequeño césped con un sobresalto de culpa. Se sentía culpable por tantas cosas. Por su mano. ¿Cómo había podido ser tan descuidado como para someterla a la repentina agonía de aquella prensa metálica americana? Si le hubiera importado, no habría ocurrido... ¿Quería que ocurriera? ¿Para no tener que volar?

Pero se sentía mucho más culpable por lo del aeródromo. Porque ahora odiaba el aeródromo. Cuando salía a pasear, se desviaba de su camino para evitar incluso la vista del lugar.

Ahora que ya no necesitaba valor, se dio cuenta de que ya no le quedaba valor. Podía ver claramente lo aterrorizado que había estado de principio a fin. El joven y apuesto comandante de ala había sido todo una actuación, una actuación loca y desesperada, y ya no entendía cómo había podido mantenerla durante tanto tiempo.

Y sin embargo era un regular; la RAF había sido toda su vida...

Apenas podía levantar los ojos para mirar a Groupie a la cara.

— Siéntate, Geoff, — dijo Groupie suavemente. — Pareces muy cansado. — Se sentó él mismo, sobre la exuberante hierba de mayo del césped, y levantó unas cuantas briznas verdes y las inspeccionó, como si fueran componentes defectuosos. Cuando habló, seguía mirando las briznas de hierba.

Por favor, pensó Geoff. Por favor, no me digan que soy una pérdida para la RAF, por favor, no me digan que se ha arruinado una brillante carrera como piloto...

Pero las primeras palabras de Groupie le pillaron por sorpresa; se salieron completamente por la tangente.

—¿Sabes lo que ha hecho ese tonto bastardo de Tomlinson? Se va de permiso, y lo primero que hace es romperse las dos piernas. Jugando al fútbol con su hijo. Cayó por el borde de una terraza sobre un marco de pepino. No volverá hasta dentro de unos meses. No es que fuera muy bueno cuando *estaba* aquí.

Tomlinson era el oficial de inteligencia del ala. Un hombre gordo, torpe, que era una broma permanente con los pilotos. Dejaba caer sus notas en cada segundo informe de operaciones. Si decía que se esperaba fuego antiaéreo al sur de Osnabruck, no había fuego antiaéreo. Donde Tomlinson decía que no habría fuego antiaéreo, habría un infierno que pagar. "Según Tomlinson" siempre provocaba una carcajada, pero era una carcajada amarga. Groupie siguió mirando las cuatro briznas de hierba que tenía en la mano.

— Necesito un nuevo agente de Inteligencia, Geoff. El joven Bailey no está a la altura; dieciocho meses a las órdenes de Tomlinson parecen haberle atontado el cerebro. Me gustaría que tomaras el trabajo ahora, Geoff. Incluso antes de que acabe tu permiso. Hay una operación esta noche...

Hubo una larga pausa. Entonces Groupie dijo— Sé que no es lo mismo que volar. Pero podrías salvar vidas. Eres un ex piloto. Conoces la situación. Sabes qué preguntas incómodas hacer en el Grupo. Y los pilotos te escucharán, porque eres un ex piloto. ¿Lo harás? ¿Al menos hasta que Tomlinson regrese? El trabajo no es extenuante...

Geoff miró a Groupie. Los ojos de Groupie eran azules e insondables. ¿Acaso Groupie había adivinado que estaba acobardado aquí en casa, odiando a la RAF, odiando el aeródromo, los oscuros bombarderos que olían a vómito acucillados en sus dispersiones?

— Si no lo haces —dijo Groupie, — tienen la intención de convertirte en un héroe. Te darán la Cruz Distinguida de Vuelo y te enviarán de gira por las fábricas de aviones, diciéndoles el gran trabajo que están haciendo y cómo estamos ganando la guerra en el aire sobre Europa...

— Por Dios. . . — Geoff escupió la palabra, como si estuviera enfermo.

— ¿Lo harás, entonces? Buen chico. — Groupie miró su reloj. — La reunión es en el Grupo a mediodía, como siempre. Te enviaré un coche con un chófer guapo... y hay algo más, Geoff. — Sacó una carta abierta del bolsillo y se la entregó.

Aunque la opinión médica es que se trata de un delirio provocado por el estrés, si el animal en cuestión volviera alguna vez a su aeródromo, deberá ser destruido sin dolor, de acuerdo con la normativa gubernamental de cuarentena antirrábica, y el cuerpo quemado inmediatamente.

— Caso curioso, — dijo Groupie. — Pero era una gata extraña. — Y por primera vez Geoff oyó todo sobre el vuelo de Lord Gort.

Geoff estuvo a punto de decir—Es mi gata. Debe de haberme seguido hasta aquí.

Pero estaba demasiado lleno de una rabia enfermiza. Ella era su gata, no la RAF para matar a su antojo. Después de todo lo que había pasado, toda su fidelidad... para terminar así.

— Si aparece —dijo Groupie, — haré que la policía de la RAF se ocupe de ella. Un trabajo horrible, pero están acostumbrados.

No necesitó decir nada más. La policía de la RAF siempre se ocupaba de los animales no deseados, las mascotas de los aviadores muertos en Alemania. Los llevaban al campo de tiro, les disparaban en la cabeza y los enterraban allí.

Tommy Harrison levantó la vista de su cama en la granja.

—Estuvo conmigo durante todo el viaje. —dijo— Apareció en el aeródromo para el vuelo de regreso. Se paseaba y se frotaba contra las piernas de los portugueses que ayudaban a repostar el avión. Cuando le dieron la espalda, subió a bordo en un santiamén. Se escabulló y se metió entre las mantas de la cama de descanso, como solía hacer en el B-Baker. La vi escaparse cuando aterrizamos en Hendon. Está de camino a casa, de acuerdo...

Volvió a bajar la cabeza y tanteó la cesta que intentaba tejer con dedos temblorosos.

— Lo llaman terapia ocupacional, — murmuró. — Te impide pensar.

De sus ojos ocultos empezaron a caer gotas de agua sobre la cestería.

Capítulo XXII

Lord Gort iba despacio en su último viaje, abriéndose camino hacia el norte, hacia Lincolnshire, a través de la primavera inglesa. No es que ningún sexto sentido le advirtiera de la proximidad de su muerte, es que estaba cansada, con toda la extrañeza del viaje, los extraños olores de Francia y los aún más extraños de España y Portugal, y la eterna necesidad de hacer frente a la extrañeza. El vuelo había sido terrible. Ya no oía por el oído derecho y el ruido de los motores había sido estremecedor.

Y estaba embarazada de nuevo. Al menos había quedado un gato en Francia, un enorme gato atigrado salvaje con la cabeza llena de cicatrices, que no se había desvanecido en un pastel de conejo francés.

Además, siempre tenía hambre. La hierba y las flores podían estar creciendo, los árboles floreciendo, pero los conejos jóvenes seguían a salvo bajo tierra en sus nidos, y sus padres bien crecidos, astutos y cautelosos.

Dirigiéndose al norte de Londres, vagó por el lado equivocado del río Wash y acabó contemplando las salinas de New Hunstanton. Su persona estaba allí, en esa tenue línea azul del horizonte. Pero había aprendido lo inútil que es intentar cruzar aguas grandes.

Ese mismo día, estuvo a punto de ahorcarse; estaba saltando dentro de un cobertizo de campo roto cuando su collar se enganchó en un clavo.

Parecía colgar eternamente, ahogándose y pataleando cada vez más débilmente, sin nadie a su alrededor en kilómetros a la redonda para ayudarla,

Y entonces el viejo collar se rompió. Cayó al suelo, tosiendo y sin aliento. Entonces se sintió mal, aunque tenía muy poco de qué sentirse mal. Entonces sacudió la cabeza para despejarse y huyó del lugar maligno. Y mientras huía, sintió que algo se movía dentro de su oreja izquierda.

De repente, pudo oír perfectamente.

Dos semanas más tarde, el granjero encontró el collar y la medalla rotos, leyó la medalla con perplejidad, pensó que tenía algo que ver con el Ejército y se la guardó en el bolsillo del chaleco. Donde meses más tarde, mucho después del final de la historia de Lord Gort, su mujer la encontró y la tiró como basura.

Una semana después, aún hambriento, Lord Gort se enzarzó en una pelea con un gato carey local por el cuerpo bien aplastado de un faisán que yacía molido en el polvo del camino. La pelea fue inusualmente salvaje. Lord Gort ganó al final, al precio de una cabeza sangrante y una oreja mal arrancada. Pero el faisán resultó no ser más que pluma y hueso.

Se tambaleaba de hambre cuando unos niños la encontraron. Si hubieran sido granjeros, le habría ido mal. Pero eran colegialas públicas, evacuadas, con sentido del deber. Llevaron a Lord Gort a su profesora, que llamó a la NSPCA.

La NSPCA en este caso era la señora Sample, la esposa del vicario local, que ya tenía seis gatos. Gatos de fuera, por supuesto, que vivían en los viejos establos de la vicaría porque el vicario no los quería en casa. Así que Lord Gort también tuvo su última camada en un establo. No le molestó; el establo estaba seco, el clima cálido, la comida ahora abundante. Los gatitos prosperaron, y a las ocho semanas encontraron buenos hogares de forma muy eficiente. Con la misma eficacia, Lord Gort fue llevado al veterinario, castrado y añadido a la colección permanente de la señora Sample.

La señora Sample fue su última gran amiga; la señora Sample le cogió un cariño desmesurado. La señora Sample salía todas las tardes soleadas al establo y se sentaba en un fardo de paja a hablar con los gatos después de que hubieran comido. Era su único respiro en un día muy ajetreado y lleno de buenas obras.

Le gustaba dar un nombre a cada uno de sus gatos callejeros, pero tenía una manía. Se tomaba infinitas molestias para descubrir cómo se llamaban los gatos antes de que se extraviaran. Pronunciaba todos los nombres de gatos bajo el sol para ver si alguno le hacía aguzar las orejas o mover la cola. Se estaba desesperando con el nuevo, que no respondía a nada. Había agotado todo su repertorio; incluso había recurrido a los nombres masculinos, por si los anteriores dueños se habían equivocado de sexo y habían llamado al gato "Roger" o algo así por error.

Y así se sentó, probando verdaderas rarezas como "Egbert", "Timón" o "Tucídides", sin ningún efecto. Lord Gort se sentó en un fardo de paja enfrente, lavándose los bigotes después de comer. No aguzó las orejas ni movió la cola lo más mínimo.

El vicario salió para reunirse con su esposa, sentándose en la paca junto a ella. Apreciaba mucho a su mujer y no le disgustaban los gatos, siempre que estuvieran al aire libre.

Le sonrió, una sonrisa irónica.

— He estado escuchando a Lord Haw-Haw. Dice que esta noche habrá una fuerte incursión en Norwich. Al parecer, hemos visto por última vez las bellezas de la catedral de Norwich. Si puedes creerle.

— Ojalá no escucharas esas emisiones de propaganda alemana, — dijo distraídamente la señora Sample, sin dejar de mirar a lord Gort. — ¿Por qué las orejas del gato se habían movido de repente?

— Oh, el viejo Haw-Haw es bueno para reírse. No lo echaría de menos. Me hace seguir adelante.

De nuevo, cuando el vicario dijo "Lord Haw-Haw", las orejas del gato se movieron.

— Seguramente no habrán llamado Haw-Haw al pobre gato, — dijo la señora Sample.

Por tercera vez, las orejas del gato se crisparon. El sonido "o-o" de "Haw-Haw" era muy parecido al sonido "o-o" de "Lord Gort".

— Haw-Haw, —llamó la señora Sample. —¡Haw-Haw, ven a mí!

Obedientemente, la gata corrió y se posó en su regazo, ronroneando.

— No podemos llamarla Haw-Haw, pobrecita. Los niños le tirarán piedras. La llamaré "Hawkins", es un buen nombre inglés, un nombre de héroe. Y encajará en una medalla para su nuevo collar.

Y así se convirtió en "Hawkins". Lord Gort respondió con bastante facilidad. Pensó que significaba "comida" de todos modos...

En el reverso de la medalla estaba el número de teléfono del vicario.

Lord Gort permaneció una larga y feliz temporada con su último amigo, aunque a menudo iba al norte a mirar por encima de las turbulentas aguas del Wash hacia Lincolnshire. Una vez castrada y bien alimentada, dio un último estirón y creció más que nunca.

Podría haberse quedado allí felizmente para siempre. Pero una mañana sintió a su persona cerca, hacia el suroeste, donde había tierra firme por la que correr.

Y así reanudó su último viaje.

Capítulo XXIII

Geoff hizo su nuevo trabajo de alguna manera. Era muy impopular en el Grupo. Cuestionaba demasiado el género dudoso; ponía demasiado a menudo el punto de vista de la tripulación; lo hacía todo demasiado real para sus superiores; les hacía sentirse culpables. No era uno de los chicos.

Pero las tripulaciones le adoraban. Les decía la pura verdad, pensaba en sus problemas, comprendía cómo se sentían. Su humor amargo les hacía reír en las reuniones informativas y una risa, por amarga que fuera, siempre era bienvenida.

Se había murmurado algo sobre su mano, sobre cómo le había librado del desagradable trabajo de pilotar bombarderos. Cuando Geoff lo oyó, voló dos veces como observador adicional. Eso les hizo callar. Groupie le dijo que no volviera a hacerlo...

Menos jóvenes murieron en su ala que en otras alas. Pero aún así murieron. Mandarlos a morir riéndose era casi insoportable para él. Sabía demasiado. Sabía que la campaña de bombardeo no estaba funcionando. Sabía que estaban muriendo en vano.

El único alivio era que, a medida que avanzaba junio, las noches se hacían cada vez más cortas. Sólo cinco horas de verdadera oscuridad. Los bombarderos no podían ir muy lejos en Europa. Las operaciones se hicieron menos frecuentes. Murieron menos jóvenes.

Disfrutaba de las tardes en las que no había operación. Salía temprano del trabajo y ayudaba a Florrie con el jardín. Jugaba al baño con Jeff, inundando el suelo del baño. Era feliz sabiendo que sus jóvenes estaban de copas en Louth o Lincoln, charlando con sus papis o jugando a las cartas.

A veces pensaba en Lord Gort, contento de que no hubiera aparecido. Contento de que no hubiera otra muerte inocente en su conciencia.

Una noche, a finales de julio, estaba cerrando su oficina cuando Groupie entró. Llevaba un antiguo equipo de vuelo. Parecía un enorme osito de peluche. Parecía tener quince años.

—¿No hay redada esta noche? — Geoff se levantó alarmado.

—No, no —Groupie rechazó cualquier sugerencia tan desagradable con mano señorial, — pero he conseguido la polilla tigre que te prometí. Mi maldito avión

personal. Está aparcado justo fuera. Vamos a dar una vuelta. Vamos, te he traído un casco y unas gafas.

Groupie en ese estado de ánimo era bastante irresistible. Atravesaron el campo hasta el pequeño biplano amarillo, que parecía tan inocente como una libélula entre las oscuras filas de bombarderos. Además, olía bien, a aceite, gasolina y pegamento, en lugar de a mierda y vómito, a carbólico y cordita, como los Wimpeys. Un mecánico se paró a su lado para girar la hélice y apartar los calzos de las ruedas.

— ¿Quieres llevártela o lo hago yo? —Groupie entraba con dificultad en la cabina trasera, como un huevo en una huevera demasiado pequeña. — La polilla tigre, un entrenador básico, tenía mandos en ambas cabinas.

— Yo la llevaré, — se apresuró a decir Geoff. Dios sabía cuánto tiempo hacía que Groupie no volaba en una caja. Y en su actual estado infantil...

Geoff encendió el motor e indicó al mecánico que la hiciera girar.

—¡Contacto! — Aceleró el pequeño motor zumbador, sintiendo sus vibraciones a través de sus manos, su trasero. De repente, a pesar de los dedos que le faltaban, volvía a tener diecinueve años, aprendiendo a volar, con toda la gloria de las nubes ante él. A medida que despegaba, los Wimpeys se alejaban por debajo, como si se lavara la suciedad en una ducha.

Se *sentía* limpio.

Todo terminó de repente, los bucles y los giros Immelmann, y las piruetas controladas a través de los deslumbrantes cañones bañados por el sol de las nubes, con Groupie detrás de él, balbuceando por el tubo parlante acerca de los Sopwith Pups y los Hawker Fury y de que nunca se había construido un monoplano que pudiera hacer acrobacias como un biplano.

El motor chisporroteó dos veces y luego se apagó, dejando sólo el sonido del viento suspirando a través de los cables.

— Dios, — dijo Groupie. — Nos hemos quedado sin gasolina. Dos chicos grandes como nosotros, quedándose sin gasolina. Nunca lo olvidaremos. — No parecía en absoluto arrepentido. —¿Dónde diablos estamos, Geoff?

Geoff miró hacia abajo a través de un hueco entre las nubes, a la forma azul del Wash y la protuberancia amarilla de East Anglia, que se extendía hasta el muelle de Cromer Bajo ellos, una línea de ferrocarril y una ciudad con una catedral de tres torres.

— Justo al sur de Peterborough.

— Hay muchos aeródromos para elegir. Pero no la toques, por el amor de Dios. Ella es mi regalo de cumpleaños y Navidad todo en uno...

Fue fácil. La polilla tigre era una cosita dulce, con motor o sin él. Descendió con la elegancia de un planeador y Geoff hizo un aterrizaje perfecto de tres puntos en un campo de bombardeo al sur de marzo.

Groupie conocía al Groupie de allí. Le llamaba 'Bunny' porque en la última guerra había parecido un conejo con su casco de vuelo. Bunny vio que estaban llenos de gasolina, y ni una palabra a nadie. Y debían quedarse a cenar en el comedor; su grupo tampoco volaba esa noche. Después de la cena, el comedor se alborotó. Después de llamar a Florrie, Geoff se unió a un juego estúpido y violento en el que participaban cinco cojines, una vieja silla de ruedas y tres sifones. Se metieron en la cama a la una de la madrugada y no se levantaron hasta las diez. Entonces Bunny insistió en que se quedaran a comer...

Finalmente despegaron después del té, con instrucciones estrictas de girar a la izquierda en Norwich, y en segundo lugar pasar cerca del Howard Arms. . .

Muy por debajo de ellos, Lord Gort estaba en su viaje final de nuevo, alrededor del sur del Wash.

Capítulo XXIV

Era finales de agosto cuando Lord Gort llegó a casa, a la casita situada en el extremo norte del aeródromo de South Wedderby. Al otro lado del jardín, su persona dormía en su tumbona. Lord Gort no tenía prisa, ahora que lo tenía bajo su mirada. Se acomodó satisfecha al calor del sol de agosto, entre los alhelíes moribundos del arriate herbáceo. Estaba muy cansada; tenía los pies agrietados y doloridos. El zumbido de los insectos la tranquilizaba. Casi se dormía; sus ojos se caían y volvían a abrirse para asegurarse de que seguía allí.

La primera brisa fresca de la noche sacó a Geoff de su letargo, bajo el domingo Times con sus titulares sobre la guerra rusa que iba mal por Smolensk, Abrió los ojos y dijo —¡Cristo!

Flo, sensible a todos sus estados de ánimo, se agitó frente a él.

— ¿Té? —dijo— ¿Té en el jardín?

—¿Ves lo que yo veo?, — dijo él, y su rostro adquirió aquella horrible quietud que tenía cuando las cosas estaban peor. Ella siguió sus ojos y vio al gato negro.

— ¿Lord Gort?

De repente hizo frío en el jardín. Como si se hubiera puesto el sol, aunque no era así. Se apresuraron a cruzar hacia el gato, como en un accidente de tráfico. La gata los observó, pero no se movió de su cómodo y peludo montón.

— Ese no es Lord Gort, — dijo Flo. — Es demasiado grande y gordo. Es grasiento. Y mira esa oreja destrozada. Ha estado peleando, es un gato. — Sabía que su voz era demasiado aguda; tenía tanto miedo de que Geoff volviera a hacerse daño. Le quería, pero no conseguía comprenderle. Sus repentinos estallidos de hilaridad con el joven Jeff; sus pozos de negro silencio.

— Hay una medalla en el cuello —dijo Geoff. Él no hizo ademán de tocarla, así que ella se agachó.

— Ya está —dijo, con la voz enloquecida por el alivio. — Se llama Hawkins. Y hay un número de teléfono de New Hunstanton. Les llamaré mientras preparo el té. Estarán preocupados.

Se apresuró a entrar, como si eso fuera a zanjar el asunto. Aún estaba marcando cuando vio a Geoff volver a su tumbona.

Y al gato negro seguirle y subirse a sus rodillas.

Como solía hacer Lord Gort.

Le vio frotar al gato bajo la barbilla, para que levantara la cabeza.

Vio, incluso desde lejos, el mechón de pelos blancos bajo la barbilla. Donde Lord Gort solía tenerlos...

Para cuando consiguió hablar con la señora Sample, estaba casi balbuceando. Y cuando sacó la bandeja del té, le temblaron las manos.

— Se llama Hawkins, — gritó al acercarse. —Pertenece a una señora llamada Sample, esposa del vicario. Dice que podemos quedárnosla si queremos, ya tiene seis.

— Es lord Gort —dijo Geoff con rotundidad. Tenía la cara muy pálida; sus dedos casi mordisqueaban el pelo del gato con tensión, haciendo que éste se estremeciera y mirara a su alrededor buscando un lugar al que saltar. —Los pelos blancos están ahí, bajo su barbilla.

—Muchos gatos negros tienen la barbilla blanca, — dijo ella a la defensiva.

— ¡Es Lord Gort!, — la fulminó. — Y hay una forma de demostrarlo: me la llevo a B-Baker.

— ¿Sigue siendo el mismo B-Baker? — Cualquier cosa con tal de salvar la vida de la gata; cualquier cosa con tal de evitar que Geoff volviera a hacerse daño, por un negro y equivocado sentido del deber. Como hacía tan a menudo...

— El mismo B-Baker. Tripulación diferente. La caja más vieja de la base.

Se levantó y llamó a la gata mientras salía por la puerta.

— Primero toma un poco de té, — le gritó desesperada. Cualquier cosa para evitar el desastre.

Pero él siguió andando y volvió a llamar a la gata.

Y con mucho gusto, con la cola levantada, le siguió hacia una muerte segura.

Geoff caminaba por la pista de aterrizaje iluminada por el sol, con la mente sumida en una confusión total. El gato pasó rozándole las piernas, como siempre había hecho. Y sin embargo, ¿era ella? Era demasiado grande, demasiado musculosa, menos coqueta, más de mediana edad. No quería ser responsable de la muerte de un gato inocente llamado Hawkins.

El personal de tierra estaba trabajando hasta tarde en el motor de babor del B-Baker. Les habían quitado el capó y trabajaban desnudos hasta la cintura, con las espaldas morenas brillando bajo el sol poniente. Geoff se detuvo a diez metros de donde colgaba abierta la escotilla de acceso. Te haré un juicio justo, gatita, pensó, no te ahorcaré, a menos que te ahorques tú misma. . .

Lord Gort revoloteaba. La ligera brisa que soplabla desde el avión traía olores familiares y tentadores. El débil olor de Tommy, todavía en la granja. Los débiles olores de Gregson y Tupper, Higgs y Smurthwaite, que habían terminado sus operaciones y se habían ido a entrenar a jóvenes aviadores. Sólo un gato podría haberlos olido, bajo el fuerte olor a ácido carbólico que el personal de tierra utilizaba para limpiar el avión después de cada operación. Lord Gort dio un curioso paso adelante. El agujero negro de la escotilla de acceso invitaba a entrar, como todos los agujeros oscuros invitan a entrar a un gato.

Pero también tenía malos recuerdos de los aviones. El terrible ruido torturador de aquel último vuelo. Así que caminó hacia el avión con mucha vacilación. Levantó una pata para entrar...

En el ala, el sargento de tierra se levantó del motor y llamó—Inténtalo, Fenny.

Una mano se agitó a través de la ventanilla lateral de la cabina.

La hélice del motor de babor giró bruscamente y volvió a girar bruscamente, casi en silencio. Sólo el zumbido del motor de arranque eléctrico.

Y entonces todos los cilindros del Bristol Pegasus rugieron.

El vendaval de ruido espantoso barrió Lord Gort.

Huyó por el aeródromo como un cohete negro, para no volver jamás.

Inocente, pensó Geoff. O, al menos, no probado.

—No como el viejo Lord Gort, señor, ¿eh? — llamó el sargento de la tripulación de tierra. —No tiene gusto por los aviones, que uno. — Se acercó, limpiándose las manos en un trozo de basura. —Cada gato negro que se acerca a la base, los muchachos piensan que es Lord Gort que ha vuelto...

— ¿Hay muchos gatos negros?

— Hay un gato gordo que ronda la cocina. Y C-Charlie tiene uno, pero no vuela. Y los de la sala de ordenanzas tienen uno, porque creen que es elegante. Te sorprendería saber cuántos hay. Pero nunca habrá otro Lord Gort. Bueno, no debo

quedarme hablando aquí toda la noche, señor. Eso no le comprará al muchacho una camisa nueva...

Geoff regresó a la casa pensativo.

—Es mucho más grande que Lord Gort. Deberías sentir el tamaño de sus huesos.

— Sí, querida.

— Y esta oreja. — Sus dedos jugaron con el trapo de carne desgarrado. — Y todos los gatos negros tienen algunos pelos blancos en alguna parte.

— Sí, querida.

Ella los miraba con un amor tan grande que casi la ahogaba; el hombre se relajaba, el gato se relajaba en su rodilla. Así solían sentarse, en los viejos tiempos. Geoff casi parecía el de antes. Casi.

Geoff pensó para sí, al borde del sueño, la RAF se ha llevado a tantos, Simpson y Shorty y Bill y Dan en los Blenheims. Tantos en los Wimpeys, que ya no podía recordar todos los nombres. Aquí hay uno que no tienes, RAF. Este es uno del que puedes prescindir.

Lord Gort se retorció sobre su espalda, con cuidado de no caerse de la rodilla. Ociosamente, movió una pata en dirección a su corbata. En su pequeña mente, todos los lugares, todas las personas se desvanecían. Incluso el recuerdo de la señora Sample era muy borroso. Sus grandes días habían terminado, su historia había terminado. El resto de su vida consistiría en pequeños paseos alrededor de un sendero circular de unos cientos de metros; un poco de caza, mucho tumbarse junto al fuego o al sol. Primero aquí, donde los bombarderos negros volaban cada vez en mayor número; después en Beaminster, donde nunca pasaba nada.

Estaba en casa con su persona; estaba caliente, seca, llena. Eso era lo único que importaba. Había vuelto a ser una gata normal y corriente, que no merecía ni una segunda mirada.

Emitió un ronroneo entrecortado y se quedó dormida. Sus bigotes se movían, sus patas hacían pequeños movimientos. En su sueño, cazaba ratones.

Es imposible saber de qué nacionalidad eran.

* * *